

El capitán (retirado) HECTOR PEDRO VERGEZ autor de este libro nació en VICTORIA, Provincia de LA PAMPA, curso estudios primarios en el Colegio Don Bosco luego en el Colegio Nacional por sus méritos fue distinguido como abanderado de los Institutos.

El nivel secundario lo transitó en el Euskal-Etxea de Lavalle, Provincia de Buenos Aires.

Ingresa en 1962 como cadete en el COLEGIO MILITAR DE LA NACION, graduándose a fines de 1964 como Subteniente del arma de Caballería.

Su primer destino en el arma lo constituyó el Regimiento 7 de Caballería en Chajarí (Entre Ríos) pasando luego a otra unidad el Regimiento 3 de Caballería de Montaña en Esquel (Chubut).

Por sus aptitudes como jinete en lo que se destaco desde el inicio de su vida militar, fué destinado a la ESCUELA DE CABALLERIA en Campo de Mayo, obteniendo el primer puesto en el Curso de Equitación y la maxima calificación en Equipo de Salto. A continuación se desempeño como Profesor de Equitación.

En 1971, después de cumplir con el curso Avanzado para las Armas para el grado de Teniente Primero ingresa a la ESCUELA DE INTELIGENCIA donde se gradúa con la especialidad de Inteligencia al finalizar el citado año.

Con la especialización adquirida es destinado al Batallón de Inteligencia 601 (dependiente del Estado Mayor General del Ejército), unidad que debe afrontar los problemas derivados del primer embate del Terrorismo Subversivo entre 1968 a 1973 en la que participa en importantes operaciones antiterroristas.

En los años 1975 y 1976 con el grado de Capitán se desempeñó en el Destacamento de Inteligencia 141 emplazado en la ciudad de Córdoba dependiente del Comando del Tercer Cuerpo de Ejército, en la que continua con la acción antisubversiva.

Se destaco en la detección y persecución de cabecillas como Firmenich, Gorriarán Merlo y Perdiá y en el abatimiento o captura de otros como Osatinsky, Santucho, Urteaga, Meirra, Mendizábal, Roqué, etc. Como también a la cúpula de las Brigadas Rojas en Córdoba. Asimismo intervino para el esclarecimiento de los hechos que las Organizaciones terroristas protagonizaron.

Por su participación en la Guerra contra la Subversión que asoló al país en la década de los 70 fue acusado y perseguido por Organismos de Derechos Humanos que camuflaban intereses políticos e ideológicos.

Luego de su retorno a la guarnición Buenos Aires a su anterior destino de la especialidad de Inteligencia, pide su retiro voluntario en el año 1978.

En el ámbito civil continua con su actividad hípica obteniendo premios a nivel nacional, al mismo tiempo actuó como instructor de jinetes y adiestrador de caballos deportivos de equitación y salto.

También encaro con suerte diversas actividades comerciales y empresariales.



Capitán (R)
HECTOR
VERGEZ

Yo fui Vargas
El antiterrorismo por dentro

Capitán (R) HECTOR VERGEZ

Yo fui Vargas

El antiterrorismo por dentro

Santucho

Ezeiza
Puente 12

Arriazu

Caso Egan

R. Walsh

C. Perdiá

Sebas
Koncurat

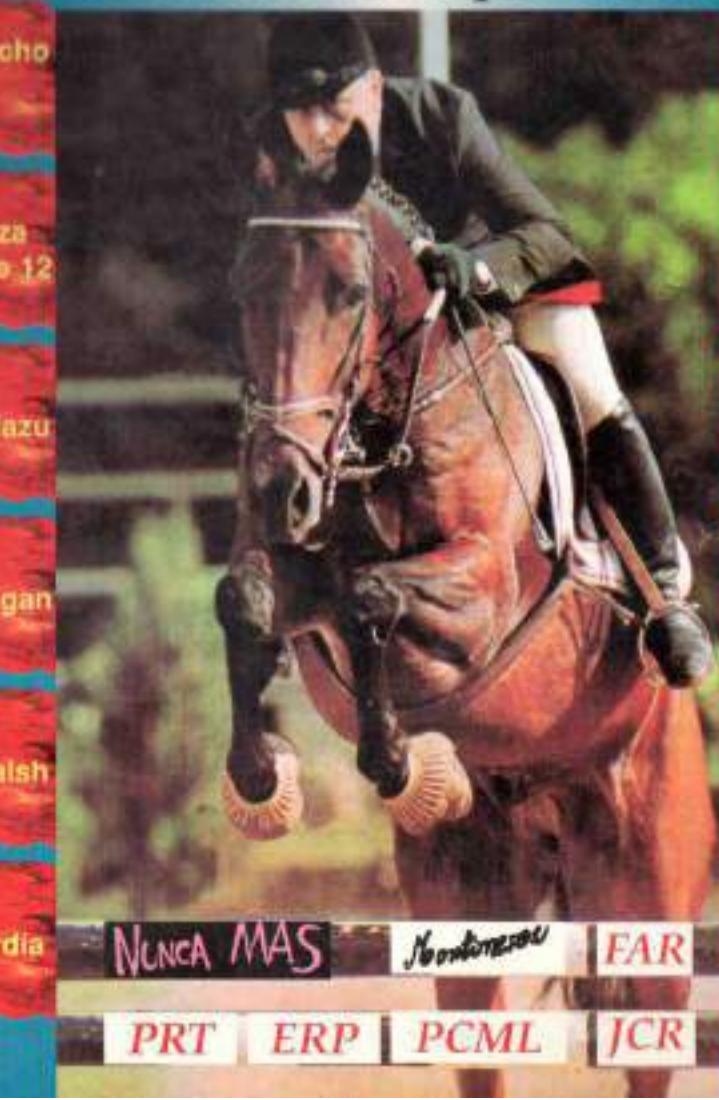
Gorriarán
Merlo

“Perro”
Verbitsky

“Negro”
Ouleto

Osatinsky

Triple “A”



NUNCA MAS

No somos terroristas

FAR

PRT

ERP

PCML

JCR

El subtítulo de la presente obra revela, por vez primera las experiencias y visión que tuvo un joven oficial del Ejército durante la lucha contra el terrorismo en la sangrienta y fratricida guerra que debió soportar el país durante la década de los años 70.

Su título indica el nombre de encubrimiento para la actividad especializada de un Oficial de Inteligencia del Ejército Argentino.

Enmarca su testimonio personal sobre la destacada participación que tuvo durante los ocho largo y aciagos años que debió combatir una guerra revolucionaria instalada en el país.

Sus relatos dan a conocimiento público una realidad hasta ahora inédita en la literatura referida a la guerra antisubversiva.

Todo el libro es un informe explosivo en el que se conjuga buena parte de la historia secreta de las operaciones de inteligencia y los enfrentamientos de combate en que muchas culminaron.

Hasta la fecha proliferaron libros relatados por el sector que fueron derrotados por las Fuerzas que defendieron a la sociedad y al Estado.

El terrorismo subversivo que alcanzó un alto desarrollo, con poderosas organizaciones intervinculadas como las más afiliadas redes de espionaje, golpeaba desde las sombras. Solamente una eficiente actividad de Inteligencia podrá ponerlas en descubierto.

En esta obra, el lector podrá adentrarse en esa guerra tan apasionante, pero desgarradora para soportarla.

Los lectores accederán a temas como:

- Sensacionales operaciones sobre la inteligencia de las organizaciones subversivas.
- Células infiltradas al más alto nivel de estructuras del Estado.
- Formas que se llegó a la captura de comandantes de la Subversión.
- La persecución, la insidia, la represalia a modo de venganza.

Capitán (R) HECTOR VERGEZ

YO FUI VARGAS
El antiterrorismo por Dentro

Capitán (R) HECTOR VERGEZ

YO FUI VARGAS

El antiterrorismo por Dentro

A mi señora Alicia y a mi hija Camila, que me han acompañado y apoyado siempre.

A todos los hombres de las Fuerzas Armadas, de Seguridad y Policial y Civiles que me ayudaron en la Guerra Contra la Subversión Terrorista.

A la memoria, muy especialmente del Sargento Ayudante Osvaldo Molina, caído en combate, que pidió despedirse de mí en el momento de su muerte.

VERGEZ, Héctor
YO FUI VARGAS. El antiterrorismo por Destru.
" Edición del Autor
Rivadavia 5302 - Tel: 901-3814

1^{ra} Edición, Diciembre 1995.
ISBN 987-95691.

Prohibida su reproducción total o parcial.
Queda hecho el depósito de acuerdo a la ley 11.723.

Impreso en Buenos Aires, Argentina.

INDICE

- Introducción..... 11
- Cap I: De campesino a Soldado 17
- Cap II: De la aptitud de Inteligencia a la lucha antiterrorista 29
- Cap III: Rastreando, la primera operación de Inteligencia 41
- Cap IV: La máscara subversiva durante la Revolución Argentina..... 53
- Cap V: Ezeiza avalancha subversiva..... 61
- Cap VI: La Triple A. Mito o realidad ambigua 71
- Cap VII: Tras los atacantes de Unidades Militares (I) 81
- Cap VIII: Tras los atacantes de Unidades Militares (II) 95
- Cap IX: El apoyo «democrático» a las operaciones antiterroristas 115
- Cap X: Las falsas premisas de la reivindicación Terrorista 127
- Cap XI: Buena cosecha: dos comandantes y 50 montoneros 139
- Cap XII: En procura de «Cetaceos» 157

INTRODUCCION

- Cap XIII: Entre entredos, vericuetos y suspicacias, se perfila una persecución	167
- Cap XIV: Misión: rescatar un secuestrado	175
- Cap XV: Las mil y un caras de los secuestros extorsivos	181
- Cap XVI: Corro 105. Reducto de la Inteligencia montonera	191
- Cap XVII: Acceso total a la Inteligencia del PRT-ERP	209
- Cap XVIII: Infiltraciones a la Inteligencia del ERP	221
- Cap XIX: Derrumbe de la cúpula erpiana	233
- Cap XX: Del «Beneplácito» a la persecución	243
- Epílogo	255
- Comunicaciones	263
- Bibliografía	269

Es mucho lo que se ha escrito sobre la expansión del terrorismo contemporáneo a través de su principal instrumento operativo, no convencional: la guerra de guerrillas, tanto urbana como rural. Se inició con los mismos comienzos de la posguerra, en 1945. La «guerra fría» lo fue solamente para las dos superpotencias que pugnaban, sin confrontar nunca directamente, para mantener las hegemonías acordadas sobre sus bloques alineados respectivamente.

Pero no aconteció lo mismo en los nuevos teatros de guerras subversivas que se abrieron, uno tras otro, por la dinámica de tensiones internacionales del duopolio norteamericano-soviético, en las periferias de sus zonas de dominio geoestratégico. Primero, fueron ciertos enclaves inmediatos a Europa Occidental, como Grecia. Luego, casi simultáneamente, áreas subcontinentales de Asia y África, explotando la descolonización. Finalmente, Latinoamérica. En cada caso, se volcaron las sangrientas experiencias precedentes, recogidas en todas las latitudes, de modo sucesivo, en cada una de las agresiones siguientes.

La Argentina fue escenario de la cruenta culminación en las décadas de los '60 y '70, precisamente cuando la «guerra fría» se distendió en sus fases de «detente» y «convergencia». Si bien es cierto que a la derrota subversiva en nuestro país siguió la brutal contraofensiva de Sendero Luminoso, especie de Khmer Rojo sudamericano, no es menos exacto que no sobre pasó, en cuanto efectividad, los límites del Perú. Pero el gran objetivo de infeccionar el Cono Sur se había frustrado anteriormente aquí, en esta Patria.

Quien quiera conocer lo que realmente aconteció, sólo puede remitirse obligatoriamente a dos categorías de fuentes bibliográficas, irreconciliables en todo sentido, sin que exista un punto medio entre ellas.

Una es la versión subversiva, incesantemente alimentada por una literatura que no sobrepasa la elemental «agitación y propaganda» de neto corte leninista. Su exclusivo argumento central es la «denuncia» del «terrorismo de Estado», represor de la «legítima» e «idealista» insurgencia de las masas, centrando el blanco principal en su «vanguardia» juvenil.

Esta literatura, testimonial o novelada, encubierta o desembozada, nativa o foránea, es la usina psicológica del descrédito de todo lo actuado en defensa de la sociedad agredida. Derrotada en la lucha armada que la misma subversión proclamó haber acometido, se replegó, al amparo de la legalidad constitucional, en sectores políticos y culturales que le eran afectos, hasta contar en algunos casos con apoyo oficial en los más altos niveles del Estado.

La otra postura, la nacional, aporta una teoría general suficientemente coherente en su reconstrucción del proyecto político terrorista y de su resolución y plan estratégicos, volcada en tratados y ensayos. También ofrece, en el plano historiográfico, la escasa narración monográfica de las grandes acciones grupales -sin omitir, cuando cuadra, los casos individuales dignos de encomio-, pero con el método del historiador, del periodista o del texto oficial.

Puede observarse que esta tesis, pese a su exposición imparcial de la verdad, ofrece, no obstante, un particular vacío. Falta el testimonio personal de los protagonistas de las operaciones, réplica clave en la lucha antiterrorista. En efecto, ella no se agotaba en la investigación, individualización y localización del delincuente subversivo. Todo lo contrario, una vez que se descubría al causante y los cómplices del crimen, proseguía la acción de su captura. El combate, por regla general, epilogaba el cierre del caso. Eran, en general, innumerables pequeñas acciones.

En tal aspecto, los camaradas de las tres Fuerzas Armadas que

sufrieron, en las irredentas Malvinas, una suerte distinta a la nuestra, tuvieron empero la ventaja de transmitir a los compatriotas el esfuerzo individual que cada cuadro y cada tropa realizó. Sus testimonios están avalados por los del propio enemigo.

Entonces, ¿cuál es el legado que puedo brindar como soldado argentino? Uno sólo: hacer saber, sin miedo alguno, que, junto a mis camaradas luché encarnizadamente contra las lealtades a insignias rojas que simbolizan ideologías perversas, en defensa de una Bandera y un Pueblo, que es la encarnatura humana de la Patria.

Mis palabras han de interpretarse tal y como las escribo. Nuestra aptitud era la guerra secreta para desarticular y aniquilar bandas homicidas que operaban en la clandestinidad, como el hampa. ¡Cuán ostensibles son la variaciones del comportamiento humano cuando el terror se constituye en denominador común del pueblo inerme, la víctima, y del subversivo agazapado en las sombras, el victimario!

Nadie puede dejar de reconocer que el terrorismo es un gran generador de efectos disociativos, al estar dosificado como un perturbador en pos de la no estabilización permanente, plano en el que ha alcanzado un evidente grado de eficacia. Disgrega los valores comunitarios, inhibe las responsabilidades republicanas del ciudadano, encontra relaciones entre fuerzas políticas y sociales, traba la actividad económica. Promueve las valorizaciones normativas y utilitarias de la violencia y, con ello, suscita el contagio de la respuesta política de la misma intensidad de su violencia. Su permanencia prolongada provoca en la ciudadanía un sentimiento de inoperancia del sistema jurídico y, entre el personal de instituciones fundamentales, hasta neutralidades temerosas.

La violencia terrorista tiene blancos iniciales sistemáticos: militares, policías, jueces. A la vez que afecta las instituciones coactivas del Estado, crea un clima que estimula el egoísmo de

ciertos sectores sociales, persuadidos gradualmente, con cierto alivio, que no conforman blancos directos en la medida que permanezcan como simples espectadores. No perciben su condición potencial de blancos finales, una vez neutralizados los brazos armados de la Nación.

De ahí, pues la falacia de simplificar, en forma moncausal, la emergencia de la violencia armada recurriendo a imágenes maniqueas: las antinomias *gobierno de jure-gobierno de facto, seguridad-libertad...* A poco examinar los datos básicos del problema, se desprende lógicamente su meollo: la correlación armónica entre *legalidad* y *legitimidad*, entre *ley* y *orden*, en el sentido político, jurídico y social más cabal de los términos.

Alemania, Italia, Japón, Uruguay, Perú, Colombia, con gobiernos democráticos no constituyeron, ni constituyen, excepciones a ninguna regla universal. La legalidad formal no supone necesariamente la legitimidad esencial.

Soy militar, no jurista, ni científico social o politólogo, pero intiendo, al igual que cualquier otro profesional de las demás disciplinas, que impera una moderna filosofía dubitativa acerca del asalto frontal del terrorismo al Estado. Semejante indecisión ideológica permite a la subversión extraer ventajas de la partidocracia en el comando del Estado. Cuando no, explotando ciertas prevalencias del «fundamentalismo» economicista, alentar, compartir o ser el mismo producto de la abierta hostilidad de partidos políticos hacia el Estado-Nación.

La reinstalación de los gobiernos constitucionales tuvo, por primera decisión política de relevancia, un objetable juicio a las Juntas Militares, cuya instauración habían reclamado, menos de una década atrás, los propios partidos políticos opositores de entonces. Su instrumentación originó y mantiene una pertinaz campaña denigratoria del accionar de las Fuerzas Armadas Legales en la contrasubversión hasta 1976, e ilegítimas en ello a partir de esa fecha.

Desde 1983 se ha legalizado un orden jurídico-político casi intimidatorio, puesto que lo legislado y el *modus operandi* derivado no sólo inducen, sino que orientan -prácticamente, obligan- a pensar y opinar en un único sentido. Los márgenes admitidos a la discrepancia son restringidos y, por lo tanto, manipulados de tal suerte que siempre prevalece la descalificación de las fuerzas defensoras del Estado. Incluso, se ensaya, desde las mismas escuelas, una reivindicación progresiva del terrorismo subversivo. No hay un ápice de exageración en lo que digo: es un hecho de simple comprobación cotidiana.

La acción psicológica empleada en tal propósito emplea las más variadas técnicas, desde el método compulsivo, o cooptativo de la orquestación, hasta las aviezas transferencias en la asignación de disvalores. Ya no se trata del sofisma de los «dos demonios», sino de la incitación sostenida a la persecución y discriminación social. La descalificación de quienes lograron vencer al terrorismo trasciende a sus protagonistas y se proyecta en los niveles institucionales castrenses y policiales. Contadas son las autoridades que, con sinceridad, han reconocido el esfuerzo y el costo espiritual, moral y profesional de una gran parte de los hombres que, en esa crisis crucial, integraron dichas instituciones.

Hoy se pretende apelar a la memoria, que es justamente lo que falta, para cumplir el compromiso de un fallecido ex-Ministro del Interior, en nombre del Gobierno que integraba, de presentar a la sociedad toda la verdad sobre la subversión. La dirigencia política argentina está moralmente endeudada. Recordemos la advertencia de que se podrá engañar durante un tiempo a parte de la sociedad, pero no todo el tiempo a toda la sociedad. No se puede chocar con la naturaleza de las cosas en ningún plano de la realidad. Como reza todo pronunciamiento judicial: «Será Justicia».

Respecto del presente libro, no hay en él pretensión alguna de erigirme en modelo o ejemplo, lo que representaría la mayor torpeza en que podría incurrir quien no estuviese en sus cabales.

Unicamente deseo aportar, a través de los episodios que relato, como un oficial subalterno de Inteligencia militar, la visión más real posible de las vicisitudes que atravesaron quienes debieron enfrentar al agresor. Constituye, en consecuencia, un sentido homenaje a todos los que murieron para que la Patria viviera.

Sólo me resta decir, a modo de advertencia, que mis relatos se describen de acuerdo a mis vivencias. Lo que supe, vi, escuché, no trasciende el nivel y ámbito en que me desenvolvía. Por consiguiente, puede conformar un testimonio parcial y quizás, en ciertos aspectos, no lo suficientemente certero. Pero sí está en mi ánimo ser lo más sincero y veraz posible. Se trata, sencillamente, de una cuestión de honor.

I

DE CAMPESINO A SOLDADO

Como lo requiere la iniciación de toda autobiografía, resulta imprescindible que el lector conozca lo esencial de mi origen. Nací en 1943, en una familia tan humilde como laboriosa, radicada en Victorica, pueblo de la Provincia de La Pampa.

Mi padre, que quedó huérfano a los 7 años, siempre trabajó en labores rurales. Según me relató siendo yo mayor, después de cumplir los 20 años de edad pudo comenzar con el arrendamiento de parcelas de tierra, con el objetivo de poder llegar a adquirir finalmente una extensión propia. Con enorme y más que encomiable sacrificio logró juntar unos bienes, los que vendió en su totalidad precisamente en el año de mi nacimiento.

Poco después adquirió 2.500 hectáreas a unos 35 kilómetros de Victorica, cuya población rondaba los 5.000 habitantes. El campo era muy lindo, pero carecía de vivienda y mi padre había invertido todo como para disponer de medios y edificar una casa apropiada. Esa época no la recuerdo en detalle, puesto que tenía 6 años y era el menor de los hijos nacidos hasta entonces.

Lo que sí he visto de esa época son fotografías. Disponíamos provisionalmente de una vivienda sumamente precaria, casi un rancho, hasta que aproximadamente un año y medio más tarde -si no recuerdo mal- la familia pudo hacerse de un hogar adecuado de material.

Transformar la propiedad en una unidad efectivamente productiva le demandó a mi padre ingentes sacrificios durante años, por lo menos los 12 que viví allí, hasta que pudo adquirirse una casa en el pueblo de Victorica para vivienda familiar. Desde ella, puede decirse que en una posición sensiblemente más desahogada, se atendía el campo, mediante viajes y estadías periódicas.

Las vicisitudes económicas no impidieron la decisión paterna de la educación de sus hijos. Respecto de mi instrucción, hice hasta el tercer grado de la primaria con maestras que iban al campo, cuando vivíamos en él. El resto de la primaria lo hice como pupilo de un Colegio Salesiano de Victorica, el sexto grado en el Colegio Nacional de Victorica. Mi maestra fue Beatriz Urbano, la que recuerdo con mucho cariño. Siempre lamenté que hubiese tanta diferencia de edad, pues era muy agraciada y sumamente femenina. Me fue a visitar cuando estaba preso en el 84. El secundario lo hice -dos años en el Eskal- Echea de Lavallol y dos años en el Nacional de Santa Rosa.

Ahora bien, el recuerdo que, en general, guardo de mi infancia hasta -digamos- los 12 años, pese a los sacrificios familiares y a las consiguientes privaciones relativas, se plasma en una serie de imágenes lindísimas. Los juegos y pasatiempos que disfrutábamos los hermanos eran entretenidísimos. La imaginación infantil, como siempre, encontraba un escenario para crear todo lo que quisiéramos en el marco de la naturaleza campestre. Gozábamos, como cualquier criatura, con aquello que se fabricaba o elaboraba específicamente a tal fin. Pero no padecíamos noción de carencias traumáticas -parafraseando un lugar común de la psicología en bocas profanas-, cuando no teníamos nada de ello y debíamos sustituirlo con los elementos naturales.

Recuerdo que, por ejemplo, los caramelos eran golosinas que degustábamos una vez al mes, cuando nuestro padre iba al pueblo. Los primeros juguetes fabricados que conocí fueron unas muñecas para mis hermanas y, para mí, una pelota de fútbol entregada por la Fundación Eva Perón...

En cuanto al trabajo, el campo se explotaba, acorde a la costumbre de las familias rurales, como una empresa de la cual nadie se excluía. El riguroso ejemplo paterno era seguido por todos sus hijos, a partir de los 10 años de edad, que colaborábamos en todo tipo de tareas: alambrados, tractores, atención de la hacienda,

lo que retiene y significa para la atención del baqueano y del rastreador. Al hombre de campo la pampa, el desierto, la montaña, el monte, le muestran mil pequeños accidentes que registra en su memoria sin que se le borren nunca, porque necesita de esas íntimas imágenes para orientarse.

La historia militar archiva perfectamente los grandes servicios que prestó y, en apreciable medida, sigue haciéndolo, esta aptitud, tanto en la caballería como en la infantería. La «guerra de zapa» de San Martín ofrece, con la misión del mayor Alvarez Condurco, un ejemplo antológico en la historia de la inteligencia, al memorizar prodigiosamente los pasos de Los Patos y de Uspallata y dibujarlos después con extraordinario lujo de detalles. No es ocioso recordar que los llamados pasos cordilleranos constituyen un encadenamiento interminable de precipicios, de riscos escarpados, entre los que la bruma oculta los despeñaderos.

Retomando mi trayectoria de la campiña al cuartel, ingresé al 1er. año del Colegio Militar, al haber rendido el 4to. año del secundario. Fui asignado a un curso acelerado y terminé la carrera en 3 años; 3ro. y 4to. fueron cursados en el mismo año. Mi deseo era ingresar al Arma de Caballería, pero como en el 1er. año no había cupos debí hacerlo en Infantería. Fue una gratificante experiencia, ya sea por lo aprendido como por superar los sacrificios que la instrucción exigía.

Tuve la fortuna de depender de un excepcional oficial instructor, lamentablemente fallecido en un accidente, el entonces Teniente Primero Planes. Había sido abanderado del Colegio Militar y era, desde toda perspectiva, un militar increíblemente dotado, intelectual y físicamente. Era, como no puede sino serlo un magnífico instructor, muy exigente con nosotros, quienes guardamos un imborrable agradecimiento de la experiencia durísima que nos hizo vivir. Todo militar valora, al poco tiempo, la exigencia extrema a que se le somete en la instrucción, porque

el oficial que así la imparte constituye el modelo para la formación como oficial del instruido.

Al finalizar el período destinado en Infantería, teniendo cupos la Caballería y habiendo solicitado con anterioridad mi pase al Arma, tuve la satisfacción de iniciar mi servicio en ella. Debo aclarar que siempre me consideré eficaz en las tareas de instrucción. Pese a que en el primario y el secundario había sido abanderado y figurado en los cuadros de honor, en el Colegio Militar prioricé lo referente a instrucción, prestando menos atención al aula. Ello significó que no me haya recibido entre los primeros, lo hice aproximadamente en la mitad de la camada y llegué a ser el 8vo. cadete del Colegio Militar.

En otro plano, obviamente muy caro al Arma, en mi camada siempre nos destacamos, en equitación, con el hoy General Alfonso, en la esfera castrense y en el ámbito nacional. Una copa tradicional para el salto, la «Copa Ossorio», donada por el Ejército brasileño para ser disputada anualmente, exigió el desempate, entre Alfonso y yo, en 1,70 mts. Con orgullo puedo referir que no sólo me impuse a un jinete de la calidad de Alfonso, sino que, además, logré el récord de altura del Colegio Militar de la Nación, todavía no superado.

Después del Colegio fui destinado al Regimiento 8 de tanques de Magdalena, por razones de antigüedad (hablo de 1964-1965). Sin embargo, deseando estar en un Regimiento montado que luego sería transformado en unidad blindada -salvo los de montaña-, acordé un cambio con un compañero platease y logré ir al Regimiento 7 de Caballería Montada de Chajarí, en Entre Ríos.

Mi jefe de Escuadrón, un Capitán, estuvo muy enfermo y durante casi la totalidad del año y medio de mi destino, debí desempeñarme en la jefatura del Escuadrón. Tenía 21 años y los soldados prácticamente eran de mi clase. El suboficial más joven tenía 25 años. Pude conducir sin problemas el Escuadrón -que llegó a ser el mejor de la Brigada-, al disponer del invaluable apoyo

de los suboficiales antiguos. Adquirí así rápida experiencia, y la instrucción intensiva fue la clave del aludido éxito. Entre los conscriptos, muchos de ellos santiagueños, un 30 o 40% eran analfabetos, se cumplió una de las clásicas tareas del Ejército, cual era la instrucción elemental de esos jóvenes, pero muy aptos para la vida en campaña.

Demás está decir que no descuidaba mi antigua pasión, ahora también exigencia clave del Arma, o sea la equitación. En el primer año del destino fui Campeón Regional de Prueba Completa en la región del Regimiento, y pude concurrir a los campeonatos finales del Ejército en este tipo de competencia y también en salto. Jugué polo en esa época. Tuve la suerte de tenerlo como colega, cuando era Jefe del Escuadrón, al Teniente Primero -en ese entonces- Cáceres, que fue Jefe del Estado Mayor y, desafortunadamente murió joven. Lo considero el mejor oficial del Ejército Argentino que he conocido. Tenía extraordinarias aptitudes intelectuales y físicas y, humanamente, una calidez muy fuera de lo común. En equitación no se distinguía naturalmente, pero su empeño era tal que llegaba a practicarla con dignidad y relativa competencia. Poseo fotografías numerosas con él y demás oficiales a caballo, porque todos los regimientos de la Mesopotamia eran montados: Concordia, Gualeguaychú, Villaguay.

Al año y medio me salió el pase al Regimiento 3 de Caballería en Esquel, Chubut. Prácticamente crucé todo el país para presentarme, y recuerdo que mi arribo a Esquel se produjo a bordo del famoso, por pintoresco, tren denominado «La trochita». En la unidad fui oficial ejecutivo del Jefe del Escuadrón, un Capitán Napoleón Torres. El año fue muy difícil: debo decir sin ambages, con la ruda franqueza que impera en el Ejército, que éste Capitán Torres y el Teniente Coronel Gutiérrez deben ser calificados, lisa y llanamente, de crápulas. Casi eran delincuentes,

El Capitán Torres hacía castigar físicamente, mediante golpizas, a los soldados por suboficiales. A mitad del año, el periodo de

vacaciones hizo que quedase a cargo del Escuadrón. Entonces sumarié al Cabo Primero Voto por haber fracturado a un soldado con un palo. A sus regresos, Torres y el Jefe de la Unidad me hicieron denunciar por Voto y me aplicaron un arresto de 15 días. Intervino entonces un segundo jefe, hoy Coronel retirado Bedoya Guido, muy conocido del Comandante de la Brigada. Cumplida mi sanción y con el apoyo de los oficiales que presenté al Comandante, fue removido el Teniente Coronel Gutiérrez y sacado de la unidad el Capitán Torres, que creo fue retirado. Reitero la decisiva intervención de ese excelente oficial que es el Coronel (R) Bedoya Guido.

En ese año intervine en los campeonatos anuales del Ejército, saliendo campeón con el equipo de Esquel. En base a todos los antecedentes obtenidos en hípica, resulté elegido para hacer un curso en la Escuela de Equitación. Durante el primer año del mismo me califiqué primero, y pasé al Segundo Curso, integrando el equipo de salto del Ejército Argentino. Llegué a disponer de 9 caballos.

Por más que me deleitaba, lo reitero, el cabalgar, todas estas prácticas de perfeccionamiento exigían una consagración permanente, verdaderamente sacrificada. También me consagré primero en el segundo certamen y me designaron para otro curso, ahora en Chile, destino que se modificó para que fuera como Director de un Centro Hípico de la Armada en Puerto Belgrano. Allí tuve, entre oficiales y sus familiares, unos 150 alumnos. Fue una experiencia muy agradable, de confraternización con camaradas de otra Fuerza Armada.

Para ese entonces, la actividad estrictamente profesional de los jóvenes oficiales no se conmovía mucho por las vicisitudes políticas de diversa magnitud que conmovían la vida política argentina. Pero si comenzamos a recibir alguna información, por parte de las conducciones pertinentes, sobre un fenómeno que durante algún tiempo nos pareció más incipiente que potencialmente amplio, en el cual se entremezclaban el accionar de tendencias sociopolíticas

de sectores nacionalistas autoritarios, peronistas que activaban agitaciones sociales y obreras, extremismos filomarxistas o de izquierda encandilados por el castrismo cubano o, meramente, exaltados de cualquier ideología radicalizada. En parte, lo considerábamos una especie de eco de la intentona subversiva iniciada en 1959 por la organización subversiva autodenominada *Uturuncos, o Comando 17 de Octubre o Ejército de Liberación Popular*. Su conducción inicial: Manuel Rogelio Mena (Comandante Uturunco), el marxista Abraham Guillen, Mario Rogelio Vara, José Luis Rojas y Felipe Carabajal, estaba conectada con John William Cooke, su esposa Alicia Eguren -ambos de la extrema izquierda infiltrada en el peronismo-, y el Dr. Ricardo Rojo, amigo del «Che» Guevara, quienes ofrecieron apoyo financiero e instrucción militar cubana. El grupo había elegido la provincia de Tucumán como teatro de operaciones apto, por sus problemas sociales y económicos, para iniciar una acción insurreccional.

Cometieron varios asaltos en noviembre de 1959, siendo detenidos varios de sus elementos, y pese a la promesa de fondos que llegarían desde Montevideo, el movimiento se diluyó hacia 1964, habiendo sido capturadas unas 35 personas involucradas. El proyecto parecía utópico para quienes no conjeturaban, a partir de los datos e hipótesis de inteligencia, la evolución previsible de grupos de magnitud irrelevante para oponerse a la estructura de la Defensa nacional. Por otra parte, se contraponía a estas ideologías la tradicional postura anticomunista del justicialismo, incluso en el seno del gremialismo, y hasta se rumoreaba que el propio Perón había alertado, por ciertos conductos, sobre tales propósitos.

Desde mi punto de vista, acorde a las grandes líneas de la «guerra fría» y a la propaganda estadounidense, me inclinaba a ver las causas en tanteos progresivos del comunismo soviético, cuyo aparato visible en el país no podía constituir, en lo inmediato, una amenaza para el dispositivo militar argentino y las fuerzas de seguridad y policiales, ni tampoco que lo fuera Cuba, como agente

interpósito de la estrategia rusa en esta parte del Cono Sur.

Los mismos acontecimientos producidos en 1964: el descubrimiento de un campamento guerrillero en Ichu Cruz-Tala Huasi, en la provincia de Córdoba, organizado por el comunismo local; la explosión involuntaria del material que preparaba la célula terrorista integrada por elementos trotskistas y peronistas marxistizados en la calle Posadas 1168, de la Capital Federal, y la detención del núcleo inicial del Ejército Guerrillero del Pueblo en Salta por el Escuadrón de Gendarmería Nacional de Orán, grupo castrista-comunista aliado a elementos peronistas de izquierda, me parecieron síntomas crecientes de una actividad marxista en el país imitadora del proceso cubano, pero intentada en un contexto absolutamente disímil al de la isla antillana. Castro, por lo demás, había sido apoyado o, al menos, tolerado por los EE.UU. que llegaron a calificarlo de «Robin Hood del Caribe» (revista «Life») hasta que en 1961 se manifestó abiertamente «marxista-leninista». Incluso, militares cubanos desfilaron en Buenos Aires entre las representaciones que concurrieron a la celebración del Sesquicentenario en 1960.

La inclusión de Cuba en el mundo comunista conmovió a la política internacional. En la Habana, en 1966, se reunió la Conferencia Tricontinental, con la finalidad confesa de coordinar la guerra subversiva en América Latina, ante todo, creándose la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) para repetir, a escala subcontinental, la experiencia cubana: «Hacer de la cordillera de los Andes la sierra Maestra de América». Pero la primera acción ofensiva guerrillera, conducida personalmente por el «Che» Guevara, fracasó estrepitosamente en Bolivia, donde el terrorista argentino encontró la muerte.

Casi un año después, en setiembre de 1968, en Taco Ralo, provincia de Tucumán, un campamento guerrillero de 14 extremistas entrenados en Cuba, fue copado en su totalidad por las fuerzas de Gendarmería frustrando su misión de trasladarse al área tucumana donde habían intentado operar los Uturuncos. Meses

después, en febrero de 1969, otro grupo peronista-trotskista de 6 individuos fue detenido en Abra Santa Laura, en Jujuy, en el límite con la provincia de Salta.

Como es lógico de suponer, todos estos afloramientos subversivos llamaban mi atención, como militar argentino, pero los consideraba neutralizables hasta que una vivencia, en particular, motivó mi decisión de participar en la lucha contra la agresión arteria, de inspiración foránea y que consistía, por parte de los argentinos participantes, un delito de lesa traición a la Patria. Me refiero concretamente al asalto, perpetrado al vivac del Regimiento de Infantería 1 «Patricios», el 5 de abril de 1969, por las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), con la misión de incendiárolo. Casi inmediatamente supe que en ese mismo mes de abril de 1969, públicamente el trotskismo de la IV Internacional con sede en Bélgica destacó, en su «Resolución sobre América Latina» del IX Congreso, que la Argentina estaba en la situación precisa para hacer explotar la crisis revolucionaria.

Consideraba importantísima mi carrera en Caballería, pero previendo entonces la magnitud de la guerra que se le había declarado al país, preferí, sin un asomo de duda, ingresar en inteligencia para sumarme íntegramente a su defensa. De inmediato presenté la solicitud pertinente para poder ingresar a la Escuela de Inteligencia, pleno de avidez por aprender las metodologías y técnicas de las investigaciones y poder actuar contra el terrorismo subversivo.

CAPITULO II

DE LA APTITUD EN INTELIGENCIA A LA LUCHA ANTITERRORISTA

Mi ingreso en la Escuela de Inteligencia reforzó, aparte del lógico aporte de la preparación doctrinaria y técnica, la idiosincrasia propia de un joven oficial de Caballería. Podría sintetizar en una imagen la simbiosis resultante: la paciente y sistemática preparación jinete-caballo para las actividades hípicas de mayor nivel supone, en principio, la reunión de todo dato en un proceso mental que une la información a la intuición. Esta intelección brindó óptimos resultados en la guerra contra la subversión.

Por otra parte, la relación entre la Inteligencia y la Caballería es connatural a la propia historia del Arma. La milenaria acción del guerrero montado incluyó, entre sus misiones, la explotación y el reconocimiento para obtener, por observación visual y otros métodos de detección, información acerca de las actividades y recursos enemigos, hidrográficas o meteorológicas de un área particular.

Esta información, complementada por la ubicación de espías en el dispositivo hostil, suscitó siempre, en el oficial de Caballería, una tendencia a explotarla muy rápidamente, para pasar a la acción lo antes posible. El impulso operaba en mí de modo muy apremiante, lo cual me hacia prestar más atención a ciertas asignaturas que a otras.

Pero antes de continuar, considero útil precisar determinadas cuestiones básicas de la Inteligencia para una mejor comprensión por parte del lector lego o poco especializado en estos temas, más allá del campo literario, de ficción o divulgación, del espionaje, que es un medio más del conjunto del que dispone la moderna Inteligencia.

Para el profesional, el concepto de Inteligencia es universalmente unívoco. Se la define como un producto resultante de la reunión,

evaluación, análisis, integración e interpretación de toda la información disponible relativa a uno o más aspectos de oponentes en el marco interno y de otras naciones, que revistan importancia inmediata o potencial para el Interés Nacional. Su importancia crucial está bien explicitada en la afirmación de Winston S. Churchill que «sin información no se gana una guerra ni se hace política».

No obstante, la autoridad del estadista británico no basta para que los públicos civiles comprendan acabadamente los términos de la acción escolástica expuesta párrafos arriba. Considero necesario, pues, explicar en unas pocas y comprensibles líneas lo que la población debe retener de la Inteligencia. En principio, si su razón de ser no es desvirtuada por ningún objetivo totalitario, un organismo de Inteligencia suministra a los decisores y funcionarios del Estado -como lo subrayó Churchill- vitales elementos de juicio e informes oportunos, en tiempo útil, para las mejores resoluciones de la *Gran Política*.

Este tipo de Institución, que responde a la conducción suprema del Estado, no opera como una policía más -cuya esfera de acción es otra- sino que trabaja en función directa del Preámbulo de nuestra Constitución Nacional, contribuyendo a realizar el bienestar del pueblo y resguardar la seguridad nacional. Para ello, en la medida de lo posible, debe tratar de estar siempre un paso adelante de los acontecimientos detectados como previsibles. Lo que exige su análisis, previsión, compenetración, etc.

La actividad de Inteligencia -o, como más genéricamente se la denominó históricamente, informativa-, acompañó siempre, desde los tiempos bíblicos, el esfuerzo bélico de todos los pueblos. Desde entonces, ha sido objeto de perfeccionamiento, especialmente a partir de fines de siglo pasado, hasta cubrir las necesidades de defensa en la faz militar y desarrollo nacional en el campo civil. En una palabra, hoy brinda, sin excepción alguna en el mundo, al gobernante, tanto en la paz como en la guerra, la totalidad de co-

nocimientos básicos para adoptar las medidas más convenientes y eficaces para la conducción política de la Nación.

Abarca todas las actividades sociales, tanto técnicas como científicas, castrenses, culturales, laborales, religiosas, psicosociales, sin propósitos de manipulación o censura -como es rutina en los regímenes totalitarios-, y su tarea es el trabajo anónimo y colectivo de equipos especializados. Vale la pena advertir, en este sentido, la magnitud que ofrecen las centrales de inteligencia de las democracias más desarrolladas.

El trabajo informativo es un verdadero «rompecabezas» que es necesario armar cuidadosa y minuciosamente, estudiando cada una de las partes constitutivas, para arribar al producido de la Inteligencia final.

Por último, cabe advertir al lector no informado, o a menudo, desinformado, que la lucha con la delincuencia subversiva fue una lucha de Inteligencia y que los medios y apoyos del terrorismo sobrepasaron, muchísimas veces, los del Estado argentino. No se ignora la dimensión de la Inteligencia de los países prosoviéticos y la ayuda y entrenamiento prestados a los guerrilleros en Inteligencia ofensiva y defensiva, como la Acción Psicológica internacional desplegada por esos grupos en países occidentales, incluso a través de organismos internacionales, sin que fuesen denunciados o puestos suficientemente en evidencia. Un ejemplo bien claro de esto es el apoyo político-económico del Grupo de Gelbard, vinculado a intereses soviéticos.

Volviendo ahora a mi preparación en este campo, reitero que hubo «materias» que me atrajeron notoriamente más que otras. Creo que en ello primó, psicológicamente hablando, mi condición de oficial de Caballería con un temperamento decididamente inclinado a la acción inmediata.

Las tareas de analista especializado en investigaciones muy tecnificadas, como verbigracia, la criptografía (con sus «ensaladas

de letras y cifras») o la fotointerpretación, junto con otros medios técnicos, no despertaban en mí el interés que, en cambio, sí era provocado por las investigaciones de casos de Inteligencia o Contrainteligencia que significaban un desafío para la agudeza e ingenio intelectual y que ocasionarían a la postre confrontar con un adversario real o potencial.

Las técnicas de los interrogatorios, tan cuestionadas, sin que nadie se tomara el trabajo de leer las verdaderas técnicas, que no requieren recurrir a la compulsión física, quizás sí a una pugna psicológica; aplicadas como debían serlo, llevaban a una contienda extremadamente sutil con el detenido, cuyas declaraciones debían ser cotejadas con otras conexas, al tiempo que requerían un conocimiento altamente memorizado de las organizaciones subversivas y sus *modus operandis* en materia de seguridad celular.

Hoy, a mediados de la década de los 90, agobiado por el terrorismo fundamentalista, en forma pública se aceptan y se legisla la aplicación de apremios físicos.

Por lo demás, corolarios probables de interrogatorios apropiados podían ser el «doblaje» o la infiltración de la red clandestina. Este doble duelo psicológico era otra forma de vencer frontalmente al enemigo, ya fuese mercenario o traidor.

Lógicamente, el marco doctrinario para inteligir en su totalidad la ideología, la estrategia y la táctica operacional de la subversión en América Latina, era el estudio de lo practicado por ella hasta ese entonces en las llamadas «guerras de liberación nacional» en Asia, África y América Latina, ya fuese a través de la experiencia de quienes las enfrentaron o bien a través de las teorías y doctrinas que las propias corrientes marxistas daban a conocer. Tuvimos exposiciones de un oficial francés que nos narraba sus experiencias en Argelia, en un ambiente, claro está, de una colonia contra su metrópoli, con el ingrediente ideológico.

Las más de las veces, lo hacían sin ocultar sus objetivos y los procedimientos a emplear, como lo hicieron, sin embozo alguno, tanto los fascismos europeos de entreguerras, como las líneas oficiales soviéticas, las disidencias trotzkistas, el maoísmo, los ideólogos del Viet Minh y el castro-guevarismo, antes de su disociación.

¿Cómo se produjo el reclutamiento e instrucción de los grupos iniciales de las organizaciones subversivas que luego operarían en la Argentina? Militantes marxistas como Luis Faustino Stamponi, Francisco Agustín Canelo, Marcelo Aburnio Verd y Oscar Felipe Pérez, organizaron el desplazamiento a Cuba de unos 30 argentinos, con el objeto de prepararlos para su incorporación posterior al intento guerrillero de Guevara en Bolivia.

El entrenamiento duró, aproximadamente, unos tres meses, hasta que debió ser interrumpido por el estallido de graves disensiones debidas a planteos internos relativos a problemas de conducción y de posturas ideológicas y políticas. Los cubanos, entonces, intervinieron directamente para impedir el regreso de ese primer contingente y tratar de reorganizarlos, ahora para una nueva maniobra guerrillera. Aprovecharon la visita de otros 150 argentinos, coincidiendo con la primera reunión de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), estructurada para coordinar los movimientos insurreccionales.

Los nuevos voluntarios constituyan grupos heterogéneos, genéricamente denominados Cristianismo y Revolución, entre los que estaban Piriz, Jozami, Emilio Mazza, Norma Esther Arrostito, Fernando Abal Medina, Carlos Eduardo Enrique Olmedo y Roberto Jorge Quieto.

El total de 180 argentinos recibieron instrucción sobre armamentos, explosivos, inteligencia y conducción política y militar. Mientras se efectuaba la reunión de la OLAS y el entrenamiento aludido, un grupo de intelectuales participaron de

un congreso de alto nivel que produjo directivas para el accionar encubierto en los medios de prensa.

A su retorno a nuestro país, a mediados de 1968, tenían objetivos subversivos que, a fines de ese año, se cambiaron para conformar, por decisión cubana, un Ejército de Liberación Nacional, cuya misión era brindar apoyo en el norte argentino a la guerrilla que conducía en Bolivia, como sucesor del «Che», Guido «Inti» Peredo.

Poco después, el dispositivo argentino se reorganizó en tres sectores con direcciones políticas independientes, que en vez de nombres recibieron la designación de numeraciones, 1,2 y 8, para dar imagen de mayor envergadura. Entre los más conocidos mencionaré: en el Sector 1 Juan José Dragoevich (Tito), Rubén Cerdat, Juan Claudio Guevara (Jorge), Floreal Canalis (El Petiso), Alberto Julián Pera (Rogelio), Ricardo Rodrigo (Antonio), Eduardo Miguel Streger (El Flaco), Jorge Rubén Morelli (Humberto), Alicia Fawrman de Draoevich, Ricardo Oscar Jáuregui y Ana María Nicomedi de Jáuregui; en el Sector 2 Edardo Horacio Yazbeck Jozami, Alfredo Jacobo Helman, Oscar Terán, Antonio Caparrós, Miguel Alberto Camps, Marcos Osatinsky, Roberto Jorge Quieto, Carlos Eduardo Enrique Olmedo y Marcelo Aburnio Verd; y en el Sector 8 Jorge Omar Lewinger (El Francés), Arturo Lewinger, Eva Gruszka de Lewinger, Humberto Oscar D'Ippolito y Pedro Schimpele.

En un principio les fue adjudicada la misión de operar como guerrilla urbana, a la espera de la oportunidad de incorporarse al frente rural que apoyaría al Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Bolivia.

Los tres sectores prácticamente se dispersaron cuando fracasó, el 10 de agosto de 1969, un asalto a la Sucursal Quilmes del Banco de la Provincia de Buenos Aires, ante la oportuna intervención policial. Se produjeron detenciones que facilitaron la identificación de la masa de los implicados.

Dos meses más tarde, la muerte del «Inti» Peredo en Bolivia determinó una modificación de los planes tácticos del ELN en nuestro país, y varias consecuencias. La principal fue que se prefiguró el orden de batalla de las futuras grandes organizaciones terroristas. El Sector 1, prácticamente inactivo, fue absorbido fundamentalmente por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). El sector 2, en cambio, evolucionó considerablemente hacia la estructura autodenominada Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

El sector 8 se desdobló: una parte, coaligada con Cristianismo y Revolución, de inspiración socialcristiana izquierdista, dio origen a Montoneros, mientras la otra parte se incorporó a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), organización instruida en Cuba y liderada por Ramón Torres Molina y Pedro Schimplfle, principalmente.

El orden de batalla final de las grandes organizaciones subversivas hacia fines de 1972, cuando el último período del gobierno militar de la Revolución Argentina convocó a elecciones generales para el 11 de marzo de 1973, mediante el Gran Acuerdo Nacional con los partidos políticos, fue el siguiente:

- Montoneros
- Partido Revolucionario de los Trabajadores
- Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP).
- Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).
- Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).
- Fuerzas Armadas de Liberación (FAL).

El bienio 1971-1972 se caracterizó por la perpetración de algunos hechos subversivos, no siempre exitosos, aunque impactantes para la opinión general.

Las FAL asaltaron el Correo Central de La Plata el 26 de febrero de 1971, robando 28 millones de pesos moneda nacional. Trece de los extremistas fueron detenidos. El 12 de octubre se apropiaron de gelinita y pólvora en la cantera «El Polvorín» de la localidad cordobesa de Juárez Celman. Pocos días después, el 27 de octubre, secuestraron en la Capital Federal al industrial Raúl Vázquez Iglesias, liberado mediante previo rescate de \$ 900.000. Se adjudicaron el hecho los comandos «Bruno Cambareri» y «Luis Pablo Pujals» de la brigada «Alejandro Baldú».

En ese mismo año, las FAP, en una acción conjunta con FAR y Montoneros, asesinaron en la ciudad de Córdoba al Mayor (retirado) Julio Ricardo Sanmartino, frente a su domicilio. En 1972, atentaron contra el Destacamento Nro 50 de la policía bonaerense, con asiento en Wilde.

Las FAR asesinaron al teniente Mario César Azúa e hirieron al soldado Carlos Vaca (paralítico falleció años después), el 29 de abril de 1971, al atacar y robar un camión de la Compañía de la Policía Militar 201, con asiento en Campo de Mayo, en la localidad de Pilar. Los comandos terroristas «Che Guevara» y «Evita», autores del asalto, se llevaron un importante cargamento de armas. Es importante precisar que quién remató al Teniente Azúa, herido e indefenso en el suelo, fue la actual viuda de Osatinsky, Sara Solartz, con militancia política hoy día. El 26 de julio, el comando «12 de octubre» en acción conjunta con «Unidad Básica de Montoneros», asaltaron en la ciudad de San Miguel de Tucumán la Subcomisaría «Villa Mariano Moreno» y robaron armamento. Cuatro integrantes fueron detenidos y se secuestró importante material bélico. El 14 de diciembre, el comando «Raquel Liliana Gelin» dañó con explosivos la Comisaría bonaerense de José C. Paz, prácticamente destruida, con daños por valor de \$410.000. En 1972, el 30 de abril, el comando «Eva Perón» produjo la voladura del puesto de vigilancia de la unidad de la Prefectura Naval Argentina en Dock Sur, Avellaneda, además de robar armamento.

Los Montoneros coparon, el 1 de junio de 1971, la localidad sanfecina de San Jerónimo Norte, robando dinero y armas. En 1972, el 3 de enero, intentaron copar el destacamento de la Prefectura Naval de Zárate las Unidades Básicas Combatientes «Abal Medina» y «Ramus». El 18 de febrero la Unidad Básica Combatiente «Evita Montonera» perdió un extremista en su tentativa de secuestro del intendente de la ciudad de Santa Fe (Capital). El 18 de marzo la Unidad Básica Combatiente «Felipe Vallese», en operación conjunta con las FAP y las FAR, asesinó en Olivos, Provincia de Buenos Aires, al Dr. Roberto M. Uzal, destacado político.

El 23 de mayo de 1971, el comando «Luis Norberto Blanco» del ERP secuestró en Rosario a Stanley Manwering Farrer Sylvester, gerente del frigorífico Swift y Cónsul Honorario de Gran Bretaña. Se lo liberó previo rescate de veinticinco millones de pesos en mercaderías que fueron distribuidas en barrios de emergencias.

El 18 de agosto fue frustrado, en la Capital Federal, un intento de secuestro del Teniente General Alsogaray. En 1972 realizaron tres operaciones de gran repercusión. El 29 de enero los comandos «Luis Pujals» y «Segundo Gómez» se apoderaron, mediante el asalto a la Casa Central del Banco Nacional de Desarrollo, de \$401.835.696. El 10 de abril, en el mismo día, fueron asesinados el industrial italiano Dr. Oberdan Sallustro, secuestrado el 21 de marzo, a punto de ser liberado por la policía en la Capital Federal, y, en la ciudad de Rosario, el General de División Juan Carlos Sánchez, comandante del II Cuerpo de Ejército, en una acción conjunta del comando «Segundo Gómez» y su similar de las FAR «Juan P. Maestre».

Al egresar de la Escuela de Inteligencia, mi mayor anhelo era ser destinado al Batallón 601 de Inteligencia, que lideraba en el Ejército la guerra contra el terrorismo. No niego que recurrió a todo conocido que pudiese contribuir a lograr ese pase, ya fuese militar o civil. Concretamente quería estar en contrainteligencia.

Finalmente, por la intercesión de un militar amigo muy vinculado al General Ibérico Saint-Jean, Jefe de Inteligencia del Ejército obtuve lo que tanto ansiaba.

Era muy joven cuando inicié mis actividades en la especialidad y recuerdo que, de primer momento, comencé a llevar casos. Me encontraba, por fin, incorporado a la lucha plena contra la guerra revolucionaria desencadenada contra la Argentina.

CAPITULO III

RASTREANDO. LA PRIMERA OPERACION DE INTELIGENCIA

III

El presente capítulo aborda el relato de mi iniciación en las operaciones de Inteligencia antisubversiva. En las páginas precedentes adelanté, en favor de una mayor claridad expositiva, algunos de los datos claves del problema terrorista.

Ahora, sin reiterar nada de ello, redondearé algunas escuetas precisiones para que la persona interesada en la historia verídica conozca, directa y definitivamente, los rasgos distintivos de quiénes, por la vía armada agredían a la Nación.

Una cuestión previa para el eventual lector desprevenido es que el ensangrentamiento marxista del decenio de los '70 no se limitó a Latinoamérica. Todo lo contrario, afectó simultáneamente - y, en parte, lo sigue haciendo-, con similar ferocidad, a países de Europa Occidental, aparte de su enquistamiento crónico en el Medio Oriente.

Para no citar sino un par de ejemplos próximos a nosotros y, por ende, más ilustrativos, creo conveniente remitirme a los casos de Italia y de España.

Italia fue un calco sincrónico de lo que debimos enfrentar, aunque nuestra Inteligencia, cabe resaltarlo, permitió conjurar la guerra subversiva en menor tiempo que allí. En España, pese a los golpes asesistados a los grupos etarras, resulta verdaderamente paradójico que, hoy día, la estrategia de la ETA se desdoble en una pinza: el terrorismo crudelísimo, por una parte, y, por la otra, el desenfadado apoyo político que le brinda, en el mismo Parlamento, un partido.

Al respecto, a lo largo de 1995, se debate, en el gobierno de Felipe González, las consecuencias del escándalo desatado ante el conocimiento de operaciones clandestinas de los GAL para asesinar a dirigentes etarras. Decidido y consentido desde el más alto nivel del gobierno Español.

Todavía en la actualidad recuerdo el estupor que me embargó, siendo joven oficial de Inteligencia, al contrastar el cuadro de situación del terrorismo mundial que nos había descripto la Escuela, con la limitación ofrecida, hacia 1978, por los gobernantes de los países integrantes de la Comunidad Europea. En una reunión cumbre, luego de admitir su preocupación ante la amenaza subversiva que pendía sobre sus respectivos países, resolvieron contrarrestarla únicamente dentro de los límites de la Comunidad, recomendando recién el estudio de los acuerdos que serían necesarios a tal efecto.

Para ese entonces, todos nosotros, cualquiera fuese el grado alcanzado por la oficialidad subalterna de Inteligencia, sabíamos perfectamente que los subversivos, por ser esencialmente homicidas políticos, aplicaban las técnicas de la propaganda delineada por Lenin en soporte del terrorismo, enfatizando el valor como «armas» que conllevan las palabras, el vocabulario ideológicamente manejado:

«(...) mis palabras tienen el propósito de despertar el odio, la aversión y el desprecio; no convencer, sino romper las filas del oponente, destruirlo, borrar su organización de la faz de la tierra».

Las estructuras subversivas armadas pueden disponer de un aparato político propio como el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) y también hacer «entrismo» en otros partidos políticos que no tienen necesariamente una vinculación ideológica o metodológica con ellas.

Asimismo, dentro del ámbito artístico-cultural y el periodístico se forman vínculos de los más variados, desde la pertenencia plena, a la simpatía o adhesión pasando por el apoyo ideológico no comprometido.

Esta red tan difícil de identificar significó tanto para la Inteligencia, como para la justicia no esclarecida con el tema, un verdadero dilema.

Este primer caso, en el que tuve oportunidad de conducir la operación de Inteligencia, nos permitirá ver la participación de intelectuales, periodistas y guerrilleros en su guarida.

Para decirlo en una palabra, la Inteligencia militar conocía cabalmente, desde los primeros intentos de insurrección terrorista, los procedimientos y las mentalidades de quienes se inclinaban hacia la participación de «bandas armadas» y la «asociación ilícita con fines subversivos».

Comencé a operar como jefe del Grupo de Calle Nro 5, del Batallón de Inteligencia Militar 601, cuyo Centro de Operaciones tenía por cobertura un local con sótano, próximo a la calle Riobamba y a la Av. Corrientes. Instalé una disquería, bien adecuada a los gustos de la juventud contestataria, para la venta de música comprometida, básicamente canciones de protesta, y símbolos acordes, sobre todo los que llevaban la efigie del «Che».

En un sótano me reunía con la decena de agentes del Grupo, todos vestidos a lo Sérpico, y desde allí se realizaban diversos operativos, con una frecuencia regularmente quincenal. El camuflaje cumplió su función de encubrimiento, tanto para la subversión que «rastreábamos» como para organismos de Seguridad. La Comisaría de la Policía Federal ubicada a pocas cuadras, nunca realizó averiguación alguna sobre nuestras actividades e identidades, pues era una de las tantas disquerías que proliferaron en la zona.

Como la Inteligencia militar actuaba en apoyo de la investigación y represión policial de la subversión, no disponíamos de respaldo

político orgánico. A través de unos de los jefes del área de Reunión del Batallón, me conecté con oficiales de la Policía Federal allegados al Comisario Margaride, muy bien dispuestos para establecer una estrecha cooperación.

Por esa época comencé a constatar algo que tiempo después, cuando las Fuerzas Armadas ejercieron directamente la lucha antiterrorista, ratifiqué ampliamente. Entre los métodos bien probados por Inteligencia, sobresalía la multiplicación de los infiltrados y de los que, por cansancio, decepción, o simple oportunismo, se daban vuelta.

La Policía, especialmente a través de su personal de Inteligencia de la ex Coordinación Federal, había realizado notables penetraciones de infiltrados. Me había quedado muy grabado el caso protagonizado por dos de sus hombres, Víctor E. Fernández y Alfredo Campos, infiltrados en el Ejército Guerrillero del Pueblo derrotado por la Gendarmería en Salta en 1964. Atravesaron la selva salteña con los subversivos, debieron mantenerse como tales en los enfrentamientos, y recién después de ser detenidos pudieron darse a conocer -lógicamente con garantías de su organismo- y ser liberados.

No obstante, la misión profesional policial no se adapta con facilidad a las reglas que sí reclama la Inteligencia: método, verificación, seguimiento, todo ello acompañado a una gran paciencia. Sin abundar en innecesarios comentarios técnicos y psicológicos, diré que el interrogatorio policial con presión física, cuando se lo practica, resulta burdo, sin base lógica. En el curso de un interrogatorio, la premisa clave radica en que el interrogador debe abrumar al interrogado mostrando bien todo lo que él ya conoce.

El primer operativo de relevancia que comandé fue el «caso Sebas», apócope de «Sebastián», alias de Mario Lorenzo Koncurat, uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias

(FAR), cuyo origen había sido el núcleo entrenado en Cuba como Sector 2, como lo señalé en el capítulo anterior.

Un trabajo de infiltración nos había hecho saber que importantes elementos realizaban citas en una casa no identificada de la zona de Tortuguitas, entre la Ruta 8 y la localidad de José C. Paz. Comenzamos a recorrer metódicamente el área, subdividida para su reconocimiento por mi grupo.

En un momento determinado, reconocí en el conductor de un Fiat 128 una fisonomía muy parecida a la del terrorista buscado. Mi memoria fisionómica tampoco me falló esta vez, e inicié el seguimiento para localizar su destino, muy probablemente el lugar de las citas.

Recuerdo las dificultades que nos presentó por las maniobras de contraseguimiento que, con solvencia, realizaba el vehículo. Más de una oportunidad perdimos contacto, pese de haber realizado un plan de seguimiento con varios «móviles». Sebastián Koncurat tenía una estatura de 1,80, flaco, de nariz aguileña. Para adherirle un transmisor de señal radial que nos permitiese seguirlo sin aproximarnos demasiado, lo chocamos en forma liviana y entre las explicaciones, discusiones y disculpas del caso, un agente, «Tito», le puso el transmisor.

Mi inferencia fue correcta y ubicamos la casa en cuestión. El dilema que se me planteó fue el relativo al control de vigilancia, puesto que la edificación estaba muy dispersa y separada por arboledas. Afortunadamente, un relevamiento de la manzana nos permitió averiguar que la casa vecina estaba en alquiler. Con la cobertura debida, una pareja aparentemente alquiló la propiedad y procedió, de inmediato, con las tareas de vigilancia.

Fue un excelente trabajo desde el punto de vista técnico, lo aprendido escolásticamente lo puse en ejecución,

las miras nocturnas para la observación fueron oportunas, instalación de una cámara fotográfica con control a distancia, etc.

Faltaban unos dos meses para el advenimiento del gobierno de Cámpora, y los desplazamientos de los subversivos eran algo menos precautorios que poco tiempo atrás. Entre las visitas identificadas se destacaba la del cabecilla y periodista Francisco Reinaldo Urondo, alias «Paco» y «Jordán». Era yerno de Koncurat, ya que estaba casado con su hija, la terrorista Claudia J. Koncurat. En total, registramos la concurrencia asidua de un grupo de siete u ocho personas.

Habíamos identificado, entre ellas, a Juan Julio Roqué, eximio tirador que había integrado el comando asesino que mató al Coronel (retirado) Sanmartino en Córdoba y al General de División Sánchez en Rosario. El control de horarios de los encuentros en la casa de Koncurat indicaba que Roqué siempre llegaba dos horas antes de las reuniones, que invariablemente parecían comenzar a las diez de la mañana. La regularidad de Roqué era casi cronometrada, ya que a las ocho se lo veía pasar para ingresar a la residencia. Además, detectamos la concurrencia de «Chunchuna» Villafaña, que se fue del país por esta causa.

Cuando se apreció que la totalidad del proceso de Inteligencia de las citas estaba cumplimentado, se decidió, lógicamente con la participación policial, realizar el allanamiento y detención del grupo.

Una acción inmediatamente previa debía ser la captura de Roqué. El día fijado como «D» -en lenguaje militar, datación del inicio de una operación-, a las ocho de la mañana, súbita y violentamente redujimos al peligroso terrorista, evitando una eventual resistencia suya o un alerta al resto que hubiese en la casa. Naturalmente, los queríamos vivos a todos, o a su mayoría posible. Poco después, ya presentes los demás, irrumpimos en la casa y detuvimos a los que estaban presentes.

Recuerdo que, además de Koncurat, estaba un hermano o hermanastro de Leonardo Favio, apellidado Jury, y Lidia Mazzaferro de Laferrere, mujer de uno de los directivos de Radio El Mundo. La soberbia con que respondieron a un interrogatorio preliminar, antes que la policía los derivase a la Justicia, indicaba, bien a las claras, el conocimiento que tenían, anticipado, de las decisiones que tomaría el nuevo gobierno constitucional.

A Roqué le encontramos documentación relacionada con oficiales del Ejército, algunos destinados en la Escuela Lemos. Si no me equivoco, algunos formaban parte del grupo que, durante la presidencia del Teniente General Galtieri, fueron retirados de la Fuerza y a los que se llamó «los 33 Orientales». Considero que se trataba de oficialidad ideológicamente de tendencia peronista y nacionalista, a los cuales, en vísperas de asumir un gobierno justicialista, la subversión tuviese interés en contactarse quizás captar.

No puedo menos que esbozar un listado de los principales homicidios perpetrados por este grupo hasta el momento que se los detuvo, ya sea por ellos personalmente o por directivas que impartieron a otros terroristas todavía libres. Uroondo y Koncurat tenían como objetivo la «eliminación» de dirigentes sindicales peronistas de irreductible posición antimarxista.

Así prepararon y/o protagonizaron los asesinatos de Augusto Timoteo Vandor, José Alonso, Julián Moreno, Dirk Kloostermann, José Ignacio Rucci, Oscar Ismael Lalla y otros casos en los cuales no pudieron determinarse sus participaciones directas. La desaparición de esa dirigencia sindical abría las puertas del Movimiento Justicialista al «entrismo» marxista juvenil más arrullador y masivo.

De todos modos, hasta el 25 de mayo de 1973, la estrategia general subversiva estaba obligada a efectuar, en muchos campos, especialmente en el de la «lucha armada» (eufemismo por terrorismo), un repliegue.

Debía quedar a la espera de la gran maniobra política, el acceso al poder de un gobierno cuyo elenco previsto rebosaba de elementos propios o afines a la subversión.

Estas incorporaciones se harían en el Estado nacional y en los Estados provinciales, capilarizando la penetración hasta los niveles municipales claves.

Poco importaba que la figura de Perón no pudiese ser utilizada como en el exilio, como lo había probado el anciano estadista, después de su retorno al país en 1972, al desechar abruptamente la propuesta de Abal Medina y Galimberti de crear milicias populares, y destituirlos de sus cargos en el Movimiento Justicialista.

Los ideólogos pensaban, e incluso lo manifestaron en documentos internos de «autocrítica», el descarte de Perón del ideario de la «Patria Socialista». También retuvieron la probabilidad de que procurase el respaldo de las Fuerzas Armadas, en particular de los sectores más antimarxistas, a juzgar por una serie de actitudes que culminaron con la negativa del ascenso propuesto por el Teniente General Carcagno para el ex-Coronel Cesio y otros oficiales.

En contrapartida, se descontaba como altamente favorable la supresión de la Cámara Federal Nacional -el peyorativamente llamado «Camarón»- que juzgaba los crímenes y delitos terroristas, lo mismo que una amnistía simétrica para los múltiples guerrilleros sentenciados y detenidos en proceso y en espera de condena.

Los jefes guerrilleros, aunque presos o fugados, en gran parte, no cejaban en las órdenes para perpetrar hechos que exasperasen al adversario, para constreñirlo a acciones de represalia cuya explotación propagandística las tornaría siempre odiosas y antipopulares.

En tal sentido, se estaría entonces en aptitud de repetir, en una dimensión mayor, actos que buscaban el mismo objetivo

provocador: suscitar una reacción militar que, hecha impopular por la propaganda de las «jerarquías paralelas», daría paso a la aproximación rápida a una verdadera guerra civil.

El gobierno de Cámpora, en los escasos dos meses de su duración, confirmó, por igual, prevenciones y expectativas favorables a la subversión.

La amnistía votada por el parlamento prácticamente en su mayoría, con contadas disidencias, entre ellas las del justicialista Brito Lima, activo militante antimarxista, tuvo, como epifenómeno político, la intervención personal del Ministro del Interior, Dr. Esteban Righi, para destruir los archivos de Inteligencia policiales.

No sucedió lo mismo con la Inteligencia militar, ni siquiera con la del organismo propio de la presidencia, la SIDE.

Esto prefiguraba los párrafos finales del discurso en el cual, un año más tarde, Perón, en la Plaza Mayo, al celebrar el 1 de mayo, descalificó a las organizaciones de la izquierda «entrística» juvenil:

«Será también para la liberación, no solamente del colonialismo que viene azotando a la República a través de tantos años, sino también de éstos infiltrados que trabajan adentro, y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan desde afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero».

La experiencia camporista había demostrado que el antiterrorismo partidocrático es de naturaleza estructuralmente difusa y sirve sólo para una dialéctica comicial y parlamentaria.

Mientras tanto, los oficiales de Inteligencia preveíamos el segundo embate de la guerra subversiva. La probable evolución no era, en absoluto, indescifrable para calcular sus líneas de ataque. Sus doctrinarios repetían, una y mil veces, que había que estimu-

lar el endurecimiento del régimen. Ello provocaría una amplia movilización de las masas de izquierda alrededor del «Partido armado», el enfrentamiento con los poderes militares del Estado y la guerra civil, fin último buscado.

ellos que se consideran más avanzados han comenzado a darse cuenta de que el sistema de control y dirección que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

Los resultados de las elecciones de 1983 indican que el sistema que se aplica a la economía es un sistema que no responde a las necesidades de la población. Los que se consideran más avanzados, en cambio, ya no creen que sea necesario seguir con el sistema que se aplica a la economía.

IV **LA MASCARA SUBVERSIVA DURANTE LA «REVOLUCION ARGENTINA»**

A esta altura de mis narraciones he dado cuenta de gran parte de los principales combates librados, en las avanzadillas de la «línea de fuego», durante mi participación en la guerra antisubversiva. No son todos, ciertamente. Ni lo son, en orden a su importancia, de mayor valía que los que quedan por explicar.

Lo que sucedió es que en ésta, como en cualquier guerra, la aproximación ofensiva de la inteligencia a los altos cargos subversivos aumentaba el caudal informativo sobre sus intenciones reservadas y las alianzas secretas negociadas con algunos centros de decisión política, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

De todo esto surge, a mi parecer, un interrogante pendiente: ¿cuándo se detectó, realmente, el montaje subrepticio de la infraestructura guerrillera? O, si se prefieren otros términos: ¿cómo y en cuáles condiciones sociopolíticas puede prepararse la subversión neomarxista?

Trataré de aclarar este *Elemento Esencial de Información* -como se denominan en Inteligencia las incógnitas que deben ser develadas para dilucidar un problema crucial-, mediante los estudios que pude analizar en mi paso por la Escuela de la especialidad.

¿Cómo explota la subversión las instituciones democráticas?

Hablar de terrorismo y sociedad supone referirse a una relación que tiene, como mínimo, dos términos. Una propaganda intencional describe, desde hace tiempo, esa relación, pero lo hace con términos maniqueos, uno como causa y otro como efecto. En este sofisma, se incluye la violencia como factor definitorio. La primera ecuación

fue que «la violencia de arriba engendraba la violencia de abajo», y la segunda sostuvo que el «terrorismo de Estado» tenía por réplica el «terrorismo del oprimido».

Los analistas extranjeros -obviamente occidentales no marxistas- han destacado, hace tiempo, que en algunas sociedades democráticas actuales jaqueadas por el terrorismo, este aparece como un síndrome que tiende a alcanzar un status de casi permanencia.

La doble lógica neomarxista hace que la subversión, antes de emerger como tal, pueda cuestionar la democracia y simultáneamente aferrarse a ella. En el período de incubación clandestina, como vanguardias sociales y culturales progresistas, no le es nada difícil satisfacer la necesidad ideológica de reconocimiento formal.

¿Quién le confiere legitimidad a sus formas embrionarias? La laxitud partidocrática -muy poco republicana en sus responsabilidades-, que apunta menos hacia la solución de los problemas de la alta política que hacia el corto plazo comicial.

En Latinoamérica, cuando la subversión considera llegada la instancia de la prueba de fuerza, el conflicto guerrillero prolongado, lo hace, no siempre en los interregnos de los gobiernos militares de facto. En muchos casos invoca, como justificativo, el tema político de la irrupción castrense en la reorientación del Estado, aunque haya sido consecuencia de un «vacío de poder».

Si fracasa en la confrontación armada, procura enquistarse políticamente en el subsiguiente gobierno de jure, una vez pacificado el país, al menos en orden al asalto guerrillero. Lo hace como partido de avanzada que hace suyas, paulatinamente, todas las consignas de las organizaciones terroristas diezmadas, procurando remediar las consecuencias penales y políticas de los terroristas y al propio tiempo enjuiciar y erosionar a las Fuerzas Legales que los combatieron.

Asimismo el criptoterrorismo, puede encarnar nuevamente el rol de manifestante natural de conflictos no superados por el Gobierno, pues dispone de un apoderado parlamentario. A su modo, los EE.UU. vivieron una situación análoga cuando la guerra vietnamita. Su centro de gravedad era la voluntad nacional de apoyar la intervención armada. Pero no sólo decreció aceleradamente, sino que se tradujo finalmente en una exacerbada crítica hacia la misma.

En México, la rebelión de Chiapas trepó a un escalón superior, mediante la negociación impuesta sin deponer las armas, lo mismo que en Colombia las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC). En Nicaragua, la restauración democrática cuenta en su parlamento con ex dirigentes «sandinistas».

En nuestro país, el terrorista Movimiento Todos por la Patria (MTP), último protagonista, en plena democracia, en un asalto subversivo a un cuartel militar, actualmente tramita su personería como partido, con base programática retomada de su antecesor, el PRT-ERP.

La preparación de la subversión en la llamada «Revolución Argentina»

La subversión dispuso de dos períodos de gobiernos de jure, pese a determinadas tutelas militares sobre candidaturas, debido a la vigencia del Plan CONINTES y ciertos períodos de Estado de Sitio. Los mandatos de Frondizi (1958-1962) y Guido (1962-1963) en el gobierno de la Unión Cívica Radical Intransigente, y el de Illia (1963-1966) por la Unión Cívica Radical. Anteriormente, durante la Presidencia Provisional del Teniente General Aramburu (1955-1958), el gobierno de facto había dispuesto de apoyo partidocrático, institucionalizado en la Junta Consultiva.

En los primeros años, la llamada «Resistencia» peronista fue blanco del «entrismo» de sectores trotskistas y de quienes vieron claramente, de primer momento, que la revolución castrista estaba inspirada por una línea ideológica muy afín al neomarxismo. Es igualmente ilustrativo que las reivindicaciones que tomaban como pretexto la proscripción peronista e incluso los fusilamientos del 9 de junio de 1956, omitían toda mención a los militares que protagonizaron ese alzamiento. Sus hombres jamás fueron tomados como estandartes. Fue evidente, en grado sumo, la intención de establecer, desde los inicios, una divisoria entre civiles y militares en la acción psicológica dirigida a captar al peronismo.

La otra acción psicológica, fue destinada a polarizar núcleos izquierdistas desagregados del Partido Comunista y seguidores del castrismo. La fragmentación del Partido hizo que parte de sus miembros se volcasen al Frente Indoamericano Popular, siguiendo a los hermanos Roberto y Oscar Santucho. Otros recalaron en Palabra Obrera, dirigido por el trotskista Antonio Bressano, que utilizaba el alias «Nahuel Moreno». Incidentalmente, parece ser que un hermanastro suyo llegó a ocupar, durante el gobierno alfonsinista, una Dirección clave en la Secretaría de Inteligencia de Estado (SIDE), y luego, con el gobierno actual, el cargo de Agregado Cultural de la Embajada Argentina en España.

En 1965, siendo presidente el Dr. Illia, ambas agrupaciones celebraron un Congreso que sentó las bases del Partido de los Trabajadores, que estableció la necesidad de la lucha armada y la filiación trotskista de su ideología. Un año después, en 1966, un segundo Congreso decidió la incorporación, como «sección argentina», a la IV Internacional liderada, desde Bélgica, por Ernest Mandel y Alain Krivine.

Siguiendo las resoluciones del Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1962, respecto de la «guerra cultural» concebida por Antonio Gramsci para el Occidente de raigambre latina, Cuba puso en funcionamiento una bien aceitada maquinaria.

La «toma del lenguaje» suponía imponer designaciones, nombres y calificaciones que, con el tiempo, acostumbrarían los públicos, a palabras-símbolos características de la subversión, una vez en superficie.

También en el gobierno radical, en 1964, un Comité Promotor en el que figuraba Arturo Lewinger- del Movimiento de Agrupaciones y Ligas para la Organización Nacional, con sede en el Instituto de Estudios Argentinos «Manuel Dorrego», de la Capital Federal, publicó un estudio titulado «Del Peronismo al Tercer Movimiento Histórico», en sugestiva antelación a la propuesta lanzada, años después, por la Junta Coordinadora Nacional del alfonсинismo.

El documento, después de criticar el accionar histórico de las Fuerzas Armadas -a las que plantea la disyuntiva «Ejército de Ocupación, que enfrente a la Revolución, o Ejército Libertador, que la dirija»-, exalta la revolución cubana, «genuinamente socialista, es hecha por no comunistas»; un «nuevo factor de poder» es «el pueblo trabajador a través de sus múltiples organizaciones de base». Se explaya sobre la «Aproximación a las nuevas montoneras», ya que las «masas populares» deben «pasar de la autodefensa dispersa a la ofensiva conjunta», para crear un «Estado popular desde el Llano». La «avanzada de lo nacional» es «la tendencia revolucionaria».

Quienes abonaban el terreno político con un lenguaje que sería oficializado por el terrorismo un quinquenio más tarde, ¿eran ignorantes portavoces de consignas elaboradas por una usina de guerra psicológica, más apegados a las modas que a las ideologías, o integraban el complot gramsciano a sabiendas? Han pasado muchos años, en verdad, pero los documentos, todos públicos, están allí, en cualquier hemeroteca pública o privada. Muchos de sus difusores gozan de situaciones privilegiadas, mientras que quienes se fanatizaron con sus prédicas fueron aniquilados en la alocada confrontación bélica con las Fuerzas Legales.

¡Cuánto falta que estudiosos, lo más objetivamente posible, realicen un análisis de toda la corriente comunicacional (diarios, revistas, libros, películas, etc) que motivaban e incitaban a la juventud a sumarse a las hordas terroristas, fanatizaban sus mentes y armaban sus espíritus!; Cuántos intelectuales, periodistas que hoy son fervorosos defensores de los «Derechos Humanos» deberían examinar sus actitudes y a la hora de los «arrepentimientos» hacer un público «mea culpa»! Recordemos: "Liberación", "Descamisados", "Crisis", etc.

El gramscismo dispuso en la «Casa de las Américas» cubana, de un instrumento óptimo para la tarea de zapa que remataría el terrorismo con la guerrilla. La estrategia propuesta por Gramsci (1891-1937) no apuntaba al control de los medios de producción (Marx) ni al poder político (Lenin), sino a la cultura, cuyo terreno de lucha eran las aulas, los medios de comunicación, las bibliotecas y las editoriales, las galerías de arte, los auditorios de música y de canciones comprometidas.

No ignoro que mucha gente, inadvertida de lo que acabo de exponer, considere que se trata de fantasías imaginadas por militares, siempre propensos a implantar censuras sobre lo que supuestamente ellos no entienden claramente. En este caso, el vastísimo y variante mundo de la cultura ¡Qué ceguera!

El tercer y último gobernante de la «Revolución Argentina» asumió cuando la subversión afloraba en todos los ámbitos. Aunque el Teniente General Lanusse creó la eficacísima Cámara Federal en lo Penal, que juzgó y encarceló a casi el 90% de los terroristas identificados, que serían liberados y amnistiados al año siguiente, las redes clandestinas seguían ocultas y las conexiones con el exterior se mantenían en el anonimato.

Significado de los sucesos de Ezeiza

El enfrentamiento de Ezeiza marcó el punto de inflexión negativo para la estrategia subversiva en la Argentina. No tanto por lo que ya había demostrado que perseguía la guerrilla, sino por el hecho que aparejó un enorme descrédito ante la masa de población peronista. En ese instante crucial quedaron desenmascarados los verdaderos fines de quienes decían actuar en nombre y por mandato de Perón.

La muerte de Perón era todo un símbolo, en sí misma, para los iniciados en la estrategia de las organizaciones terroristas del Cono Sur, y que convergieron para participar en ella, como un acto ritual, en una especie de «legión extranjera» guerrillera. En cara a la población, quedaría como un acto deliberadamente perpetrado por agentes provocadores de las Fuerzas Armadas.

El objetivo continuaba siendo el de obtener el espacio de «legitimidad» necesario para que la guerrilla enfrentase, con el apoyo popular del que carecía hasta entonces, a las Fuerzas Legales en un ambiente de guerra civil. Por todo esto, el significado de la confrontación de Ezeiza entre el «entrismo» en el peronismo y el grueso de la «ortodoxia» que lo rechazó, no es un episodio anecdótico.

Considerarlo así sería detenerse en una arbitraria simplificación interpretativa de tesis ideológicamente tendenciosas, como la del ex delincuente terrorista -acorde a su exclusivo testimonio- Horacio Verbitsky, pero que entonces sí lo era y al que le cabe, por manejar con Walsh la inteligencia montonera, una responsabilidad criminal. Su libro sobre Ezeiza vale lo que representaba, y representa, él para la causa nacional: absolutamente nada.

En cambio, para el realismo profesional de la inteligencia militar no caben actitudes fóbicamente antiperonistas ni filoperonistas. Su aptitud es la de ponderar el coeficiente nacional de cada sector de la vida política. Por ello, en dicho momento, le preocupaba evaluar el grado de lucidez que tenía cada uno de ellos para dimensionar la amenaza guerrillera.

Por sobre todo, Ezeiza fue el escenario elegido para llevar a cabo el magnicidio del General Perón. Estos fines inconfesables negados hasta el presente, aunque eran «un secreto a voces» en el ámbito terrorista, tuvieron un segundo intento, también abortado, de perpetrar un doble magnicidio simultáneo en Buenos Aires: el de los presidentes Perón y Bordaberry en oportunidad de su reunión.

Corresponde resumirlo brevemente. El 12 de febrero de 1974 fueron detenidos en la Capital Federal, en el cruce la Av. Libertador y Republiquetas, portando armamento, el guerrillero Carlos Caride y seis terroristas uruguayos. El operativo sería conjunto entre «montoneros» y «tupamaros», con apoyo de las FAR y del ERP.

Previamente a los sucesos de Ezeiza, y al margen del presidente Cámpora y su entorno subversivo, hubo fluidos contactos entre el Delegado Militar de Perón, el Teniente Coronel (retirado) y luego Coronel, Jorge Manuel Osinde, con los mandos del Ejército y la inteligencia de la Fuerza. Oficial de la especialidad, antimarxista intransigente, mantuvo siempre relaciones de camaradería con oficiales superiores de inteligencia, entre ellos el General de División Alberto Samuel Cáceres, mi defensor en el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas. También mantuvo, por obvias razones, estrecho contacto con el propio Comandante en Jefe del Ejército, el Teniente General Carcagno.

Reorganización de la guerrilla en el gobierno camporista

La Cámara Federal en lo Penal de la Nación procesó y juzgó, entre 1971 y el 25 de mayo de 1973, casi dos millares de terroris-

tas. La elección de los jueces, de los fiscales y del personal judicial de apoyo fue fundamental, ya que su patriotismo y abnegación permitió el encarcelamiento de casi un 90% de los terroristas que participaron en hechos criminales.

El accionar guerrillero en este período tuvo ribetes especiales, sus hechos no fueron espectaculares, salvo la toma de dos poblaciones, el copamiento de un Batallón de Comunicaciones en Córdoba y el secuestro y asesinato del Teniente General Aramburu. Era implícita la intención de preparar cuadros, reclutar adeptos y recaudar fondos, mediante robos en bancos, desarmes de policías, secuestros extorsivos, etc.).

Hasta el 25 de mayo de 1973, según informes de inteligencia de Ejército, las organizaciones terroristas contaban aproximadamente con 1.100 integrantes del aparato militar combatiente. De este total, 853 estaban detenidos, siendo 765 «cuadros» y 92 militantes. El saldo del total de efectivos que aún mantenía su libertad, era de unos 250 hombres, según el cuadro situacional de nuestra Central de Inteligencia.

Apenas asumido, el gobierno de Cámpora, con el respaldo del Parlamento pluripartidista promulgó -con oposiciones individuales- en un mismo día, la libertad y amnistía de los terroristas condenados y sometidos a proceso. Los cincuenta días fatídicos en el Gobierno de Héctor J. Cámpora pueden ser tildados como los del «Gobierno de los 'Montoneros'».

No puedo dejar de referirme a las dos mayores organizaciones terroristas que recalaron en el país. Las dos nacieron con el mismo objetivo: la toma del Poder. De las dos, era más peligrosa la organización del PRT-ERP, con un grado de pureza filosófica mayor, puesto que era marxista-leninista. Por su lado, «Montoneros» creó el aparato militar sin constituir antes el aparato político. La cúpula mintió a sus adherentes sobre su presunta concepción estratégica peronista, ya que en sus documentos secre-

tos explicitó que «para llegar al socialismo es necesario insertarse en un movimiento de masas, como el peronismo».

En consecuencia, el PRT-ERP tenía más posibilidades de cumplir con su objetivo, por la clara concepción que tenía de la política y de la guerra. En este sentido y adelantándose a los acontecimientos, es necesario destacar que, a partir de 1981, el PRT-ERP admitió en su filosofía una variante «gramsciana». Aceptada en el Buró Político realizado en mayo del 1980, en París, consistió en dejar de lado el «foquismo» y abrirse camino con un método más insidioso y efectivo. Este revolucionario italiano, animado de una pasión destructora del orden cristiano, reconoció las deficiencias de ciertas estrategias del marxismo convencional.

Su estrategia sostenía que la conquista del Poder Político no era suficiente si, previa a esa conquista, no se ganaba a la «Sociedad Civil», sobre la cual se ejercitaría luego el dominio de aquel poder político. «Debe ganarse a la sociedad civil mediante una lenta, progresiva y sostenida tarea de penetración y persuasión, esto es la conquista de las ideas».

Esto permite definir al terrorista subversivo: es un político que, por variadas causas, considera que por la política no podrá cumplir con su objetivo, la toma del Poder. Entonces empuña las armas y, si obtiene el Poder, de inmediato se transformará en político.

El General Perón, residente en España, se sorprendió ante las maniobras de Cámpora y sus secuaces, y presintiendo el peligro de una guerra revolucionaria generalizada en la Nación, partió para la Argentina. Pero el regreso de Perón a la Patria no fue un buen indicio para la subversión que, a partir del mismo momento en que es consciente de su vuelta, comenzó a planificar su muerte.

Núcesos del Puente 12

El aparato oficial daría la bienvenida al caudillo en Ezeiza, más

exactamente en el Puente 12. El palco donde Perón hablaría al pueblo reunido, había sido copado desde la noche anterior por un sector ortodoxo del peronismo, que intuía el ataque al líder.

A las 11 horas del 20 de junio, cuando Perón estaba en el aire, el Batallón 601 de Inteligencia detectó el complot para asesinarlo y, con la anuencia del Comandante en Jefe del Ejército, comunicó al avión la información reunida. Se demoró la llegada en más de hora y media para preparar un aeropuerto de alternativa. Se había optado por El Palomar, pero continuando la investigación se llegó a la conclusión que había sido preparado otro atentado en ese lugar, como alternativa de la inteligencia del PRT-ERP, y se resolvió hacerlo descender en Morón.

Mientras tanto, se destacaron grupos de observación en Ezeiza, para monitorear el despliegue y accionar subversivo. Fui, con otros oficiales y agentes, y recorrimos el terreno que circundaba al Palco y los accesos que permitían la llegada de las columnas que recibirían a Perón. Detectamos dos puntos vulnerables: uno, el grupo de árboles que estaban frente al Palco, a derecha e izquierda, y otro, el camino de acceso de la ruta 205-Autopista General Ricchieri.

El primero podía ser cubierto por los efectivos de la Policía Federal que, al mando del Comisario Mayor Omar E. Pinto, había destacado el General Ihíquez. El segundo ofrecía mayores dudas, en razón que su custodia, con la misión de no dejar pasar más que a los automóviles de invitados especiales -debidamente identificados-, era misión asignada a la policía bonaerense. Como subjefe de ella estaba Julio Troxler, peronista de la llamada «Resistencia» pasado al marxismo vinculado a los «Montoneros».

Nuestra apreciación, formulada sobre el mismo terreno, lamentablemente fue confirmada por los hechos posteriores. Ya a las 13,30 aproximadamente se acercaba por la Ruta 205, próxima al palco, una nutrida columna con estandartes, carteles y emblemas

de FAR, ERP 22 de agosto, ERP y Montoneros, a cuyo frente, en un jeep iba un individuo joven, alto, con un sable en una mano, indicando la dirección de marcha, y con el megáfono en la otra.

Mientras tanto, frente al Palco y a su izquierda, a unos 150 metros de distancia, habían ocupado posiciones, con pancartas que las identificaban, la «Juventud Trabajadora Peronista» (JTP) y otras colaterales de la «Tendencia Revolucionaria», organización de fachada de «Montoneros». En las zonas de los árboles divisamos, encaramados en ellos, a tiradores con fusiles. Algunos, con alzas telescopicas. Poco después, un agente destacado en las proximidades del Palco me informó que el Comisario Mayor Pinto había comunicado a uno de los custodios, el Capitán retirado de Ejército Roberto Chavarri, que por orden directa del Ministerio del Interior, Esteban Righi, debía retirar a sus hombres de allí y apostarse en «El Mangrullo».

Nos desplazamos hacia la retaguardia del Palco y vimos que la columna de casi 3.000 individuos con los emblemas de las organizaciones terroristas la «copaban» en un despliegue de pinzas por los extremos derecho e izquierdo, a unos 300 metros de distancia. Venían acompañados por dos ómnibus Leyland y un Torino. Comprendimos que el palco ya estaba rodeado y que sería inminente el comienzo de un hostigamiento, dado que se aproximaba la hora en que supuestamente Perón habría de aterrizar en el Aeropuerto de Ezeiza y, desde allí, de acuerdo al programa, se trasladaría al palco en un helicóptero.

Nos no equivocamos. Minutos después de las 14,30 horas, el curioso individuo que llevaba el sable se dirigió al centro de la retaguardia del palco, siempre a 300 metros de distancia y, desde allí, levantó y bajó el megáfono dos veces.

Esa fue la señal general para que el cerco guerrillero iniciase, al unísono, un fuego concentrado sobre el palco. Lo hicieron desde los árboles, los dos Leyland y el Torino, junto con otros tiradores que utilizaban la multitud como escudo inerme, levantándose para

tirar y agachándose de inmediato. También unos aparentes inválidos en sillas de ruedas, cubiertas sus piernas con mantas, y las arrojaron a un lado y levantaron armas que escondían y comenzaron a disparar de pie o corriendo.

El asalto al palco de Puente 12 fue una acción de guerra donde los ocupantes, con muchas bajas -entre ellos el Capitán Chavarri, dos civiles y un suboficial Domínguez próximos a él-, mantuvieron la posición y los guerrilleros, en forma cruenta, trataron de tomarlo. Fue, lo repito, una acción innecesaria, ya que Perón no concurriría en helicóptero hasta Puente 12, donde se produciría el asesinato. El vicepresidente Solano Lima, permanentemente advertido por el Batallón de Inteligencia, había dado la orden de aterrizar en la Base de Morón, donde Perón era esperado por él, los tres Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y Ministros.

Presenciamos los linchamientos, por la multitud enfurecida, de muchos de los francotiradores que no habían bajado a tiempo de los árboles para replegarse. Fueron ahorcados con alambres, cinturones y algunos muertos a patadas. Otros, capturados vivos, eran llevados al Hotel Internacional de Ezeiza para ser interrogados.

Recorriendo los aledaños del palco al anochecer, se contaron 358 muertos. Es de destacar que una cantidad indefinida de muertos, cuya identificación evitó la guerrilla, y una gran cantidad de heridos fueron llevados de inmediato a hospitales, clínicas y otros lugares que previamente habían sido tomados por los terroristas, con la complicidad de autoridades nacionales y provinciales. Esos lugares de atención sanitaria fueron controlados por los guerrilleros hasta casi diez días después del 20 de junio.

La subversión mantenía el mismo 20 de junio nueve empresarios y comerciantes secuestrados. El PRT-ERP realizaba conferencias de prensa declarando que su misión era controlar al Gobierno y más adelante declaró la guerra al mismo Gobierno. La mayoría de las facultades del país estaban tomadas por las colate-

rales estudiantiles de las organizaciones terroristas, y las escuelas secundarias anarquizadas. Muchos gobiernos provinciales agasajaban a los guerrilleros en libertad. Los «Montoneros» habían puesto en práctica un sistema de infiltración en las Fuerzas Armadas. Los sindicatos trataban de ser copados por elementos radicalizados de la ex «CGT de los Argentinos» y de los llamados «gremios combativos». Las Fuerzas Armadas eran denostadas por funcionarios y el país, en síntesis, estaba al borde de su disolución.

El acuerdo Perón-Carcagno y la defenestración de Cámpora

En Morón, el General Perón, impuesto de lo que sucedía, tuvo palabras despectivas para con el presidente Cámpora. Luego, el Teniente General Carcagno solicitó con insistencia, en forma reiterada, una urgente entrevista con el General Perón. A su vez, Perón le manifestó a Cámpora su deseo de hablar con Carcagno. Cámpora mentía descaradamente a uno y a otro, pretextando la imposibilidad de concretar la entrevista. Alegaba al Teniente General Carcagno que el General Perón estaba muy ocupado y que oportunamente lo recibiría. Al General Perón le argumentaba que el Comandante en Jefe del Ejército se encontraba en una situación análoga y que, una vez liberado de sus tareas, concurriría a verle.

Por fin, el Comandante en Jefe del Ejército decidió que un Jefe del Batallón de Inteligencia le informase al General Perón lo que estaba sucediendo. El 11 de julio de 1973, en horas de la tarde, en la quinta de Gaspar Campos, se realizó el encuentro Perón-Carcagno y se decidió la suerte del presidente Cámpora. El país se salvó de que el terrorismo continuase consolidándose en el poder.

Lo que no pudo evitarse en esa etapa, es que el aparato gubernamental quedase infiltrado de tal manera que ni el gobierno de Lastriri y los posteriores de Perón y de la Señora de Perón, pudieran hacer muy poco. La guerrilla se había quedado con buena parte de los resortes del Poder y del gobierno.

El libro «Ezeiza» de Verbitsky: una pieza de desinformación

La reconstrucción de lo ocurrido en Ezeiza que ofrece Verbitsky en su libro «Ezeiza» -publicado años más tarde- es una pieza tan falsificada como su personalidad. El ex delincuente terrorista -siempre, lo repito, según dice él- parece seguir actuando, al escribirlo, como cuando era subjefe de la inteligencia «montonera».

El libro es una pieza de acción psicológica que ha intoxicado a muchos lectores, que no perciben en él otra cosa que la versión del terrorismo derrotado y sin máscara. Sostiene la peregrina tesis que, en Ezeiza, como en Plaza de Mayo, las FAR y los «Montoneros» creían que su concentración «desequilibraría ante los ojos de Perón la pugna que los enfrentaba con la rama tradicional y los sindicatos». Cuando observase la «capacidad de movilización de la juventud peronista y las formaciones especiales, que habían forzado al régimen castrense a conceder elecciones, se pronunciaría en su favor y les haría un lugar a su lado en la conducción».

Rebatir las falacias que, párrafo tras párrafo, esgrime Verbitsky, me llevaría, sin justificación alguna, muy lejos del propósito de este libro. Basta, como punto final, señalar que no menciona para nada los Leyland blindados por dentro y con apoyos para los fusiles automáticos, como el armamento de la columna más nutrida y armada que llegó por la Ruta 205. Todos ellos, en fin, por virtud de la pluma mágica de éste que admite haber sido delincuente terrorista desde antes y después de Ezeiza, pasan de los prontuarios de victimarios a la galería de víctimas.

CAPITULO VI

LA «TRIPLE A»: ¿MITO O REALIDAD AMBIGUA?

No tuve relación con ninguna investigación relacionada con el caso de las tres «AAA», ni conocí camaradas que la hubiesen tenido en su período de actuación, entre los años 1973 y 1975. De todas maneras, la conexión con la cuestión subversiva es directa e indubitable, por lo que constituye un tema que no puede dejar de ser analizado. Aunque más no sea, desde la perspectiva de la Inteligencia.

Desde su aparición significó para nuestra Inteligencia realizar un seguimiento para evaluar su procedencia y verdaderas motivaciones, en ésta guerra insidiosa que debía estar alerta con intereses de terceros.

Las noticias, versiones y trascendidos sobre el origen y alcances de la enigmática entidad, solamente tuvieron canales de difusión oficiosos, nunca oficiales. Emergió repentinamente en pleno desborde terrorista, en octubre de 1973, y los nombres de sus víctimas principales surgieron, como indicios orientadores, al menos, de una operación basada en una previa y minuciosa planificación de eliminar blancos seleccionados. La gran mayoría de ellos eran importantes ideólogos y activistas de las bandas de delincuentes terroristas.

La lista comenzó con el atentado que hirió en sus piernas, mediante un explosivo colocado en su automóvil, al senador nacional Hipólito Solari Yrigoyen, en octubre de 1973, y se cerró con el asesinato en Ezeiza, el 11 de abril de 1975, de 5 chilenos de presunta filiación marxista. Otro cadáver NN, próximo al de aquellos, tenía adosado un papel con la inscripción: «Fuimos del ERP». De todos los crímenes, las «AAA» se autoadjudicaron 13, dejando la impresión que el resto pudo deberse a la intervención de otros elementos extremistas antimarxistas.

Entre los que se atribuyó la «AAA» figuraban notorios elementos vinculados a la subversión: el abogado Alfredo E. Curutchet; el ex- vicegobernador de Córdoba Atilio López; el ex Subjefe de la Policía bonaerense Julio Troxler; el ideólogo del PRT-ERP Silvio Frondizi; los miembros del Partido Comunista, vinculados al terrorismo, Carlos Alberto Miguel, Rodolfo Achen (en momentos que, según la prensa, concurría a entrevistar al General Dalla Tea), Carlos Ernesto Laham y Pedro Leopoldo Barraza; el integrante del FIP Carlos Llerena Rozas; el contador Juan Varas, Luis Norberto Macor, Emilio Pierini y José Luis Mendiburu.

Caso significativo, ni el asesinato del sacerdote Carlos Mujica, ni el del diputado nacional Rodolfo Ortega Peña -uno ligado a montoneros y el otro al ERP, a través de la «Alternativa Independiente»-, fueron reivindicados por la emblemática organización.

El criptónimo fue, de por sí, toda una duda. Nunca se precisó de modo concluyente, si significaba «Alianza Anticomunista Argentina» o «Alianza Antiimperialista» o, según la infundamentada interpretación de un semanario que pretendía tener acceso a fuentes de Inteligencia, si pretendía ser la contrapartida de la «Tricontinental» y la sigla eran las iniciales de «América, Asia y África», fuera de la órbita de los dos imperialismos, el norteamericano y el soviético. Otro sello, al que se lo pretendió identificar con la «Triple A», fue el «Comando 'Libertadores de América'».

Timerman, en su diario «La Opinión» trató de hacer rodar un rumor que no tenía asideros verosímiles, en la edición del 2 de octubre de 1973. Según el periodista, algún montonero, presumiblemente ex gobernador -¿Obregón Cano, Bidegain, Martínez Baca, Cepernic?- le habría confiado un texto urdido en la oíspide del poder peronista.

Se trataría de un «Documento Reservado» producido entre el Teniente General Perón, el presidente interino Lastiri, los ministros

Llambí y López Rega, que resolvía la organización de «fuerzas parapoliciales y paramilitares» de «autodefensa» ante la agresión terrorista.

Demás está decir que semejante dislate no merece el menor examen crítico. Súbitamente, en la fecha mencionada, cesaron estas operaciones, con tal singular autoría. Hubo que esperar una década para que las denuncias de Guillermo Patricio Kelly, Salvador Horacio Paino y Rodolfo Peregrino Fernández, formuladas ante el periodismo y la Justicia, resucitara, en forma controvertida, el caso de la triple sigla. Discreparon todas ellas, entre sí, tanto en la identificación de sus presuntos creadores como en los alcances delictivos en el ámbito de los derechos humanos.

Las imputaciones gratuitas y las interpretaciones interesadas servían, en realidad, como otro telón de fondo para los foros que convergían en la furibunda campaña revisora, sin ninguna objetividad, de la lucha antisubversiva de las Fuerzas Legales. Cada una de las informaciones provenientes de fuentes tan sospechosas como insólitas servía para levantar un nuevo banquillo de acusados para las Fuerzas Armadas, de Seguridad y Policiales.

Lo que deformó el veredicto de una Justicia politizada, debe ser recolocado en su real dimensión por un estudio desapasionado de inteligencia.

El marco político en que apareció la «Triple A»

En el ritmo de globalización terrorista que imprimía la guerrilla en sí, faltaba dinamizar un factor que reforzaría su legitimidad de superficie: las filas juveniles de la clase política.

El 17 de agosto de 1973 se cristalizó ese objetivo. Una «Asamblea Multipartidaria para la Recuperación y la Liberación Nacional», convocada en el Hotel Savoy de la Capital, resolvió crear las «Juventudes Políticas Argentinas» (JPA) para coordinar

las acciones de la «Juventud Peronista» (JP); la «Juventud Radical» (JR), con notorios nexos erpianos a través de la «Coordinadora» alfonsinista; la «Juventud Intransigente» (JI) alendista, también con vínculos con el PRT-ERP; la «Juventud Popular Cristiana» (JPC) y agrupaciones estudiantiles abiertamente marxistas o filomarxistas.

Su primera «coordinación» fue organizar un acto frente al Congreso Nacional, utilizando su escalinata como tribuna, en homenaje a los 16 terroristas abatidos el 22 de agosto del año anterior en Trelew, en su segundo intento de fuga, a una semana de su cruenta evasión del de Rawson, el 15 de agosto de 1972.

Ese 22 de agosto de 1973, al anochecer, unos millares de subversivos portando banderas, pancartas y estandartes de sus organizaciones respectivas, cortaron el tránsito por las Avenidas Entre Ríos y Rivadavia, y la calle Hipólito Yrigoyen, en torno al Palacio Legislativo. Vocearon permanentemente las consignas de siempre: «¡La sangre derramada jamás será negociada!», «¡Cinco por uno, no va a quedar ninguno!», «¡Ya van a ver, ya van a ver, cuando venguemos a los muertos de Trelew!...»

El acto lo presidían, desde la escalinata principal y las rampas de acceso para vehículos, dos legisladores radicales del ala alfonsinista: el senador nacional Hipólito Solari Yrigoyen y el diputado nacional Mario Abel Roberto Amaya. A su lado estaban los cabecillas del ERP Santucho y Gorriarán Merlo y la entonces miembro de las FAR María Antonia Berger. Esta evocaba los nombres de cada uno de los terroristas muertos en el intento de fuga, dando tiempo para que, luego de nombrarlo, los concurrentes, al más clásico estilo bolchevique, levantasen el brazo izquierdo con el puño cerrado, y coreasen, a modo de respuesta, la fórmula judeo-árabe: «¡Presente! ¡Hasta la victoria, siempre!».

Después de ser arengados por los legisladores y sus jefes, la muchedumbre de subversivos inició una estrepitosa y vandálica

marcha por la Av. Callao, seguida por la Av. Corrientes. Destrozaron vidrieras y quemaron automóviles, sin preocuparse si había gente adentro. Un pequeño Citroën fue especialmente rodeado e incendiado, manteniendo a patadas cerradas las puertas delanteras por las que trataba de escapar al fuego su conductor, un Sargento Iro, uniformado de la Policía Federal. Pudo ser rescatado por sus camaradas, pero con gravísimas quemaduras.

Con referencia a estos hechos, el 27 de agosto el Diario «El Mundo», comprado y relanzado ese mismo mes por el PRT-ERP publicó en su contrataeña: «NO SANCIÓN LA UCR A DOS PARLAMENTARIOS. RATIFICAN SU POSICIÓN AMAYA Y SOLARI YRIGOYEN». El texto reprodujo manifestaciones del senador: «...yo tuve participación directa en los sucesos de Trelew y fui el primer abogado que el día del fusilamiento llegó a la base Almirante Zar...». No mintió en nada, porque ambos legisladores, estando presente el ex-coronel retirado Perlinger (fallecido), presenciaron el 15 de agosto de 1972 en el copamiento pirata de un avión comercial para que los prófugos lo desviasen de Trelew a Santiago de Chile, paso previo para llegar a Cuba.

¿Qué le sucedió a Solari Yrigoyen con la ascensión al Poder de la Junta Militar que inició la «tenebrosa» imposición del «terrorismo de Estado»? Sencillamente nada. Se le permitió optar por salir del país y se radicó en Francia, en París. Cualquier lector imaginativo que consumiese novelas de espionaje sería atraído, de inmediato, por la sospecha de que hubiese sido un infiltrado de algún servicio de inteligencia militar en la cúpula de los terroristas del PRT-ERP, y que hubiese recibido la nueva misión, como recompensa, de espiar con menos riesgos a los terroristas destinados al aparato de «solidaridad» internacional. Nada de eso es real. El senador, si bien cojo por el atentado, no quedó detenido a disposición del Poder Ejecutivo y se sumó a otros que también optaron por escapar de una situación que se les tornaba peligrosa. Sus tareas no eran las de enfrentar personalmente, arma en mano, a los que preferían el pabellón patrio a las rojas banderas.

Con Solari Yrigoyen colaboraban, en París, el renegado literato, nacionalizado francés, Julio Cortázar, alias «Mariano», Naúm Normando Briski -hoy recuperado para el teatro argentino-, Alejandro Teitelbaum, Héctor Enrique Yankelevich, Rodolfo Matarollo, los hermanos del «Che», Roberto y Ana María -más responsables, indudablemente, que el malhadado incursor de Bolivia-, junto con su cuñado Luis Chávez Alvarez que, como financista del PRT-ERP y luego de la JCR, requería un ambiente tranquilo para hacer producir dividendos a la hacienda subversiva. Cuando quiso pasar a la acción, no aquí sino en México, fue detenido por secuestros subversivos.

Con otro «héroe», Envar el Kadre -ahora cineasta-, Solari Yrigoyen concurrían, como «observadores» a los congresos anuales de la Internacional socialista, la II, tan marxista como la I -creada en Londres por Marx-, la III de Lenin y la IV de Trotzky. En París daba conferencias antiargentinas otro amigo suyo, el último cabecilla máximo del PRT-ERP, Arnol Juan Kremer, que vivía en Suecia de un subsidio oficial. El gran apoyo autóctono lo aportaba la mujer de Mitterrand, quien encabezaba marchas de protesta hasta la Embajada argentina los días jueves, en simbólico correlato con las Madres de Plaza de Mayo.

A mero título informativo, añadiré que el alfonsinismo premió su labor en Francia con la designación de Embajador Itinerante. Al dedicarle parte del capítulo no me he apartado del tema, puesto que él inaugura, aunque no mortalmente, la serie de víctimas sobradadas por la ignota «AAA».

Hipótesis y conclusiones sobre la «Triple A»

En principio, quedaban descartadas, por mera lógica, las denuncias tardías de Salvador Horacio Paino, inimputable mental, y del ex-inspector de la Policía Federal Rodolfo Peregrino Fernández, que sostuvo que «fue el resultado de la acción de todos los servicios del Estado», iniciada con el «cordobazo» en 1969, a

través de una logia policial encabezada por el Comisario Villar. El «enlace directo» entre la «Triple A» y la inteligencia militar fue «Mohamed Alf Seineldín» desde que era Capitán. Este galimatías es más incoherente que el del demente Paino.

Volviendo al bienio de actuación de la «AAA», de ser cierta la tesis de la izquierda -incluido el informe de Timerman-, se habría tratado de un grupúsculo parapolicial o perteneciente a un servicio de inteligencia que, autorizado por el propio Perón y comandado por López Rega, tenía la finalidad de asesinar a ideólogos y políticos que se habían destacado por su apoyo a las insurrecciones y rebeliones «populares».

Pero, ¿tenía necesidad el gobierno de tal instrumento, disponiendo en la jefatura de la Policía Federal de hombres que, sin ser peronistas, eran acérrimos antimarxistas y habían aceptado ser convocados, en su retiro, para enfrentar la subversión, como Villar y Margaride? Tardé o temprano, cualquier investigación rápida podía incluir las víctimas -todas marxistas- en un gráfico de contactos de las cúpulas de las organizaciones subversivas, y detenerlas con suficientes pretextos.

La hipótesis de una autoría de pequeños grupos conjurados de las Fuerzas Armadas, no ofrece tampoco pautas lógicas. Ante todo, se advertía, en actitudes de Perón con los militares más allegados, la inminencia de una represión de mayor envergadura que la de Seguridad. Previamente, Perón quería culminar la reparación de las Fuerzas Armadas y de seguridad que habían visto tronchadas sus carreras por las purgas que remataban los enfrentamientos entre las Armas. Es lógico suponer que el anciano Teniente General quería unificar ese frente interno para lanzarlo sobre la guerrilla.

Tampoco se presenta probable la hipótesis que fuera una operación distractiva de los sangrientos enfrentamientos entre los montoneros de superficie, la «Tendencia Revolucionaria», y otras estructuras, y los agrupaciones peronistas antimarxistas «Comando

de Organización», liderado por Brito Lima, y la CNU inspirada por el profesor Disandro. Ninguna de las dos se preocupaba en disimular el perfil agresivo que las animaba.

De hecho, un aerosol bastaba para acreditar a la entidad, o la entelequia, la apariencia de un accionar orgánico. Pero esto no aportaba beneficio alguno a quienes se aprestaban a ejecutar un antiterrorismo integral.

Ni siquiera resultaba comprensible la eventualidad de una organización pequeña, muy cerrada, que hubiera decidido emplear el terrorismo contra los terroristas. El número limitado de sus atentados y lo esporádico de los mismos, bastan para desechar la hipótesis.

Además, como contraprueba, se plantea otro interrogante: ¿por qué no atentar directamente contra Firmenich, Quieto, Santucho, Obregón Cano, Baca, Bidegain, Cepernic, etc, etc? El mismo atentado a Solari Yrigoyen pareció hecho por aficionados y no por personal ducho en el manejo de explosivos. ¿O fue solamente una especie de revancha simbólica por los pies de los subversivos que no dejaban salir del auto al policía que se quemaba vivo el 22 de agosto, y el atentado no procuró su muerte? En este caso, el atentado lo hicieron gente sumamente experta, los que calcularon, con toda precisión, la cantidad de explosivos.

En tal caso, se podía inferir que se trató de algo inorgánico, parapolicial más que paramilitar, con fines de acción psicológica tendiente a aterrorizar a ciertos núcleos del terrorismo. Lo cual no implicaba el método de las GAL de «Felipillo» en España.

Por otra parte, retornando la versión más difundida, si fue iniciativa personal de López Rega, ¿Qué colaboradores de envergadura tenía en su círculo áulico para esa misión? ¿Los civiles, como los hermanos Villone? ¿Policías retirados, como Almirón y Rovira? Si así hubiese querido proceder, ¿por qué reemplazó en la

jefatura de la SIDE al General peronista Morello por el Contralmirante Peyronel, no peronista, y que jamás hubiese aceptado una entidad clandestina como esa? Para ser justo, creo que López Rega fue un gran chivo expiatorio.

Resta una hipótesis complementaria por examinar. Al margen de posibles acciones parapoliciales, ¿pudo haber sido una marca de despiste para ciertos arreglos de cuentas encubiertos entre organizaciones subversivas?

Cabe recordar que días antes del asesinato del sacerdote Mujica, aparentemente arrepentido del concurso brindado al terrorismo misionero por la vía del clero «tercermundista», la revista «Militancia», dirigida por Ortega Peña, muy próximo al ERP, dedicó su artículo acostumbrado de crítica «La cárcel de papel» a este cura.

Al igual que las otras, esta hipótesis, que en su momento se barajó, a falta de hechos y indicios más significativos, queda en el plano de las sospechas.

La conclusión final es que la «Triple A» desapareció tan súbitamente como apareció. Cualquiera, con un arma y un aerosol, podía utilizar la fantasmagórica sigla. Lo que sí podemos afirmar, que desde los sectores que buscaron la incriminación unilateral le dieron una entidad, pero todo indica que jamás la tuvo.

CAPITULO VII

TRAS LOS ATACANTES DE UNIDADES MILITARES (I)

La amnistía camporista y la reorganización subversiva

Los acontecimientos acaecidos entre el mismo día de la asunción de Cámpora a la Primera Magistratura de la Nación, el 25 de mayo de 1973, y la iniciación de la etapa de operaciones guerrilleras de envergadura contra unidades militares, estuvieron caracterizados, en ese lapso, por la continuación de ininterrumpidos asesinatos políticos.

Once días antes de la posesión en el cargo presidencial de Cámpora, las organizaciones subversivas principales, fundamentalmente el ERP, declararon públicamente su finalidad inalterable y los medios principales que utilizarían. Su revista «Estrella Roja» advirtió al candidato electo que no atacaría su gobierno siempre que no actuara contra la guerrilla, ni tampoco a la policía siempre que se mantuviese neutral en la lucha. En cambio, si lo seguiría haciendo contra las Fuerzas Armadas, la «burocracia» sindical y las empresas.

Hasta ese momento, la acción integral antiterrorista había sido neutralizada en una magnitud más que relevante. La Cámara Federal Penal, aplicando las leyes vigentes, había condenado a 600 terroristas, otras tantas sentencias estaban en vías de ser dictadas y se encontraban procesados más de un millar.

No obstante, tal como lo comenté al cierre del capítulo anterior, la amnistía de unos y la liberación de los otros era una certeza para la estrategia guerrillera. Así, apenas pocos días después de asumido Cámpora, el ERP reiteró que no interrumpiría su «lucha armada» contra el triple enemigo militar, empresarial y sindical. Por su parte, Montoneros, parafraseando la retórica político-militar del Vietcong, y calculando el tiempo conveniente de no hostigamiento a Perón, adujo una espera «logística» de su «guerra popular y prolongada».

También aludi precedentemente a la circunstancia que el Ejército Argentino en modo alguno fue tomado por sorpresa en orden a esta evolución previsible de la subversión, una vez instaurado el FREJULI en el poder. Pese a algunas actitudes confusas iniciales en la conducción superior, las conclusiones de Inteligencia eran bien firmes, habida cuenta de determinadas candidaturas de las listas electorales y las designaciones que, se sabía, serían impuestas desde el Estado.

En efecto, nuestra doctrina al respecto, gradualmente elaborada desde los años '50 en base al estudio del accionar internacional de la guerra revolucionaria, preveía con notable precisión situaciones como las que vivíamos y sus consecuencias directas. El Reglamento entonces vigente «Operaciones contra fuerzas irregulares» (RC-8-2), editado en 1969, había caracterizado cabalmente las modalidades de la insurrección:

«Todo éxito que obtengan las fuerzas legales será normalmente táctico y local. El aniquilamiento de las guerrillas poco menos que total, será considerado por las fuerzas revolucionarias (subversivas) como una derrota parcial y provisoria. Generalmente, el resto de sus fuerzas se reagrupará y reorganizará para luego, en un tiempo de inactividad más o menos prolongado, reiniciar sus operaciones...».

O sea que los sucesos previstos y adelantados en las apreciaciones de los equipos de Inteligencia militar, aplicando la guía doctrinaria aludida, fueron ampliamente corroborados por la dinámica tendenciosa del nuevo gobierno de jure. Por consiguiente, resultaría absolutamente inútil insertar una cronología detallada de los crímenes perpetrados, que se encuentran disponibles en la bibliografía publicada por estudiosos militares y civiles.

Ello desvirtuaría la finalidad que me he propuesto con el presente libro, más simple pero igualmente valedera y, lo que es im-

portante, complementaria y ampliatoria de panoramas más generales. Los detalles que aportan el testimonio personal de las vivencias experimentadas en una lucha extremadamente peculiar, transmiten al lector una impresión muy directa. Además de la información adicional, clave en muchísimos aspectos, que normalmente incorporan las obras más generales. De ahí el interés que revisten, tanto para especialistas como para legos, las autobiografías, totales o parciales.

La comprensión civil de lo que fue, en el pasado inmediato, en el ayer político, está muy dificultada por omisiones y énfasis parciales, interesados, aparte de la acción psicológica que todavía explota el aparato de propaganda creado por la subversión en el exterior. La que sí comprendió el problema, en los momentos álgidos de la lucha, fue la dirigencia sindical nacional, blanco al igual que nosotros, del homicidio ideológico. Se hacia presente, en pleno auge camporista, con placas recordatorias de homenaje a los camaradas que periódicamente eran asesinados.

Tampoco puedo dejar de recordar, entre las tantas víctimas de ese período previo al 11 de marzo de 1973, las que padeció la Armada, por ejemplo, el contraalmirante en situación de retiro Berisso, el almirante Quijada y el contraalmirante Alemán, que no murió pero fue secuestrado por el ERP mediante la traición de un sobrino suyo, Oscar Ciarlotti, y Magdalena Nosiglia, pariente del dirigente de la Coordinadora Radical, cenáculo intimamente ligado a la ex organización subversiva. El partido, según manifestaciones del ex-presidente Alfonsín a Pablo Giussani, redactor de unas «conversaciones», había nutrido muchas filas del PRT-ERP.

A menos de dos semanas de las elecciones generales, una operación del ERP, relativamente poco riesgosa, preanunció las que se intentarían más tarde contra unidades militares. El 28 de febrero de 1973, aprovechando que el Batallón de Comunicaciones 141 de Córdoba realizaba ejercicios en el campo de la guarnición, un

«entregador», el soldado Félix Roque Giménez, redujo al centinela de un puesto de guardia e hizo entrar por allí a los subversivos. Estos coparon la guardia y el resto de los puestos y robaron importante armamento.

Finalmente, el esperado remate político ansiado por la guerrilla: los días 26 y 27 de mayo las Cámaras de Senadores y de Diputados convalidaron legalmente la amnistía y liberación de los subversivos producida el mismo 25 de mayo.

Si bien el proyecto de Ley y el mensaje que lo acompañaba ponían de manifiesto la ideología legisladora de semejante acto, no deja de asombrar el acompañamiento, en los alegatos justificatorios, de la partidocracia opositora al FREJULLI. La que tres años después reclamó la intervención militar total y saludó al régimen **de facto**. Al cual algunos ingresaron con el fervor del converso o del hipócrita, y otros intentaron hacerlo.

Abrogada la Ley que creó la Cámara Federal en lo Penal de la Nación, no quedaba Poder Judicial en aptitud y ánimo de sancionar al terrorismo, ni Parlamento que produjese la legislación reclamada por la situación de guerra interna.

Esta, en términos de juridicidad, reducía la crisis a la categoría de problema policial, y la misión de las Fuerzas Armadas solamente a la de un elemento de sostén en investigaciones y análisis de Inteligencia.

El ataque al Comando de Sanidad del Ejército

Poco tiempo duró Cámpora en la Presidencia, lo mismo que algunos gobernadores ostensiblemente radicalizados, mientras otros optaban por un mimetismo camaleónico.

Perón inteligía que su mera presencia en el país no era factor decisivo para reordenar y encauzar a su «juventud maravillosa»,

que orgullosamente se autotitulaba «brazo armado del peronismo». Ni, menos todavía, a la de origen marxista que no sólo nunca intentó siquiera, durante su exilio, un acercamiento político táctico, sino que, inclusive, concluyó, junto con militares y gremialistas leales a él, que aquella planificó el incidente sangriento de Ezeiza para asesinarlo, no en el palco, sino en el aeropuerto, y provocar un cimbronazo incalculable en favor de la «Patria Socialista».

El ERP, entonces, imprimió un mayor impulso para suscitar una reacción militar y precipitar los prolegómenos de una guerra civil. En plena noche, al iniciarse el 6 de setiembre de 1973, el soldado dragoneante Hernán Invernizzi, a cargo de los relevos de los puestos, ordenó a los centinelas del número 2 que abriesen el portón para el acceso de un camión que portaba mercadería «para el Comando». Cuando entró un camión Ford F-100 carrozado, seguido por un automóvil particular, Invernizzi encañonó con su arma a los soldados del puesto y los hizo caminar tras el camión que, a marcha lenta, para no provocar sospechas, se detuvo detrás del edificio principal del Comando.

Del camión bajaron 11 individuos, uniformados de fajina de modo similar a nuestras tropas, y se desplazaron de inmediato en dos direcciones: al puesto 3, que era sede de la compañía y armería, y otros a la sala de guardia. En la última sorprendieron al teniente primero Eduardo Rutch, al dragoneante Osvaldo Degdeg y otros soldados. A la par que de la armería sacaban 150 Fal y su pertinente munición, cargándolos en el camión, un grupo capturaba el puesto 4.

El operativo se inició a la 1.30 y casi dos horas después dos conscriptos que lograron fugar advirtieron a la Comisaría 28a., a unos 300 metros de la unidad, que la sede del Comando estaba ocupada por subversivos. Alertado el Comando Radioeléctrico, un dispositivo policial rodeó la unidad y bloqueó con camiones las bocacalles.

El Ejército, apenas notificado, envió al 2do. Jefe del Regimiento Patricios con 50 hombres, quienes iniciaron fuego de hostigamiento. Los erpianos, que intentaban comunicarse telefónicamente, en búsqueda de protección, con medios de prensa, jueces, legisladores, abogados y entidades de Derechos Humanos (análogamente a lo que años después procuraron en La Tablada), solicitaron una tregua para sacar dos heridos que, desde tres horas requerían atención médica, y que resultaron ser el Teniente Primerº Rutch y el dragoneante Degdeg.

Mientras la tropa hostigaba a los subversivos, el Teniente Coronel Duarte Hardoy, después de escalar el muro circundante, penetraba dentro del recinto militar, recibiendo fuego enemigo. Al apartar a un Suboficial que intentaba abrir un candado de un portón trasero, asumiendo el riesgo como jefe, recibió un impacto en la zona hepática, muriendo poco después. La valiente actitud en combate de Duarte Hardoy enardeció a la Fuerza.

Ante el apresto militar para el ataque final, los subversivos se rindieron. De inmediato, los elementos capturados fueron derivados al interrogatorio inicial.

Por mi parte, designado para esta tarea inicial de Inteligencia del hecho, me encontraba en un estado animado de indignación plena, al igual que todos los camaradas con los cuales tuve contacto en momentos que se desarrollaba el ataque, hasta entonces el más grave y, a la vez, descabellado, intentado por el grupo marxista. Por esa razón, quienes oficiaríamos de primeros interrogadores recibimos, respecto de Invernizzi, en particular, por la incalificable traición cometida, la orden categórica de no tocarlo, de interrogarlo en la forma lo más escolástica posible.

Invernizzi era, físicamente, poco significativo. Muy delgado, de 1,65 de estatura, ojos claros, tenía un Citroën todo fileteado, algo raro para la época.

Invernizzi y otros estaban detenidos en las instalaciones de intendencia del Regimiento de Infantería 1, actualmente demolidas. En la misma unidad era velado Duarte Hardoy, verdadero héroe del combate. Por rara paradoja, yo también estuve detenido, años después, en ese mismo lugar.

Ningún concejal propuso, hasta estos días, el reconocimiento oficial de un sitio público con su nombre, como en cambio se ha hecho con el delincuente terrorista Rodolfo Walsh.

Al llegar me enfrenté con personajes impregnados de una soberbia que, más allá del fanatismo, sugerían rasgos psicopáticos. La frialdad del criminal nato parecía ser el rasgo predominante en todos ellos. Pero la personalidad de Invernizzi sobrepasaba, de modo especial, a estas mentalidades extremistas, rebosantes de odio. Es hijo de otro matrimonio de la psicóloga Eva Giberti, mujer del fallecido pediatra Florencio Escardó.

Fue él quien hirió al Teniente Primero y al dragoneante, y cuando se le dijo, en medio del interrogatorio, que en la unidad se velaba al oficial que reconquistó la unidad, su única respuesta fue la risa. Todas las presiones psicológicas practicadas fueron infructuosas: exteriorizaba el temperante glacial típico, lo repito, del homicida carente de alguna emotividad humana. No vacilo en confesar que, enardecido por lo ocurrido, y sobre todo por la commoción de tratar con una caterva de individuos realmente subhumanos, solicité autorización al Jefe de la unidad para que se me diese una habitación donde, por unos minutos, imprimiría al interrogatorio de Invernizzi el nivel más duro. No se me concedió el permiso.

Luego, como Invernizzi no disponía de defensor en el ámbito militar -la negativa entre los militares era el común denominador- no conozco por cuál conexión apareció para ofrecerse como tal el Coronel retirado Perlinger. Tomó, a la vez, contacto con Eva Giberti, de quien habían indicios de estar relacionada con el ERP, y se convirtió en una relación muy íntima, como antes lo había

sido Alicia Eguren, mujer de otro marxista, John William Cooke. Durante mucho tiempo la acompañaba en las visitas que hacía a su hijo Invernizzi en el penal militar de Magdalena. A ella fue a «parar» cuando el pronunciamiento militar de 1976. Si no me equivooco, Invernizzi salió en libertad cuando el gobierno de Alfonsín y, de ser así, estaría radicado en Cuba.

Los interrogatorios aludidos a Invernizzi me permitieron, sin embargo, extraer determinada información valiosa, explotando la estructura psicológica del traidor que era, incluso de lo que delataba cuando se jactaba de algo. Un dato sumamente importante era que el soldado que operó como entregador de la guardia del Batallón de Comunicaciones 141 de Córdoba, Félix Roque Giménez, condecorado por el ERP, lideraba un «Frente General San Martín», integrado por soldados que pertenecían al ERP.

Estos conscriptos estaban destinados, en su casi totalidad, en unidades de la Capital Federal y de la Provincia de Buenos Aires. Pacientemente, cruzando información obtenida de otros interrogatorios, logramos detectar a sus componentes y su listado fue elevado, adjunto al detalle de la investigación, al entonces Jefe del Estado Mayor General, el General Numa Laplane. Aceptó y encomió el método utilizado, calificando de «espectacular» el resultado obtenido.

Aunque la gran mayoría de estos conscriptos, algunos de ellos asignados a oficiales como choferes o asistentes, fueron detenidos, subsiste en mí la duda sobre su condena por el régimen «democrático» peronista, puesto que ningún juez se animaba o se demostraba decidido a condenar guerrilleros. En estos días ya habrán cobrado la indemnización por sus años de detención.

La mejor prueba es que el decreto 1443/73 del 23 de setiembre de 1973 que declaró ilegal al «autodenominado Ejército Revolucionario del Pueblo», no incluyó a la guerrilla autoproclamada peronista, y tan empleada, como la otra, en la

guerra subversiva. Menos de un mes después, el 12 de octubre de 1973, al asumir Perón la presidencia, se fusionaron las organizaciones FAR y Montoneros, formando el binomio FAR-MONTONEROS hasta el siete de agosto de 1974, cuando la dupla se subsume en la designación única de Montoneros.

Cabecillas en la fusión FAR-Montoneros

En el orden de batalla de la unificación de ambas organizaciones guerrilleras, no me sorprendió, en modo alguno, conocer que entre las personalidades que ejercían funciones de comando figuraban los principales terroristas que detuve en el operativo que cerró el «Caso Tortuguitas» o, más apropiadamente, el «caso Sebas».

Efectivamente, Francisco Reinaldo Urondo, alias «Paco» y «Jordán», fue «Jefe de Columna» en ambas organizaciones. Periodista en «La Opinión» de Jacobo Timerman o literato en las Ediciones de «Crisis» de Federico Vogelius, era llamado, en su ambiente, el «poeta montonero». Estaba muy unido a Rodolfo Jorge Walsh, alias «Sebastián», Horacio Verbitsky -con varios alias: «Perro» y «Alberto», «Salazar», etc-, Juan Gelman, alias «Pedro» y «Rusito», Roberto Cirilo Perdía, alias «Pelado Carlos», Norberto Habberger, Juan Julio Roqué, y obviamente, los Koncurat. Fue «Jefe de Columna Capital», cuando la designación única fue Montoneros. La nómina de los crímenes en que participó personalmente y ordenó, excede el temario del presente libro. Su final fue el suicidio: la noche entre el 16 y el 17 de junio de 1976, acosado por una persecución de las Fuerzas Legales que no pudo eludir, ingirió la cápsula de cianuro que llevaba todo montonero, en el interior de su automóvil.

Otro conocido, Mario Lorenzo Koncurat, alias «Sebastián», que dió nombre al caso, era Oficial de Columna comandada por su cuñado Urondo. Con su hermana Claudia, esposa de Urondo, figuran con los números 02681 y 05175, respectivamente, como «desaparecidos» en la Capital Federal el 3 de diciembre de 1976,

en el Anexo I del Informe Oficial «Nunca Más» de la CONADEP. En el caso de Claudia surge una contradicción con lo que afirma el Anexo II (página 133) de haber «sido vista» en la ESMA «el 9 de agosto de 1976», es decir, meses antes de su pretendido secuestro.

La otra Koncurat, Mirta Adriana, alias «Lali» y «Bruja», llegó al rango de «Teniente Primero» en la «Secretaría Política Zonal» de Capital de Montoneros, para después, prófuga en México, ser «Secretaria de Relaciones Internacionales». En marzo de 1979 se pasó al «Peronismo Montonero Auténtico» que nucleaba a terroristas reacios a volver al país para participar en la «Contraofensiva Popular»: Rodolfo Gabriel Galimberti, alias «Tano», «Benja», «El loco Alejandro», Juan Gelman, los Fernández Long. En ausencia, un «juicio revolucionario» los condenó, sin poder ejecutarlos ni recobrar los fondos que retuvieron, destinados a la fantaseosa insurrección.

El caso de Roberto Jorge Quieto, alias «Negro», par de Firmenich, amerita unos comentarios. Radical vinculado a la Federación Juvenil Comunista, estuvo ligado, como abogado, al estudio del Dr. Mor Roig. Su trayectoria, bien conocida, finalizó de modo todavía no develado. Abandonó la clandestinidad y desapareció. Pese a que su mujer denunció su secuestro, fue sentenciado por un «juicio revolucionario» a «degradación y muerte», por desertor y delator. Es posible su muerte en secreto, para disponer Montoneros de un mando único.

El ataque a la guarnición de Azul

El 19 de enero de 1974, como se sabe, fue asaltada la sede del Regimiento 10 de Caballería Blindada y el Grupo 1 de Artillería. El ataque fue sangriento y los pormenores fueron detallados por la prensa, en su primera plana, los dos días siguientes.

El propio Presidente Perón, en uniforme de Teniente General se dirigió por la cadena nacional a la ciudadanía para alertarla que el ataque «a una institución oficial» demuestra la «presencia de verdaderos enemigos de la patria, organizados para luchar en fuerza contra el Estado, al que a la vez infiltran con aviesos fines insurreccionales». Mucho más duros todavía fueron los conceptos vertidos en dos cartas reservadas dirigidas a los efectivos de la unidad: una a los oficiales y otra a los suboficiales.

En lo que respecta a mi narración, diré lo que supe y viví. No caben dudas del apoyo brindado por el gobernador bonaerense Bidegain y su núcleo más próximo. Los terroristas iniciaron su asalto degollando al soldado González en su puesto de guardia y ballearon a mansalva al Teniente Primero Carullo, mi compañero de camada, que salvó milagrosamente su vida de 4 impactos y 1 tiro de gracia.

Carullo me confió que sospechaba del papel que pudo haber jugado el Teniente Primero Urien, que luego se retiró. En su habitación le encontraron un retrato del «Che» Guevara y, años después, participó de un video de «Nunca Más», hablando contra las Fuerzas Armadas. Empero, en aquel momento no pudieron comprobarle conexiones con la subversión.

El jefe del Grupo de Artillería, Teniente Coronel Ibarzábal, fue secuestrado, se lo mantuvo en cautiverio en las condiciones más inhumanas, siendo muerto tiempo después cuando era trasladado en un armario metálico con avanzado estado de desnutrición, mientras el Coronel Gay, Jefe del regimiento, fue muerto. Inmediatamente, luego de usarla como escudo, asesinaron a la mujer de Gay a la vista de sus dos hijos.

Diez años después del atroz asalto comandado por Gorriarán Merlo, en 1984, la hermana del Coronel Gay que solicitamente se encargaba de ambos huérfanos, se extranó de la falta de noticias de su sobrina Patricia -con graves trastornos psíquicos desde en-

tonces-, con la que se comunicaba diariamente. Hizo violentar la puerta del pequeño departamento que habitaba y la halló tirada en el piso, postrada de debilidad y deshidratación, balbuceando atemorizada que «habían dejado en libertad a los que mataron a sus padres».

La crisis la llevó a una condición autista, debiendo ser internada en una clínica psiquiátrica de la Capital, donde finalmente se quitó la vida el 5 de octubre de 1991, a los 31 años de edad.

Cuando llegamos a Azul varios oficiales de la especialidad de Inteligencia, logramos detener a 17 guerrilleros en su huída. Estaban bien entrenados, la mayoría amnistiados. Recibimos la orden de una alta jerarquía, el General Dalla Tea, según supimos, de trasladarlos en avión hacia Buenos Aires y, durante el vuelo, arrojarlos al mar. Nadie dudó en discutir la orden, teniendo ante los ojos la feroz masacre.

Al poco tiempo recibimos una contraorden y los terroristas fueron trasladados y entregados a la justicia federal. Pese al cúmulo de cargos y evidencias, no fueron condenados. Es muy posible que el gobierno alfonsinista los haya puesto en libertad. Y, en tal caso, hasta indemnizado por el tiempo de detención.

Tiempo después, la investigación de un infiltrado permitió la identificación del asesino de la señora del Coronel Gay, pero uno de los hijos, seguramente por miedo, se negó al reconocimiento.

Esclarecimiento de cuestiones inconclusas previas a mi pase a Córdoba

En 1975 se efectivizó mi pase al Destacamento de Inteligencia en Córdoba y allí me dediqué a revisar casos tratados, por haber ocurrido los sucesos anteriormente, pero que no estaban cerrados definitivamente. Es así que me aboqué a dilucidar aspectos que no

habían sido totalmente esclarecidos.

Cronológicamente citados, fueron el asesinato, en 1973, del Coronel Iribarren, jefe del Destacamento de Inteligencia de Córdoba; el secuestro del Mayor Larraure durante el asalto a la Fábrica Militar de Villa María, en Córdoba, el 10 de agosto de 1974, y, un día después, el 11 de agosto, el intento de copamiento del Regimiento 17 de Catamarca.

La profundización de las investigaciones, luego de retomar los casos, me permitieron detectar y ubicar más subversivos vinculados a cada una de las tres operaciones terroristas.

Para no alterar la ilación lógica del relato, que versa sobre los pasos metódicos de investigaciones de Inteligencia, y mantener a la vez congruencia con el contexto, considero necesario mantener la misma secuencia, en tiempo y espacio, con que avancé en dichas investigaciones. Todas ellas se iniciaron con análisis retrospectivos, en los que detecté indicios que, por diversas razones, no habían sido retenidos. Del mismo modo, lagunas informativas que la vorágine de la lucha impidió que fueran colmadas.

El conjunto de mis indagaciones en los tres casos serán, por lo tanto, tema completo y ordenado, del capítulo siguiente.

CAPITULO VIII

TRAS LOS ATACANTES DE UNIDADES MILITARES (II)

VIII

En el mes de diciembre de 1974 me trasladé a Córdoba, nuevo destino que me había sido designado. Al margen de la específica documentación militar, la jerarquía más ortodoxa y decididamente antisubversiva del peronismo me había entregado una carta dirigida al interventor de la provincia, el brigadier Lacabanne. A mi llegada tuve una entrevista con él y también con su sucesor, Bercovich Rodríguez. Ambos pusieron a mi disposición los medios que pudiese necesitar del gobierno provincial, para contribuir, en la forma más irrestricta posible, a la derrota del ofensor terrorista.

Hasta mi instalación en el Destacamento de inteligencia, apenas comenzado el mes de enero de 1975, estuve alojado en el casino de oficiales del Batallón de Comunicaciones 141, donde también vivía el Mayor de Comunicaciones Pepa, a quién conocía y con el que mantenía muchísima amistad. Al estar todavía sin funciones en Inteligencia, un día Pepa me invita a participar en un vuelo de reconocimiento que haría, al día siguiente, sobre áreas de la Provincia de Tucumán. El día en cuestión, muy temprano, el mayor me dijo que lamentablemente no podría llevarme, pues no había lugar en el avión, por la cantidad de oficiales que debían participar. Hacia el mediodía, mientras almorzaba en el Casino la clásica milanesa con papas fritas, me enteré que la máquina había caído y que no había sobrevivientes. La cúpula del III Cuerpo de Ejército había perdido sus máximas jerarquías.

Este colofón de 1974 era tan trágico como lo había sido, para el país, el año en general. El presidente Perón había muerto el 1 de julio, y la subversión, muy probablemente al tanto de su delicadísimo estado de salud, agravado por la tensión que le provocó la creciente amenaza de una guerra civil, preparaba su dispositivo para intentar operaciones como la de la guarnición de Azul, pero con mayor efectividad.

El 13 de febrero de 1974, el ERP anunció, por su publicación del PRT «El Combatiente», la creación de una coalición de organizaciones terroristas de países limítrofes para ampliar el teatro de operaciones a gran parte del Cono Sur. Se trataba de la «Junta Coordinadora Revolucionaria», que englobaba al ERP en la Argentina, los «Tupamaros» en el Uruguay, el «Ejército de Liberación Nacional» en Bolivia y el «Movimiento de Izquierda Revolucionaria» en Chile.

Gran parte de sus cuadros se había trasladado a nuestro país, en virtud de que los gobiernos de sus Estados, *de jure o de facto*, habían iniciado, con la conducción de sus Fuerzas Armadas, la lucha antiterrorista. Esta especie de «Estado Mayor Conjunto» revolucionario montó rápidamente, en Europa Occidental y en algunos países latinoamericanos, una serie de centros, muchos abiertos y otros apenas encubiertos, cuyo conjunto entramaba una infraestructura de Acción Psicológica de «Solidaridad», acorde a la jerga marxista. El objetivo estratégico era acompañar y consolidar las operaciones terroristas en nuestro ámbito nacional, con una campaña de desprestigio internacional de la Argentina.

Las primeras bases se instalaron en Francia, Portugal, Italia, Venezuela, Perú y Paraguay. Dispusieron, además, del apoyo franco de organismos e instituciones internacionales, entre ellos, el Consejo Mundial de Iglesias (que años después apoyó la subversión sandinista), el Tribunal Bertrand Russell, el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados. Los «refugiados» era el eufemismo utilizado para mencionar a los terroristas destinados a la Guerra Psicológica y los que escaparon del país por no ser combatientes, sino ideólogos.

En París, Francia, funcionaban en la misma sede el «Centro Argentino de Información y Solidaridad» (CAIS) y la «Comisión Argentina de Derechos Humanos» (CADHU), que disponían de la colaboración desembocada de órganos de prensa y, en especial agencias noticiosas, cuyos representantes en la Argentina

elaboraron la desinformación que luego difundían los medios extranjeros, produciendo el conocido «efecto rebote» en la opinión general.

¿Qué razón política decidió a los gobiernos extranjeros y a las jerarquías de las entidades internacionales a tolerar las campañas de descrédito de un país con el que mantenían activas relaciones oficiales desde siempre? Algunos casos eran, si se quiere, comprensibles ideológicamente, como el de los líderes socialistas europeos Ron Hayward, en Gran Bretaña; Anker Jorgensen, en Dinamarca; Bruno Kreisky, en Austria; Francesco de Martino, en Italia, Mario Soares, en Portugal; Olof Palme, en Suecia; Francois Mitterand, en Francia. Pero el líder demócrata cristiano Aldo Moro, que por esas dramáticas ironías de la política, fue secuestrado y asesinado por las Brigadas Rojas, ¿qué motivación tenía?

Su triste suerte confirma mi reflexión de los comienzos del presente libro: la Inteligencia nunca cesa de hallar incógnitas aparentemente paradojas en la alta política internacional, sobre todo cuando se entrecruzan intereses vinculados, por ideología o simple interés, con la guerra revolucionaria...

Los ejemplos que podrían traerse a colación darían material documental para una colección de tratados especializados, puesto que son elemento participante, y no en pequeño nivel, de hechos capitales de la historia contemporánea reciente.

¿Acaso los mismos antagonismos entre la ex URSS y las «democracias populares» no subordinadas a ella, no se tradujeron en confrontaciones públicamente notorias? Uno de los planos donde más lo evidencia fue, precisamente, el de las guerras revolucionarias en los países periféricos.

Así, la China comunista fue la primera nación en reconocer, prácticamente de inmediato, al régimen de facto militar chileno en 1973. Aquí, en nuestro país, la propaganda del Partido

Comunista Revolucionario (PCR), de obediencia chinoísta, denunciaba, en sus revistas y libros, la estrecha ligazón entre la subversión y el Partido Comunista, incondicional ejecutor de las directivas del «socialimperialismo» ruso.

Lo cierto es, en definitiva, que una vez montado el aparato de «solidaridad internacional», el ERP, anunciando siempre aquello que iba a hacer, el mismo día de la muerte del Teniente General Perón publicó la decisión de extender las operaciones al ámbito rural.

Su edición de «Estrella Roja» de esa fecha refirió, con el título de «El comienzo de la guerrilla rural», que el 30 de mayo una fracción había copado la población tucumana de Acheral:

«El accionar guerrillero urbano ha desarrollado ya varios años de experiencia práctica (...) y las pequeñas unidades que comenzaron el combate en la década pasada, ya se han fortalecido y convertido en unidades de mayor tamaño, de gran capacidad operativa(...) Estas circunstancias plantean al ERP elevar a un nivel superior el carácter de la acción político-militar...»

En otra parte de la misma revista precisa que la «calidad» de las «unidades mayores» que ya disponían, les permitía «disputar zonas al enemigo y garantizar zonas liberadas».

Del asesinato del Coronel Iribarren al «caso Arbolito»

Al comenzar mi revista en el Destacamento de Inteligencia de Córdoba, atrajo mi atención una placa colocada en memoria del coronel Iribarren, asesinado cuando ejercía su jefatura.

El crimen había sido perpetrado por Montoneros, en momentos que, habiendo triunfado electoralmente Cámpora, faltaban alrededor de dos meses para hacerse cargo de la Presidencia. Tal cir-

cunstancia, sumada al hecho de no estar Iribarren al frente de una unidad de combate, me planteó varios interrogantes sobre el objetivo que podría haber procurado el acto terrorista.

Como por mera deducción no lograba concebir ninguna hipótesis sobre el rédito deseado, solicité el caso para revisarlo y, de hallar en él algo que satisfaciera mi intriga, no me preocuparía más. De lo contrario, a pesar del tiempo transcurrido y de los problemas que, día a día, nos atiborrasan en forma creciente, requeriría autorización para su reapertura.

Cuando me entregaron la carpeta y comencé su análisis, comprobé que su contenido era muy limitado. La primera lectura me acicateó más las dudas previas, en cuanto al propósito de los terroristas al matarlo. Solamente quedaba la posibilidad de cobrar una víctima más, otro militar en la lista de bajas. Pero, lo repito, no encontraba la congruencia concluyente de la muerte con la coyuntura. Gravitaba en mí, además, la intuición que subyacía, no detectado en su oportunidad, algo más.

Reléi detenidamente cada pieza del material obtenido por la primera y única investigación, inmediata del asesinato en lo fundamental. Entonces encontré algo a lo que conferí carácter de indicio.

Se trataba de un papelito con la única inscripción de «arbolito», recogido en las inmediaciones del lugar en que asesinaron a Iribarren. Fue cosa de un instante el verlo y asociarlo con la experiencia recogida, a través de una infiltración, en un caso parecido.

En esa eventualidad habíamos averiguado que, en actividades como ésta, los guerrilleros dejaban en el lugar del hecho un papel con el alias de guerra o un apodo. Consistía en un alerta a la célula

para que, en caso de tener problemas y ser detenido y/o correr el riesgo de serlo, la organización pusiese rápidamente al tanto a los abogados asignados, para que actuaran prontamente.

Reabrí el «caso Iribarren» con la correspondiente autorización, y solicité la remisión de algún «doblado» que hubiese tenido acceso, por lo menos, a misioneros por su alias o apodos.

Me pasaron, un tiempo después, un colaborador, un misionero arrepentido, de extracción peronista y que había sido captado, probablemente, porque era un muchacho muy enfermo del sistema servicial y poco dotado mentalmente. Seguramente pensaron que esa deficiencia lo tornaba de fácil manejo.

La enfermedad lo impulsó a gesticular permanentemente, al punto que había recibido el apodo de «D'Arienzo», dado que muchos de sus movimientos más habituales hacían recordar a los del músico cuando dirigía su orquesta.

Pero lo concreto es que había conocido muchos misioneros y, entre ellos, recordaba uno al que se le decía «Arbolito», sin conocer la causa del apodo o alias. No podía aportar, por desconocimiento, todo otro tipo de dato, salvo que se trataba de un individuo de unos 40 años de edad.

Cuando podía disponer de algún tiempo, en medio del fárrago de tareas que desarrollaba, montaba un operativo en búsqueda de «Arbolito», cuyas posibilidades de éxito, debo admitirlo, eran mínimas. Se trataba, como reza el aforismo popular, de intentar hallar una aguja en un pajar.

En dichas esporádicas oportunidades, en compañía de «D'Arienzo» y 3 o 4 elementos del Destacamento, recorría en automóvil la zona de la ciudad de Córdoba donde se tenía información que solían citarse o contactarse subversivos.

Llevaba varios meses en el intento, pero no desistí, pese a las dificultades. Lo había asumido como un desafío irrenunciable, más todavía, como una verdadera afrenta.

Un día, regresando de uno de los recorridos por la calle Vélez Sarsfield, en las proximidades del Destacamento, «D'Arienzo» comenzó a gritar, señalando a un individuo: «Arbolito! «Arbolito! «Arbolito!» «Arbolito!».

Paré el automóvil, y como una tromba, formando una pinza, unos por delante y otros por detrás, lo redujimos rápidamente y nos lo llevamos al lugar de detención. «Arbolito» era un casi cincuentón, morocho, con aspecto de «buen hombre», aunque, sin duda, no lo era.

El interrogatorio preliminar, realmente muy breve, porque el sujeto se quebró rápidamente, arrojó un resultado fantástico. Conocía e identificó a todos los participantes en el atentado a Iribarren.

Cuando lo pasamos a la Policía, para su entrega a la Justicia, teníamos reconstituido y aclarado definitivamente el asesinato del coronel Iribarren. Su causa había sido, contra todo cálculo, un alarde irreflexivo de un grupo montonero.

De inmediato, con el concurso policial, procedimos a la ubicación del resto de los guerrilleros. Todos intentaron resistir y fueron abatidos. Uno de los oficiales participantes propuso remitir las vainas servidas de los proyectiles que ultimaron a los victimarios del militar, a su viuda, en testimonio del celo de sus camaradas, pese al tiempo transcurrido, para que el crimen no quedase impune.

Aceptamos la sugerencia y la viuda fue recipiendaria de este homenaje de soldados a su marido.

Un último dato, más bien anecdótico, sobre «Arbolito». Un agente de Inteligencia, que era mi secretario y chofer, al que apodábamos «Lince», vivía en un barrio que disponía de vigilancia privada. A la mañana, yo pasaba a buscarlo a su casa, ya que el automóvil lo llevaba cuando finalizaba la jornada, por cualquier imprevisto.

Cuando lo llevamos a «Arbolito» al lugar de Detención, «Lince», al verlo, quedó estupefacto. Es que el montonero era, sin lugar a dudas, uno de los guardias contratados, y que lo había visto muchas veces.

El asalto a Villa María y el «caso Larrabure»

Otro de los casos a los cuales me dediqué, apenas llegado al Destacamento, fue el concerniente al secuestro del Teniente Coronel Julio Argentino Larrabure, subdirector de la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos, ubicada a unos cinco kilómetros de la localidad cordobesa de Villa María, producido en un ataque del ERP, el 11 de agosto de 1974.

La ocupación se produjo casi simultáneamente con un intento fallido de copar el Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada, de guarnición en Catamarca. Todo indica que el ERP, además de conmocionar psicológicamente con un doble golpe de efecto sobre la imagen militar, en sus planes contaba el objetivo de raptar un técnico en explosivos al que luego utilizaría para su propia fabricación de artefactos bélicos.

Los subversivos se concentraron en un motel, albergue transitorio, cuartel general del operativo a cargo del grupo «Compañía Decididos de Córdoba». Sabían que por ser feriado, la Compañía de Seguridad de la Fábrica había dejado apenas una dotación para la guardia y sus puestos. Sin embargo, antes del ataque la policía fue alertada por una pareja que iba al motel, pero

se retiró al notar una situación extraña, y fue baleada infructuosamente, por los terroristas.

Se inició el ataque con la toma sorpresiva de un puesto de guardia, desde donde el grupo se dividió: por un lado, hacia la Guardia y demás puestos, y por otro lado, hacia la casa del Director, el Teniente Coronel Guardone. Los terroristas que coparon las guardias hirieron gravemente, al enfrentarlos, en la cabeza y en el tórax al soldado José Carlos Fernández, y tomaron el Casino de Oficiales, donde obligaron a arrojarse boca abajo sobre el piso a hombres, mujeres y niños. Larrabure se identificó para resguardar las mujeres y las criaturas.

Los que intentaron tomar la casa del Teniente Coronel Guardone, fueron repelidos por éste de tal modo que mató a uno de los guerrilleros, y el resto desistió de mantener el asedio. Mientras tanto, la policía se enfrentaba con el grupo que custodiaba el motel, muriendo el Cabo primero Cuello y siendo heridos el oficial Moral y los agentes Aguilera, Gutiérrez y Bruno. Unos policías que fueron en busca de ayuda militar fueron capturados por guerrillero vestidos con uniformes del Ejército.

Al retirarse los asaltantes, se llevaron al Teniente Coronel Larrabure y al Capitán García, baleado al intentar desarmar a su custodio. Fue dejado en la ciudad de Córdoba, con diez impactos de bala, esposado, golpeado y quemado con la brasa de cigarrillos. Pese a su estado salvó su vida.

Dos subversivos, que iban en un Fiat 128, fueron interceptados a la entrada a la ciudad de Córdoba y perseguidos por la policía cuando intentaron escapar a gran velocidad. A poco trecho volcó, muriendo uno, el médico José Luis Buscaroli y siendo capturado herido el otro, Manuel Alberto González.

Hasta aquí el sucinto resumen del operativo, de público conocimiento, aunque dudo de su memoria pública. Comienza, por tanto, la relación de mis investigaciones posteriores.

Cuando el gobierno de facto del Proceso de Reorganización Nacional, dispuso de información suministrada por un miembro arrepentido del ERP, Charly Moore, que también colaboraba con la policía. Después se le permitió ir al Brasil.

Había estado en el copamiento de la Fábrica de Villa María y su testimonio confirmó informaciones obtenidas en otras fuentes acerca de la inexistencia de un entregador. Quedaba así desvirtuada absolutamente la versión dada por la subversión respecto de un soldado «del pueblo», Mario E. Pettigiani.

Moore me indicó la casa donde se concentraron previamente los atacantes, cuyo propietario era un escribano muy conocido en Río III. Al allanarla estaba prófugo. En el jardín, exactamente en el lugar indicado por el arrepentido, encontramos los restos de dos atacantes muertos o heridos de gravedad, hallazgo confirmatorio de que la casa había sido centro de reunión antes y después del hecho.

Diré, en principio, que se ofrecieron al Ejército las colaboraciones más insólitas, aunque con buena fe, para rescatar al oficial secuestrado. Hasta hubo propuestas para que interviniesen videntes y adivinos.

Por mi parte, me dediqué metódicamente al análisis de la documentación conexa al caso. Sobre todo, las cartas del teniente coronel a su esposa, que el ERP le hacía llegar. Era evidente que el prisionero estaba siendo sometido a presiones psicológicas para doblegarlo.

En el epistolario encontré que se reiteraba una constante, que obviamente había escapado a la censura de sus raptos. Consistía en la mención de un amigo, a quien designaba «el comodoro». Inferí que se trataba de una pista deliberadamente deslizada por el camarada, y para la cual seguramente debía haber inventado una coartada creíble.

Tuve presente que el ERP acostumbraba construir «cárcel del pueblo» en ciudades. Era altamente probable que permaneciese ocultado en la ciudad de Córdoba. Razoné la hipótesis que el término «comodoro» aludiese al ruido de motores de aviones. Concluí, entonces, que la investigación debía orientarse hacia las proximidades del aeropuerto de Pajas Blancas.

Comencé a rastillar, en la zona, la localización de un barrio que ofreciese condiciones para contener una «Cárcel del pueblo». El gobernador de la Provincia, Bercovich Rodríguez, puso a mi disposición, a través del Destacamento, dos vehículos y la cantidad de combustible que necesitase. Demás está decir que disponíamos del apoyo policial pleno.

Cerca del aeropuerto había una estación de servicio en la que habitualmente nos abastecíamos de combustible. Lo atendía un morocho de unos treinta años, muy vivaracho, que al ver las armas que portábamos en el vehículo se mostraba muy interesado, alegando que eran su afición, y hacía diversos comentarios sobre ellas.

Después de dos meses de búsqueda, dimos, con la colaboración policial, con un chalecito sospechoso. Al allanarlo a la noche, descubrimos que en él vivía el morocho de la estación de servicio con su familia. Lo detuvimos junto con su mujer y no solamente supimos que era «sargento» del ERP, sino que en el baño, al desplazar la bañera, se accedía a una «cárcel del pueblo», cuyo habitáculo estaba construido con suma pericia ingenieril.

Pero el éxito fue rápidamente empañado por la desazón que nos produjo el saber que el infeliz militar había estado allí hasta 48 horas antes del procedimiento. En lo material, secuestramos hamacas paraguayas y armas de puño destinadas a la «Compañía de Monte Ramón Rosa Giménez».

Cuando detuve personalmente al jefe misionero (ex FAR) Marcos Osatinsky, investigando el asesinato del cónsul honorario norteamericano en Córdoba John Patrick Egan, se me ocurrió ofrecer un canje del terrorista por Larrabure. La posibilidad existía a través de una mediación muy discreta del Primado de Córdoba, Monseñor Primatesta.

Expuse mi idea a la Superioridad y solicité autorización para llevarla a cabo. Pero me fue denegada. Que estaba en lo cierto lo prueba el hecho que Gorriarán Merlo, «Jefe Regional» del ERP, intentó liberarlo. Hace poco, conversé el episodio con un General de división retirado, de decidido protagonismo en la guerra antisubversiva, cuyo comentario fue: «yo le dejaba hacer».

El cadáver del Teniente Coronel Julio Argentino Larrabure fue encontrado el 23 de agosto de 1975, arrojado en un terreno baldío del suburbio rosarino. Había sido congelado después de su estrangulamiento con una cuerda. Su cuerpo, además de mostrar signos de una pérdida de peso superior a los 40Kg, evidenciaba haber sido martirizado, en vida, por todas partes.

Se imponen, a mi modo de ver, dos conclusiones: una, que el bravo camarada no se «quebró» ante las presumibles exigencias subversivas; otra, que el canje que propuse podría haberle salvado la vida, y que la caída de Osatinsky se habría producido igualmente más tarde, casi indefectiblemente. No era un Firmenich o un Galimberti; vivía enajenado en la acción terrorista.

Pero también subsiste, como incógnita, la motivación política que llevó a los terroristas a hacer aparecer el cadáver. Todavía no se ensayó, que yo sepa, conjetura o interpretación alguna.

El frustrado operativo de Catamarca y mis investigaciones complementarias

La penetración del ERP en Tucumán seguía dos cursos de acción: las bandas acampaban en el monte -inicialmente en las zonas de La Rinconada, Sauce Huacho y el Ingenio Santa Lucía- mientras los cahecillas utilizaban refugios urbanos que, a la postre, de poco les sirvieron.

La cúpula guerrillera planificó para el 11 de agosto la operación conjunta contra la Fábrica de Villa María y el Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada, en Catamarca. Días antes, Santucho, acompañado por un veterano de los Tupamaros, estuvieron en los campamentos «base» para arengar a los grupos de la «Compañía de Monte Ramón Rosa Giménez», encargada de la apertura y consolidación «foquista» del frente rural.

El día 9 de agosto, alquilaron un ómnibus con chofer a la empresa tucumana «Point Sur», pretextando ser estudiantes de la Facultad de Agronomía de la Universidad Nacional de Tucumán. Disponían, además, de una camioneta Chevrolet que cargaba el armamento. Ese mismo día, a las 15 horas, partían, desde la sede universitaria, 47 guerrilleros en el vehículo colectivo, rumbo a Catamarca.

La importancia crucial que se le otorgaba a la operación está reflejada en la circunstancia que el propio Santucho, mediante un avión contratado en el Aero Club de Tucumán, se trasladó a Catamarca, en espera del éxito de lo planeado.

Ya en Catamarca, al llegar a la zona de Las Pirquitas, los terroristas redujeron al conductor y esperaron al vehículo que acarreaba armamento y uniformes similares a los del Ejército, que arribó a la hora convenida. Allí permanecieron los subversivos hasta la medianoche del día siguiente, para cumplir las etapas programadas.

No se percataron que fueron observados por un joven lugareño que, al ver como se cambiaban de vestuario y armaban en un lugar resguardado, avisó a la Subcomisaría de la Policía local sita en San Antonio. Muy rápidamente la jefatura de la capital provincial, destacó dos vehículos con ocho hombres.

Al llegar donde acampaban los guerrilleros, uno de ellos les dijo que era el Capitán Romero del Regimiento 17. El jefe de la patrulla policial, conociendo a los oficiales de la unidad militar, abrió el fuego, seguido por sus hombres, y los subversivos -pese a la desproporción de efectivos, que los favorecía- no reaccionaron ante tal fulmínea decisión y huyeron en desbandada. En el terreno quedaron los vehículos, con parte del armamento y dos muertos, uno de los ellos después identificado como «tupamaro».

Un grupo escapó en dirección a Piedra Blanca, donde toparon con dos vehículos policiales que controlaban el área. Esta vez, la treta de hacerse pasar por militares tuvo efecto y les permitió reducir a los policías y proseguir su fuga con los automotores robados. En la localidad de Los Varelas robaron dos vehículos particulares, se dispersaron por distintos caminos y lograron reingresar a la Provincia de Tucumán, vía La Fronterita y San Gabriel de Acheral.

El otro grupo llegó a las cercanías de Polco, y en una vivienda de pobladores dejaron a sus moradores la suma de \$1.000 y al conductor secuestrado. El jefe de la familia, extrañado, no vaciló en dar conocimiento del suceso a la policía, devolviendo también la suma recibida.

El interrogatorio permitió a las fuerzas policiales orientar varios procedimientos con éxito. Tres fugitivos fueron detenidos en la Estación de Omnibus de la capital, otros en el Puesto Caminero El Portezuelo y cuatro más en diversos tramos de su escape.

En la mañana del 12 de agosto, fueron capturados dos prófugos, denunciados por un poblador cuando intentaron comprar víveres

en Polco, a 5 km. de Catamarca. Al inspeccionar las cercanías, en búsqueda del resto que aguardaban a los detenidos, se produjo un tiroteo que abatió al agente Acevedo. La policía demandó apoyo de la unidad militar.

A las nueve de la mañana el jefe del Regimiento, Coronel Cubas, resolvió la intervención de 60 hombres, creyendo que al mando de un oficial Jefe, que se encaminó rápidamente a la zona de una hondonada de 300 metros de largo por 200 de ancho, seguida por montes, a unos 800 metros al NO de la Ruta Nacional Nro 62.

Los efectivos eran numéricamente parejos, y nuestra tropa se desplegó en varias patrullas. Una, de 10 hombres, rodeó las alturas, y la otra, de 8, penetró en la hondonada para aferrar a los guerrilleros y permitir su envolvimiento. El resto quedó a retaguardia como reserva y no necesitó intervenir en el combate.

La patrulla de 10 hombres sorprendió a 16 subversivos que bordeaban la hondonada, a unos 60 metros de distancia. El tiroteo les causó 3 bajas, y una parte se dispersó hacia el NO, siendo perseguidos por una fracción de la patrulla militar, que los aniquiló en un segundo enfrentamiento.

Los subversivos sobrevivientes del primer encuentro se dirigieron hacia la hondonada, donde la otra patrulla de paracaidistas ya había abatido la mitad de los subversivos que iban por ella. Los restantes que quedaron se reagruparon con los dispersos derrotados en los bordes, y todos se concentraron en el centro. Reiniciando el fuego con las dos patrullas militares, en poco más de media hora fueron aniquilados totalmente.

El ERP admitió, a través de la edición de «Estrella Roja» del 19 de agosto, que el ataque a la unidad de Catamarca «tuvo como resultado una derrota para las armas populares», debiendo retirarse por la pérdida del factor sorpresa, quedando «un grupo de 27 desvinculado del resto».

La conclusión básica que se extrajo de este intento, es que la subversión, a más de obtener prestigio para su renovado «focoismo» rural, necesitaba armas y equipos para derivarlos después a las provincias de Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires.

La derrota de Catamarca decidió al ERP a implementar una represalia consistente en matar a 17 oficiales del Ejército, uno por cada uno de sus caídos. Entre los crímenes demenciales recuerdo los del Subteniente de Intendencia Gabande, del Mayor bioquímico Gimeno, del Mayor de Artillería López, del capitán de Infantería Paiva, sin olvidar, claro está, la secuela horrorosa del asesinato del Capitán Viola...

Muchos de ellos fueron velados en el Regimiento de Infantería 1 Patricios. Cuando fue asesinado en Rosario el Teniente Primero Britz, quizás marcado por una amiga que luego se supo era guerrillera, en su velatorio me encontré con el entonces Jefe de la Casa Militar, el Coronel Corral. Al comentar la situación y afirmar que había que hacer algo, recibí la inaudita respuesta: «cuando el ERP mate 17 oficiales, parará».

En todo caso, la represalia del ERP quedó neutralizada en la mitad del número de víctimas anunciadas. Con la colaboración de altas jerarquías de la Policía Federal, cuyo jefe era Margaride, sucesor del asesinado Villar, se incrementaron las operaciones de Inteligencia y los consecuentes allanamientos, en los cuales la resistencia terrorista, ante la doble experiencia militar-policial, resultaba inocua.

Con la excusa de la barbarie perpetrada en el caso Viola, explicada lógicamente de otro modo, el ERP fue disuadido de continuar la «represalia» de asesinar por sorpresa a oficiales aislados. En sus listas, a las que después accedimos, figuraban ocho oficiales que no fueron atacados.

En el asesinato del Mayor Gimeno había participado Cristina

Borenstein, sobrina del cómico Tato Bores (Borenstein). La información obtenida era totalmente fidedigna y establecía su concurrencia al domicilio de su padre, hermano de Tato Bores, y al de este último. Ambos vivían en el mismo edificio; el padre en un departamento arriba del de Tato.

Allanamos ambas viviendas, sin encontrar a Cristina. Su padre fue detenido en el momento de ofrecernos 25.000 dólares para evitar el apresamiento de su hija, y se ofreció a llevarnos hasta donde ella vivía. La encontramos con su amante, también del ERP, pero cuyo nombre no recuerdo, y secuestramos armas y explosivos.

El desenlace fue triste: donde triunfó Inteligencia, fracasó la Justicia. El padre recuperó la libertad 3 días después y su hija estuvo varios años presa. Pero las constantes presiones que se ejercían a su favor para que no se la condenase, finalmente obtuvieron la libertad. Salió del país, y se radicó en el exterior. Actualmente, ¿todos habrán cobrado su indemnización?

Una última cuestión: ¿habría entregadores en el Regimiento 17 de Infantería Acrotransportada? Una investigación tenaz, minuciosa y, no puedo negarlo, también afortunada, me permitió descubrirlos. Fueron un cabo y 3 tres soldados, uno de los cuales murió en Tucumán.

Expuso todas las pruebas, que eran incontrovertibles, al Jefe del Destacamento de Córdoba, proponiendo una operación para capturarlos sin levantar alertas al enemigo.

El cabo había sido trasladado a otra guarnición, y los dos soldados cumplieron la orden del ERP de ingresar, como aspirantes, a un Instituto de una Fuerza de Seguridad. Lo que cumplieron.

Como los implicados estaban en otras jurisdicciones se pasó la información para que se adoptaran las medidas correspondientes. Los que cursaban como aspirantes fueron dados de baja. Sobre el

otro entregador me enteré que había percibido su vigilancia en una guarnición muy chica y huyó. Al tiempo, también fue abatido.

ellos se realizó en el año 1990, cuando se creó la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación de los crímenes cometidos por las FARC. La Comisión se convirtió en la principal autoridad de investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

En 1991 se creó la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación de los crímenes cometidos por las FARC. La Comisión se convirtió en la principal autoridad de investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

El Comité de las FARC se creó en 1990, tras la fundación de la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC. El Comité se creó para que se pudiera coordinar las acciones de las FARC y para que se pudiera coordinar las acciones de las FARC.

Este comité cumplió su función de coordinación entre las FARC y la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este comité cumplió su función de coordinación entre las FARC y la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

El Comité de las FARC se creó en 1990, tras la fundación de la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este comité cumplió su función de coordinación entre las FARC y la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este comité cumplió su función de coordinación entre las FARC y la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este comité cumplió su función de coordinación entre las FARC y la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este comité cumplió su función de coordinación entre las FARC y la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este comité cumplió su función de coordinación entre las FARC y la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este comité cumplió su función de coordinación entre las FARC y la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

CAPITULO IX

EL APOYO «DEMOCRATICO» A LAS OPERACIONES ANTITERRORISTAS

Este capítulo analiza el apoyo «democrático» a las operaciones antiterroristas, que se realizó en el año 1990, tras la fundación de la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este capítulo analiza el apoyo «democrático» a las operaciones antiterroristas, que se realizó en el año 1990, tras la fundación de la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este capítulo analiza el apoyo «democrático» a las operaciones antiterroristas, que se realizó en el año 1990, tras la fundación de la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

Este capítulo analiza el apoyo «democrático» a las operaciones antiterroristas, que se realizó en el año 1990, tras la fundación de la Comisión de la Verdad, la Justicia y la Reconciliación, que se encargó de la investigación y sanción contra los miembros de las FARC.

El ataque al Regimiento 29 de Infantería de Formosa

Seguía destinado en el Destacamento de Inteligencia de Córdoba cuando recibimos las informaciones del ataque subversivo al Regimiento de Infantería de Monte 29 en Formosa, el 5 de octubre de 1975.

Las informaciones provenientes de la unidad no eran suficientemente claras en la identificación de la organización terrorista que la asaltó. Me refiero, claro está, a los primeros momentos. En la Comunidad Informativa existían dudas acerca de la autoría. Muchos integrantes de los servicios de Inteligencia, ante la modalidad de la operación, sospechaban que había sido perpetrada con elementos y dirección del ERP, dudando que todo hubiese sido obra de la otra gran banda de guerrilleros, los Montoneros. Se tendía a interpretar que, pese a la fusión entre estos y la FAR, habría predominado la última.

Otra era la conclusión a que arribamos otros oficiales. La experiencia acumulada en Buenos Aires y Córdoba nos había permitido predecir, en lo que técnicamente se denomina en Inteligencia «probable evolución», que la dupla FAR-Montoneros comenzaría a atacar los mismos blancos que seleccionaba el ERP. En realidad, nunca fueron distintos en nada, y el reparto de objetivos respondió, durante una etapa, a una conveniencia táctica. Puede ser que elementos del Movimiento Peronista, por complicidad o por ignorancia, hubiesen sostenido la posibilidad de un divorcio ideológico, al invocar los Montoneros un origen peronista. Todos eran, por igual, marxistas: unos trotskistas, otros castro-guevaristas o maoístas. La distinción era de matices, no de fondo.

Por mi parte, al recibir información adicional, siempre casi inmediata al hecho, manifesté a la superioridad mi certeza del protagonismo exclusivo de la subversión montonera.

Antes de seguir, considero importante, como paréntesis, esclarecer un resumen de lo sucedido en la unidad. Un acto de piratería aérea paralelo les permitió secuestrar un avión comercial de Aerolíneas Argentinas, en vuelo de cabotaje entre Buenos Aires y Corrientes, y desviarlo hacia el aeropuerto El Pucu, en Formosa, que estaba copado por una treintena de subversivos. En él retuvieron, como rehenes, a la tripulación y al pasaje, junto al personal del aeropuerto y demás gentes que se encontraban en él. El avión, un Boeing, fue reabastecido y colocado en la pista, listo para decolar, junto con un Cessna.

Medio hora antes, un entregador, el conscripto Mayol, había franqueado la entrada al cuartel de cinco vehículos cargados con subversivos que se dispersaron para el ataque simultáneo a cuatro dependencias, con el propósito de además de producir el impacto psicológico, robar armamento y munición, aprovechando el feriado dominical.

Un soldado que los vió pasar desde la cocina del Casino de Suboficiales, no vaciló en abrir fuego, hasta caer abatido. Casi al mismo tiempo fueron asesinados por sorpresa, por distintos grupos, el Subteniente Ricardo Eduardo Massaferro y un soldado que trabajaba con él, al igual que el centinela de la Compañía de Servicios, y en la Guardia de Prevención, un Sargento Iro que estaba como radioperador. De allí pasaron al dormitorio, asesinando con granadas y ráfagas de ametralladoras a los soldados que dormían la siesta. Idéntica saña manifestaron en los baños de la Compañía Comando, asesinando con granadas a dos soldados que estaban duchándose.

Llegado a este punto comenzó, en contra de la planificación prevista por los guerrilleros, el contraataque del personal militar. La Guardia de Prevención fue recuperada por el Oficial de Servicio, un Subteniente herido en una pierna, el Jefe de Guardia, el Sargento de Cuarto y unos soldados reagrupados en el Puesto 1. Otro grupo, conducido por un soldado herido en un brazo, puso en fuga a los terroristas que robaban el armamento. Frente a la jefatura de la

unidad, el Suboficial de retén y dos soldados servidores de una ametralladora MAG resistían el ataque subversivo y finalmente batieron a los atacantes. Mientras otro Suboficial se sumaba a la recuperación de la Guardia de Prevención, el 2do Jefe del Regimiento, junto con siete Oficiales y dos Suboficiales, se desplazó desde el barrio militar y atacó el flanco derecho de los cuarteles, ocupó el comedor de tropa, impidió la utilización de los vehículos dispuestos para la retirada subversiva y se aprestó a contribuir en el ataque final, ya que el Jefe de la Unidad, en viaje al aeropuerto a despedir unos viajeros, enterado del asalto, con apoyo de efectivos de Gendarmería y de Prefectura Naval atacó por el frente del cuartel y completó el cerco de los homicidas replegados sobre la Guardia de Prevención.

El Regimiento perdió 10 soldados, 1 suboficial y 1 oficial, asesinados al amparo de la traición sorpresiva, mientras que los asaltantes, no pudiendo, fuera de su estilo habitual, empeñarse en una lucha frontal, dejaron 16 cadáveres. No hubo reclamo de los mismos y la documentación que llevaban era falsificada, acorde a sus normas. Los que lograron huir, lo hicieron en dos vehículos, los únicos no neutralizados por la reacción de la unidad. En el aeropuerto, cargaron sus heridos en el Cessna, abandonado en el interior de Corrientes, mientras el Boeing aterrizó en un campo próximo a Rafaela, donde lo esperaban vehículos para cargar el esperado armamento.

Al margen de las condecoraciones recibidas por los cuadros y la tropa, la bandera de la unidad portó, desde entonces, la medalla «Honor al Valor y Disciplina». La justificación intentada por la misma guerrilla subversiva testimonia, sin quererlo, lo suscintamente referido. Una copia que conservé de su órgano de prensa «Evita Montonera», dice textualmente: «Los soldados -armados o desarmados en algunos casos- desobedecieron la orden de rendición; en todos los casos presentaron fuerte resistencia y

en algunos lugares esa resistencia fue suicida(...) En el ataque al cuartel una regla general fue que los soldados, cuando podían, escapaban de los lugares atacados por nuestras fuerzas, pero ninguno suelta el fusil y una vez a distancia buscan parapetarse para iniciar el fuego».

Ciertamente, la repugnancia del terrorismo subversivo al enfrentamiento frontal con las fuerzas armadas, era la misma que la de la delincuencia común ante las fuerzas policiales. Del mismo modo, el rechazo de los jóvenes ciudadanos que cumplían el servicio de conscripción, era parangonable a la repugnancia del civil común ante las distintas formas de la delincuencia.

Retomando el tema principal, es decir mi participación en la Inteligencia del sanguinario atentado, por decisión del General de División Menéndez, Comandante del III Cuerpo de Ejército, la superioridad me envió, en un avión privado, junto con el Comisario General Telleldín, todavía a cargo de la Inteligencia Policial, a Formosa. Llegamos a destino pocas horas después para estudiar in situ lo acontecido y regresar con la información sobre la primera operación de magnitud de los terroristas nucleados en la banda de los montoneros.

En mi conversación con personal de la unidad me enteré de un episodio que entonces no se divulgó a la opinión pública, y que ahora, por mi testimonio, sale a la luz por primera vez. La versión oficial dió como muerto al entregador Mayol. La verdad fue muy trágica para el traidor, a la vez cobarde. Reconocido como entregador por soldados que lo vieron con los subversivos, requerido por la Inteligencia del II Cuerpo de Ejército para entregarlo, una vez interrogado, a la policía y la justicia, antes que ello sucediera, los soldados, indignados, lo sustrajeron del lugar de detención y lo fusilaron en conjunto, antes que los atónitos oficiales pudiesen intervenir. Me mostraron el cadáver y comprobé que era impresionante la cantidad de tiros que tenía. Estaba literalmente acribillado.

Vuelto a Córdoba, la superioridad me llevó a informar personalmente al General Menéndez. Fue para mí, oficial subalterno, un momento de significación realmente histórica. Expuse detalladamente todo lo que acabo de explicar y reafirmé la convicción, ahora comprobada, que la causante era la guerrilla Montonera.

No finalizó con todo esto el «Caso Formosa». En efecto, no habían pasado 48 horas cuando me llamó el Comisario General Telleldín a nuestra central de Inteligencia para comunicarme la detención de dos subversivos y su remisión al Destacamento porque tenían relación con el asalto al Regimiento de Formosa. La colaboración del jefe de la Inteligencia policial, ex Suboficial del Ejército, siempre fue extremadamente valiosa. Uno de los detenidos era el «oficial» montonero P..., que portaba, en el momento de su captura, la pistola del Subteniente Massaferro. El otro, un paraguayo rubio, cuyo nombre se me escapa.

Entre otras cosas, P... declaró haber «viajado en el avión con Perón». Esto es anecdótico, si es que decía la verdad. Lo que urgía era verificar y ahondar el resto de la información que proporcionó, relativa a la estructura montonera organizada en Resistencia, en la Provincia del Chaco. Su epicentro era una empresa distribuidora, donde se planificó y comenzó la ejecución del ataque al Regimiento de Infantería de Monte 29.

Ampliación de la legislación antisubversiva

Veinticuatro horas después del fracasado asalto al cuartel de Formosa, el Poder Ejecutivo Nacional, ejercido en esa circunstancia por el Dr. Italo Luder, dictó tres decretos, con la firma de los ministros Arauz Castex, Vottero, Ruckauf, Emery, Cafiero y Robledo.

El decreto Nro 2770 constituía el Consejo de Seguridad Interior,

presidido por el Presidente e integrado por todos los Ministros del Poder Ejecutivo Nacional y los Comandantes Generales de las Fuerzas Armadas, para la «dirección de los esfuerzos nacionales para la lucha contra la subversión», y el Consejo de Defensa, con la misma composición, con la misión de «asesorar al Presidente de la Nación en todo lo concerniente a la lucha contra la subversión».

El decreto Nro 2771, con los mismos firmantes del anterior, estableció que el consejo de Defensa, por medio del Ministerio del Interior, «suscribirá con los Gobiernos de las Provincias convenios que coloquen bajo su control operacional al personal y los medios policiales y penitenciarios que les sean requeridos por el citado Consejo para su empleo inmediato en la lucha contra la subversión».

El decreto Nro 2772, con las mismas firmas ministeriales, determinó que: «Las Fuerzas Armadas bajo el Comando Superior del Presidente de la Nación, que será ejercido a través del Consejo de Defensa, procederán a ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a los efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país».

El 15 de octubre, la Directiva Nro 1 del Consejo de Defensa, firmada por el Ministro de Defensa, Tomás S. E. Vottero, y los Comandantes en Jefe del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, especificaba, entre los efectos a lograr por la lucha antisubversiva, la misión de «orientar a la opinión pública nacional e internacional a fin de que tome conciencia que la subversión es un enemigo indigno de esta patria».

La delincuencia subversiva había dejado de ser, definitivamente, una cuestión policial agravada. Los terroristas lograron que el Estado admitiese que estaba en guerra con ellos, pero no con el efecto precisamente deseado. Las Fuerzas de Seguridad y las Policiales quedaban subordinadas, como auxiliares, a la totalidad del poderío militar nacional.

La guerrilla estaba lejos de poder librar una «guerra» contra semejante dispositivo. Nunca tuvo atisbos de llegar a ser «popular» y las organizaciones subversivas no pudieron moverse en la población como «el pez en el agua». El carácter «prolongado» de la contienda se alejaba, como una burda caricatura, del modelo vietnamita, para asemejarse al lapso desventurado del «Che» Guevara en Bolivia.

Las circunstancias políticosociales y la subversión

Durante mucho tiempo, toda la década del '60, el terrorismo intentó, mediante el «entrismo» en el peronismo proscripto, obtener la imagen del asesino político por procuración. Quiso montar un escenario psicológico preliminar, ante un auditorio nacional, donde jugasen dos protagonistas a los que todo oponía: las bandas guerrilleras y las Fuerzas Armadas.

Pensaron los subversivos poder alcanzar posiciones ventajosas cuando el drama culminase en el punto paroxístico. Creyeron que todo el desarrollo sería, como la etapa inicial, completamente desigual. Confundieron ciertas tácticas empleadas por Perón en el exilio con lo que era su verdadera estrategia para acceder al poder nuevamente y mantenerse en él. Tuvieron una visión voluntarista y estática de la dinámica política. Mantenerse en la oscuridad y tener la iniciativa de asesinar, en la oportunidad elegida, a un adversario en principio desprevenido, no era una situación permanente.

La toma del poder castrista en sí misma, no fue producto de una culminación militar, sino una simple compra por dólares de los mercenarios de Batista. Guantánamo dejó a sus marines en el perímetro arrendado, y Cuba fue el lugar de coexistencia de dos bases: una soviética y la otra, más reducida pero no menos potente, estadounidense. No desmitificaron la realidad evidente y tomaron un modelo erróneo.

Ellos, metódicamente adictos a la «autocrítica», no eran ni palestinos ni tampoco indochinos. El sacrificio de la autoinmolación les fue siempre un ejemplo ajeno y, más todavía, incomprensible. No tuvieron siquiera un concepto heroico, por más absurda que haya sido su causa, de la lucha hasta las últimas consecuencias. E ingerir, como los montoneros, la pastilla de cianuro no era, en verdad, un final homérico. Ni tampoco disparar tras los escudos humanos de sus propios hijos, mal que les pese a las abuelas y madres de Plaza de Mayo.

Entre los colaboradores civiles de las Fuerzas Armadas más refractarios a la subversión marxista, antes, durante y después del gobierno peronista, sobresalían numéricamente los peronistas. Acude a mi memoria, después de haber relatado el fallido y alevoso asalto a la unidad de Formosa, que el Subteniente Massaferro era peronista e hijo de un peronista que en uno de los anteriores gobiernos de Perón había recibido la medalla «a la lealtad». Volviendo al elemento civil, tengo muy presente el ejemplo de un director de una escuela agrícola de la Provincia de Buenos Aires que pedía licencia en el cargo para operar con las fuerzas armadas; era hijo de un ex ministro de Perón.

Cuando sobrevino la instauración del Proceso de Reorganización Nacional, me preocupé de contribuir en el esclarecimiento de errores en que se podría incurrir con las detenciones preventivas. La confusión era alimentada, muy frecuentemente, por políticos opositores al peronismo de militancia «ortodoxa», lo mismo que por parte del periodismo. Recuerdo, por ejemplo, que en la columna que tenía en el diario de Jacobo Timerman, «La Opinión», Mariano Grondona se permitió aconsejarle a Perón -creo que en febrero de 1974- que, restase apoyo al «Comando de Organización», enfrentaba a los delincuentes subversivos Montoneros, mientras que Firmenich era seguido por 300.000 jóvenes de la «Tendencia Revolucionaria».

Entre otros muchos, aclaré, con respaldo de mis jefes inmediatos, la situación de De la Sota; del Secretario General de la CGT

cordobesa, Juan Reyes, colaborador nuestro; del hijo del Secretario del gremio de taximetreros y del intendente de Córdoba apellidado Coronel; del hijo de Nimio de Anquín; del hermano del actual presidente de la FEA, escribano Cerizola; de Javier Mora, cuya vida salvó y muchísimos otros. Algunos son relevantes figuras políticas.

Los radicales, en cambio, en su mayoría, se acercaban al Ejército para solicitar su apoyo y acceder a cargos. En la Provincia de Córdoba, la mayoría de los intendentes eran radicales cuando el jefe de la policía, el Coronel retirado Navarro, destituyó de hecho al marxista confeso Obregón Cano y a su cómplice Atilio López, vicegobernador. Y siguieron con el Proceso de Reorganización Nacional, solicitando algunos, ser funcionarios. Cabe destacar que Angeloz colaboró en la detención de un guerrillero de Cruz del Eje, pero nunca hizo ningún reclamo ante la presión de la familia del capturado.

Creo que la actitud de los radicales frente a la guerrilla tuvo su principal símbolo en el apoyo que el partido, en Córdoba, prestaba al gremialista trotzkista, vinculado al PRT-ERP, Agustín Tosco. Al respecto, estaba informado del refugio de Tosco, con pedido de captura, pero considerando la grave enfermedad terminal que padecía, no lo denuncié, contando con el apoyo de un Jefe mío. Tosco, ideológicamente errado, era un dirigente honesto, no hecho dinero y siempre fue un obrero ejemplar como trabajador. Cuando su sepelio, el cortejo fúnebre estaba encabezado por el ex presidente Illia. Es comprensible que se sintiese agraviado por su desplazamiento del poder por la Revolución Argentina, pero considero igualmente que tanto él como muchos otros radicales debían haber dejado a un lado sus rencores ante la solapada agresión al país, y no prestarse a tal homenaje.

En orden al apoyo democrático de las fuerzas políticas y sociales

a la lucha contra el terrorismo, los comportamientos fueron dispares. Los partidos políticos ostentaron diferencias de concepciones o de sentimientos siempre demasiado fuertes como para permitir algún tipo de estrategia común antisubversiva. Sin duda no recuerdo todo, pero retengo lo esencial.

Dentro del peronismo cabía distinguir dos posiciones, a grandes rasgos; la de los políticos del Partido y las de los gremialistas. Fue el gremialismo «ortodoxo» - que le había disputado antes, palmo a palmo, cada gremio a las internas comunistas, y luego a la «nueva izquierda», cuya gran base operativa fue la «CGT de los Argentinos» liderada por Raimundo Ongaro -, la fuerza sociopolítica que más se acercó a las Fuerzas Armadas para colaborar en la lucha. Por ello constituyó la contrapartida civil del sector militar y era, junto con éste, blanco preferencial de los atentados terroristas. La cuestión la traté con anterioridad, pero el hecho debe ser subrayado.

La partidocracia de centroizquierda - hoy diríamos socialdemócrata - era, a lo sumo, no marxista, pero nunca decididamente antimarxista. Su prédica confundía las ideas de la opinión pública, como se había comprobado con su apoyo a la derogación de las leyes antisubversivas y la amnistía camporista de mayo de 1973. El único beneficiario resultaba el movimiento subversivo. Retengo en la memoria, inclusive, la comunicación formulada por Ricardo Balbín a la prensa sobre la advertencia que le hizo llegar una organización ilegal (el ERP) acerca de un atentado que, en su contra, planeaba otra banda subversiva (montoneros). ¿No cabe plantearse cuál era el juego político que permitía contactos de tal índole? La historia tendrá mucho que dilucidar sobre este tétrico pasado...

Al lado de este sector ideopolítico, el partido comunista, aliado siempre, en la democracia liberal, de la socialdemocracia, no vacilaba en apoyar las iniciativas de reprobación de una «ultraizquierda» convertida en desestabilizadora de sus propias

ambiciones. La estrategia del comunismo de obediencia moscovita era, en todos lados, la misma: impedir el colapso del Estado a manos de los mercenarios utilizados como «carme de cañón» y cuyas muertes sí eran rentables, a posteriori, para ser explotadas por su propaganda. Así obró el partido comunista de Bolivia en orden al alucinado peregrinar de la banda guevarista. Así actuó en Italia cuando desataron las Brigadas Rojas su enloquecida violencia.

En definitiva, la desafección argentina a la proclamada «liberación» de la delincuencia terrorista se debió, esencialmente, al rechazo de una violencia homicida que la población no entendía y, más todavía, la estremecía.

Si bien en general el apoyo que recibíamos de parte de la dirigencia más ortodoxa del peronismo era siempre sincera, no escapa que algunos lo hicieron por conveniencia y nos inducían a operar sobre pistas falsas. Recuerdo el caso de Adalberto Luis Orbiso, dirigente peronista, muy allegado al intendente Rousselot, actualmente cumple funciones en el gabinete del locutor intendente.

Orbiso, operaba fusil en mano en guerra junto a nosotros, más de una vez le provocó bajas a los delincuentes subversivos, Orbiso tenía una doble función en la época de interventor federal, Lacabanne, era interventor del SMATA-CORDOBA y presidente del banco social. Siempre le guardé recelo y chequeaba las informaciones que me daba, ello, nos llevó a minimizar por suerte los errores que nos inducía a cometer. Con el tiempo, me enteré que a pesar de que se decía peronista, había militado en la izquierda, había estado en un congreso en Rusia, pero en lo personal pude averiguar que era adicto a todo, consumía drogas, decía de militantes del SMATA que eran subversivos, falsamente, para que la represión cayera sobre ellos, en realidad no se privaba de nada era un verdadero delincuente. Lo más aciago es que todavía hoy es un hombre de confianza del intendente de Morón y es funcionario público.

CAPITULO X

LAS FALSAS PREMISAS DE LA REIVINDICACION TERRORISTA

Un colosal aparato de acción psicológica trabaja, desde todo ángulo, sin solución de continuidad, el tema de los «desaparecidos». El único objeto es desdoblar la agresión terrorista y su represión en dos imágenes legendarias contrapuestas. Una «leyenda negra» de una pretendidamente inhumana represión militar de la rebeldía popular, aureolada del idealismo de otra «Leyenda Dorada» de las 30.000 víctimas torturadas y asesinadas clandestinamente.

Parte del problema de los llamados «desaparecidos» escapa al tema del presente testimonio, porque es atribución de la máxima superioridad de cada Fuerza Armada, pero a mi escala sí puedo hablar de una categoría de «desaparecidos» muy singular y bastante nutrida: los arrepentidos y «dobladados».

Un comentario que deseo asentar, al margen, es que fue noticia pública que muchos «desaparecidos» reaparecieron como consecuencia del terremoto en México, donde habían huido. Otra información periodística del medio sueco «Diario de Noticias» de Estocolmo, fechada el 29 de agosto de 1977, y «basado en revelaciones de su propia policía». Se habían detectado planes de la «Junta Coordinadora Revolucionaria» para operar en Francia, Alemania Federal, Italia, en apoyo a la liberación de terroristas presos, especialmente la banda alemana «Baader-Meinhoff». El gobierno sueco había expulsado a siete hispanoamericanos, «presuntamente terroristas», ya en el mes de abril. El 6 de octubre del mismo año, «La Razón» de Buenos Aires reprodujo un cable de UP de Washington, alusivo a la querella del Departamento de Justicia contra una pareja que decía representar a «La Comisión Argentina por los Derechos Humanos» (CADHU), desde su «Oficina de Información» en Washington DC, donde enviaba cartas con denuncias de «violaciones a los derechos humanos» en nuestro país, al presidente de USA, al Departamento de Estado y al Congreso. Intimidos a registrar la entidad y esa delegación como

personas jurídicas, la pareja -un argentino naturalizado norteamericano y una mexicana- confesaron que la «oficina» eran ellos dos, un sello de goma, una multicopista y 100.000 dólares anualmente asignados por la subversión. Precisaron que tampoco existían las demás oficinas «internacionales» de Roma, Ginebra, París y México...

Volviendo a los «dobladados», puedo jactarme de haber estado entre los precursores oficiales de Inteligencia que los utilizaban para detectar, detener e interrogar a otros terroristas. Estos «desaparecidos» eran subversivos que aceptaban colaborar, ora por comprender la insensatez de pretender enfrentar al aparato coactivo militar, policial y judicial del Estado, sin apoyo de la población, ora bien porque al haber salvado la vida en el instante de su detención, procuraron no irse a pudrir en una cárcel. Como no permití nunca la utilización de capachas para preservar la identidad de los interrogadores, la impresión que causaba en los detenidos, la aparición de uno de ellos, al cual no podían alegar desconocer lo que éste sabía del interrogado y los hechos en que había participado, los quebraba psicológicamente muy rápido. No era necesario el empleo de la coacción física, de ninguna tortura, ya que los shock así provocados los anonadaba. Nadie recuerda, actualmente, la cantidad de subversivos presentados voluntariamente, o colaboracionistas, que fueron alojados en una unidad especial del servicio Penitenciario Federal próxima a Ezeiza. Prueba de ello es la visita que le hicieron periodistas a principios de diciembre de 1977.

El centro de detención era una cárcel en plena ciudad, que funcionó a la vista de la gente, hasta el advenimiento del 24 de marzo de 1976. Se llamaba «La Rivera». Desde ese lugar hicimos operaciones muy importantes. Allí detecté, en un momento, que los terroristas, probablemente por información de un infiltrado, interceptaban la radio policial que utilizaba en el vehículo, y que estudiaban mis movimientos para preparar un atentado y eliminarme. Los intoxiqué durante un tiempo, creando recorridos

cuya veracidad podían controlar mediante seguimientos en trácticos y destinos que yo mismo les adelantaba. Cuando estimé que estaban informativamente «cebados», preparé una supuesta cita en un lugar apropiado para emboscar a sus emboscados, con gente del Destacamento de Inteligencia Militar y apoyo de las Policias Provincial y Federal. Cayeron todos los terroristas que me vigilaban y el grupo encargado de mi asesinato.

Entre los «doblados», a algunos de los cuales hasta les permití ir armados ante la eventualidad que la subversión supiese de su colaboración, recuerdo a varios. Uno fue el miembro del ERP Piero Di Monti y su mujer. Con la restauración democrática abjuró de la colaboración y testimonió ante la CONADEP, condimentando con falsedades lo realmente ocurrido. Otro, «Chiche» De Los Santos, era un estudiante de medicina al que yo llevaba a rendir exámenes a la Facultad. Oportunamente, el Obispo Jaime de Nevares lo presionó para colaborar también en las denuncias recogidas tendenciosamente por la CONADEP.

Otro, ingeniero con un doctorado en astronomía en Alemania, colaboró junto con Graciela Gauna y Liliana Callizo. Estas dos, en 1979, retirado y trabajando en una financiera, me fueron a saludar y solicitar ayuda para sacar pasaportes e irse a España. Les facilité los trámites y pudieron viajar. Las dos posteriormente accedieron a declarar ante la CONADEP. Respecto a Gauna, su marido fue localizado en la vía pública, detenido. En un descuido pretendió apoderarse de un arma y fue abatido. Ella accedió voluntariamente a colaborar, y permitió importantes éxitos para desbaratar la organización.

También recuerdo a un montonero, Andrés Ramondeguy, a quien, tiempo después encontré en La Falda, en Córdoba, viviendo como profesor de tenis, actividad en la que lo secundaba su mujer, que también fue «dobladada», María Victoria Roca. Incluso tomé algunas clases con ellos. Después, se prestaron al juego de la CONADEP.

Me viene a la memoria otro montonero, E. P. que, al «doblarse», describió el dispositivo de la «Regional» de la Plata, en la Provincia de Buenos Aires, que estaba intacta. Comisionado por la superioridad, viajé con el «doblado» para entrevistar al jefe de la policía bonaerense, el Coronel Camps. Le expliqué cómo operábamos en Córdoba y el Coronel derivó el «doblado» a la Policía.

Los policías se mostraron bastante displicentes con la metodología propuesta, pero no podían abstenerse de probarla, dada la orden del Coronel Camps. El primer episodio bastó para ponerlos en la realidad de nuestra experiencia. Con dos autos operativos salimos, con personal de Inteligencia policial, a recorrer La Plata.

A las tres cuadras, el «doblado» reconoció a un «Oficial 1ro» de la organización. Sin darme tiempo a prevenirlo, un Sargento, muy obeso, se precipitó del automóvil y se dirigió al «mercado» como si se tratase de la detención de un delincuente común de poca peligrosidad. El guerrillero extrajo rápidamente una 9 mm. y lo mató, antes de ser abatido por el resto del grupo. Pagando un alto costo, e innecesario, la policía varió los procedimientos rutinarios y adoptó nuestros consejos. El sindicalista Calabró, sucesor de Bidegain en la gobernación de la Provincia, no siendo subversivo había negociado, empero, con los delincuentes montoneros que ellos no operaran con atentados en La Plata. Aprovechando el «pacto de no agresión», los subversivos montaron una gran estructura. Camps, impuesto al detalle de nuestro accionar, no tardó en desbaratarla imprimiendo mayor énfasis a las tareas de Inteligencia, en la orientación sugerida.

Retornado a Córdoba, volví a estar sumergido en los avatares de la búsqueda de guerrilleros todavía no detectados o no capturados. Había agudizado mi percepción sobre esta ralea de tal modo que al ver un sospechoso, y no disponiendo de la fisognomía por parte de los «dobladitos», o aún no respondiendo a la que me había sido descripta, al detenerlo, las más de las veces resultaba

ser, efectivamente, un subversivo.

En una oportunidad, tuvimos información que en la ruta 9, cerca de la ciudad de Córdoba, tenía una «cita» un miembro del ERP de baja jerarquía. Llegamos, siempre con personal militar y policial, al lugar del encuentro, pero no divisamos al individuo esperado. Vi, a cierta distancia, a un joven sentado en un tapialcito y decidí interrogarlo. No ofreció ninguna resistencia, ni siguiera intento la huída, y se identificó como «Teniente» del ERP, con el nombre de guerra «Chubí». Documentación que le encontramos, acreditaba que este terrorista había tenido la misión de fusilar a los oficiales del Puesto de Comando del General Vilas, en Tucumán, en un ataque abortado. De inmediato, con un interrogatorio previo, lo derivamos a la Inteligencia Militar del Teatro de Operaciones tucumano.

Un caso pintoresco, probablemente más importante, fue la detección de una cita acordada entre un «Teniente» del ERP y su mujer, también integrada al aparato subversivo. Detuvimos a ambos, luego de una breve persecución en la cual fue herido el «erpiano». Tomamos la pista de un «frente» del ERP, en la ciudad de Córdoba. Capturamos a la totalidad de la estructura. Entre sus componentes, un «Sargento» del ERP que había sido Jefe de Logística de la «compañía de Monte 'Ramón Rosa Giménez'» de Tucumán.

Centré mi atención en «doblarlo». Hijo de un funcionario del Correo, vivía en casa de sus padres con su mujer. Observando el cariño que evidenciaba por su esposa, le oferté un pacto: identificaba en Tucumán a la totalidad de conocidos de la «Compañía de Monte», cuyos alias y descripciones me informó -y que, por lo demás, no habían caído todavía-, y yo, personalmente, lo liberaba a él. Desde ese momento, quedaba libre su mujer.

No tenía otra opción, pero no cabe duda que confió en mí y aceptó la propuesta. Lo envié a Tucumán y creo que allí ya el General Bussi había reemplazado al General Vilas.

Pasaron casi 6 meses, durante los cuales, ante mis consultas, ya que pensaba cumplir lo pactado, me respondían desde Tucumán que el «doblado» seguía colaborando efectivamente. Preocupado, con la anuencia de mis superiores, utilicé un pretexto lógico y fui a Tucumán. Constaté que, efectivamente, estaba vivo y había cumplido su compromiso. Invoqué una causa que sería confirmada por mis superiores y lo subí al vehículo, a mi izquierda, el 357 Magnum listo para ser utilizado. Durante el trayecto insistió en que deseaba ingerir arrope de tuna. En cierto punto, desconfié que se tratase de un ardido para intentar fugarse, pero no lo hizo. Compró el dulce y seguimos viaje a Córdoba.

La familia había sostenido, con harta ingenuidad, que era un chico bueno que robaba leche para los niños pobres. Cuando llegamos a la casa paterna, la familia casi se desmaya en cadena, los padres y la hermana. Cumplí con la palabra empeñada y lo liberé.

Este episodio me permite una reflexión sobre el comportamiento de los otros «dobladitos» mencionados. Considero, en principio, que no hubo tiempo ni medios para proporcionarles una identidad de encubrimiento, con el debido historial. Los que pudiesen haber colaborado sinceramente, para desligarse de las organizaciones que tenían enviados en el exterior, corrían el serio riesgo de ser asesinados, como traidores a la causa subversiva, por aquellos o por bandas europeas afines, con las que estaban contactadas. No es casual, en sustento de esta hipótesis, que quienes mayor énfasis pusieron en las denuncias de torturas, hayan sido los «dobladitos». Colijo que la actitud puede reflejar el temor a las represalias, si no quedaban bien con sus cómplices de primera hora. Otros, porque preservaron simultáneamente la vida y la ideología. Tal es el caso de una erpiana que se presentó voluntariamente en Rosario,

usufruvió las condiciones de detención brindadas en la unidad carcelaria de Ezeiza, y posteriormente denunció apremios ilegales en la CONADEP.

Un broche «de oro» para quienes quieran recordar un hecho elocuente, íntimamente ligado al debate incesante sobre los «desaparecidos». El marido de Hebe de Bonafini, creadora y líder de las «Madres de Plaza de Mayo», la denunció, en conferencia de prensa, poco después de la Guerra de las Malvinas, asegurando que su hijo no estaba «desaparecido», sino que vivía en Barcelona, España, pagado por el aparato extranjero de la red de «solidaridad»; que estaba casado y tenía un hijo. Pero Hebe de Bonafini no reivindica su condición de «Abuela de Plaza de Mayo». ¡Qué concubinato de vileza e hipocresía entre el submundo de la subversión y la esfera del Estado!

Otro caso de «moralidad» subversiva: las bodegas Scalise S.A.

Sería redundante insistir, después de lo dicho, en la amoralidad completa que ofrecían los delincuentes subversivos. No obstante, un ejemplo digno de ser mencionado, incluso por la conclusión que tuvo, fue la operación financiera que los montoneros realizaron con la compra y venta de la tradicional empresa bodeguera Scalise S.A.

Ignoro los mecanismos que siguieron los subversivos para adquirirla, como también la finalidad perseguida para hacerlo. Lo cierto es que mientras la mantuvieron bajo su control, el Presidente del Directorio era Julio Alsogaray hijo.

No recuerdo con precisión de cuál de los dos hijos del Teniente General se trataba. Aunque ambos militaban en la banda, uno de ellos, abatido en el monte tucumano, representaba el arquetipo del parricida fallido, pero no arrepentido, dado que facilitó el intento de secuestro de su propio progenitor.

Me inclino a suponer, sin poder afirmarlo, que debía tratarse del Alsogaray versado en cuestiones financieras, que estuvo al frente del Banco de la Provincia de Río Negro hasta mediados o fines de 1974. Allí operaba con el omnipresente asesor del gobernador Mario Franco, y su apellido era -o es- García Osella. El cuñado de este, apellidado Nievas, tenía, entre otros cargos, la intervención del organismo provincial de previsión social, el IPROSS.

Todo este grupo se aprovechaba de la cortedad de miras del gobernador, peronista «ortodoxo», pero que no se percataba de nada. Le habían impuesto, como Ministro de Bienestar Social, a un tal Pawly, proveniente del comunismo.

A través de García Osella mantenían contactos con el tío de este, Osella Muñoz, que operaba en Santa Fe con Luis Rubeo. Ambos, con visibles conexiones con el comunismo y, por supuesto, con la banda misionera. García Osella y Nievas utilizaban la coartada de concurrir mensualmente a la SIDE, a entrevistar a un Coronel retirado Parodi y brindar como información, muy plausiblemente, «carne podrida». De todo esto estaba perfectamente interiorizado, con profunda indignación, el Jefe de la Policía Provincial, el Comandante de Gendarmería retirado Mario Ardanaz, que mantenía fluido contacto con la comunidad informativa de la zona.

En todo caso, fuera quien fuese el hijo de Alsogaray que apareció presidiendo la bodega, esta fue vendida al poco tiempo de su compra. La inteligencia naval estaba atenta a dichos movimientos y, poco antes de concretarse la venta, los compradores fueron detenidos por personal de la ESMA. Sin embargo, se comprobó rápidamente que no estaban involucrados con la banda de delincuentes subversivos.

En favor del grupo comprador -cuyos integrantes no me vienen a la memoria- intervino el general Olivera Róvere. De ahí derivó una triangulación investigativa, para la cual se me encomendó un

operativo que bien podría ser calificada de expropiación legal, no como las apropiaciones delictivas que, con ese eufemismo, realizaban los terroristas.

Mi misión consistía en obtener y retener el monto de dinero que exigían los montoneros por la transferencia de acciones. El operativo no era, en absoluto, de fácil ejecución. El pago se efectuaría en la dependencia del Banco de la Nación vinculada a asuntos legales.

En esta instancia intervenía un abogado depositario de las acciones, que no era montonero, cuyo apellido sonaba como Balagarriga. Este operaba como representante del grupo vendedor, es decir, los montoneros, y tenía instrucciones de transferir el pago, una vez realizado, a un apoderado de la parte vendedora que, como era previsible, si pertenecía a los montoneros.

La superioridad puso a mi disposición cuatro agentes de inteligencia, especializados en maniobrar eficazmente en casos análogos al que refiero.

Me puse en contacto con los compradores, que accedieron con plena cooperación en llevarnos a la operación como si fuésemos parte integrante de ella. Mis agentes figurarían como custodios, en razón de tratarse de un pago en efectivo que rondaba los u\$s 350.000.

Estuvimos expectantes mientras se cumplimentaban los trámites legales de la operación. Cuando los compradores tenían en su poder la documentación que los acreditaba como nuevos propietarios, y el representante de los vendedores había recibido el dinero, simulamos un asalto. Nos retiramos tranquilamente con la suma y el abogado Balagarriga.

El dinero fue entregado al lugar donde debía serlo y al letrado al Centro de Reunión de Detenidos, donde permaneció dos semanas

hasta que fue puesto en libertad.

Con ello, le brindamos, sin que él lo supiera, una coartada total que impedía, por parte de los subversivos, sospechas de delación y la consecuente toma de represalias.

CAPITULO XI

CAPITULO XI

BUENA COSECHA: DOS «COMANDANTES» Y CINCUENTA MONTONEROS

El contexto legal de la lucha antisubversiva

El clima de violencia terrorista imperante a fines de 1973 había impulsado al Poder Ejecutivo, asumido por el Teniente General Perón en el mes de octubre, a colmar, al menos en parte, el vacío legal producido menos de medio año atrás por la derogación de la legislación vigente al 25 de mayo de 1973.

El proyecto de reformas al Código Penal fue elaborado, por consiguiente, por el Poder Ejecutivo y enviado al Congreso. Su mensaje enfatizó, entre otros considerandos, la imperiosa «necesidad de reprimir severa y adecuadamente conductas que (...) han llenado de zozobra a la población».

Comenzado el año 1974, el intento de copamiento de la guarnición de Azul, fallido en su misión, provocó en el Presidente una indignación plena que no vaciló en exteriorizar. Tengo ante mí parte de unas declaraciones suyas que, si no me equivoco, integran el texto de dos mensajes que remitió, en su doble condición presidencial y militar, a los oficiales y suboficiales de la Guarnición de Azul:

«Ahora la decisión es muy simple: hemos pedido esta ley al Congreso para que éste nos dé el derecho de sancionar fuerte, con toda la fuerza que merece, esta clase de delincuentes. Si no tenemos la ley el camino será otro; y les aseguro que, puestos a enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla, y lo haremos a cualquier precio, porque no estamos aquí de monigotes. Si no hay ley, fuera de la ley también lo vamos a hacer, y lo vamos a hacer violentamente».

La muerte del Presidente incentivó, como hito favorable, el accionar terrorista. Montoneros, con el apoyo de un Oficial de la Policía Federal infiltrado en el *staff* del Jefe de la institución, Comisario General Alberto Villar, que había aceptado ser convocado en su retiro para sumarse a la guerra contra el terrorismo, perpetró su asesinato y el de su esposa haciendo estallar un explosivo en la embarcación deportiva que utilizó el matrimonio para disfrutar de un paseo en el Tigre. El traidor se llamaba Ovide y fue desenmascarado más de un año después. Una acotación de interés: investigaciones posteriores me permitieron conocer que para la inteligencia del ERP, Ovide quizás era, su mejor agente.

El ERP, por su lado, había comandado al Ejército a informar sobre «el estado en que se encuentran los compañeros Antelo y Roldán» y que, de no responderse, sería «ejecutado el Teniente Coronel Ibarzábal», secuestrado, como lo mencioné, en el asalto a los cuarteles de Azul. El asesinato del militar no se realizó entonces, sino después, durante su traslado de una «cárcel del pueblo» a otra en la Capital Federal, ante el temor de que las Fuerzas Legales estuviesen a punto de localizarla e intentar su rescate.

También, al penetrar la inteligencia del ERP, como se verá más adelante, nos enteramos, que la «cárcel del pueblo» donde estuvo más tiempo cautivo Ibarzábal estaba hecha en un edificio de dos plantas: en la superior vivía un oficial de policía, que ignoró todo, y bajo la inferior estaba la celda. Cuando la allanaron, el policía sostuvo que se trataba de un error, ya que sostendía que los terroristas «eran muy buenos vecinos».

Inmovilizado en una estrecha caja de metal y adormecido por drogas, el furgón que lo trasladaba, conducido por un sólo delincuente para no atraer la atención, fue interceptado por la policía. El guerrillero asesinó en el acto al desgraciado oficial con un disparo a quemarropa en la cabeza. Ibarzábal había padecido un tratamiento sádico como el de Larraure: en los meses de cautiverio había perdido 30 kg. de peso, amén de las torturas infligidas.

El año 1975 marca la reacción del Estado ante la guerra revolucionaria. El decreto «secreto» Nro 261 del 5 de febrero de 1975, firmado por la Presidente y sus ministros Benítez, Rocamora, Savino, Ivanissevich, López Rega, Gómez Morales y Otero, encomendó al Comando General del Ejército la misión de «neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en la Provincia de Tucumán».

El decreto de marras constituyó, sin duda, un notorio progreso en la jerarquización del sistema legal de la represión del terrorismo, pero su valimiento estaba acotado a la Provincia de Tucumán. Era un logro, pero geopolíticamente limitado, pues no contemplaba el rasgo distintivo de la subversión, que consiste en introyectar la línea de batalla en la psicología de la sociedad global. En ella no hay frente ni retaguardia, porque todo ente social, individual o colectivo, es blanco rentable, en el momento o más adelante. Las demarcaciones provinciales o regionales se desvanecen en la estrategia terrorista, cuya principal preocupación es la psique colectiva.

Al mismo tiempo, su estructura orgánica se basaba en la descentralización ejecutiva celular, lo cual otorgaba a las jerarquías bajas, inusuales responsabilidades y libertades para la acción insidiosa. Su represión tenía, lógicamente, la enorme dificultad de distinguir y reconocer el aparato armado y su conducción de otros sectores, militantes o ambiguos, mimetizados en estructuras políticas, sociales, culturales, etcétera.

La dilucidación del «caso Egan» y los logros derivados

Mientras una Brigada del III Cuerpo de Ejército tomaba, con todo su poderío, el control operacional de Tucumán, en su sede de Córdoba, el Destacamento de Inteligencia no relajaba su tensión de combate. En ese clima me correspondió culminar la investigación del rapto y posterior asesinato del Cónsul Honorario de los Estados Unidos en Córdoba, John Patrick Egan.

El 27 de febrero, la prensa informó que el día anterior, unos doce individuos habían secuestrado, poco después de las 19 horas, al agente consular norteamericano, en su vivienda del barrio Villa Belgrano de la capital cordobesa. Los misioneros se autoadjudicaron el hecho en un «parte de guerra» difundido en los medios de prensa y otros ámbitos, fechado el mismo día de la captura.

El contenido, redactado con el estilo de solemnidad usual, como si fuesen un verdadero ejército en operaciones y no una organización terrorista, además de puntualizar que el operativo había estado a cargo de los «Pelotones Montoneros de Combate 'Hugo Baretta' y 'Hugo Figueroa', de la 'Columna Emilio Mazza'», añadía la finalidad y las motivaciones que la impusieron.

Argumentaba que en la circunstancia que «el gobierno pro imperialista de Isabel Martínez y López Rega y las Fuerzas Armadas gorilas» entregaba «a nuestra Patria a los Yankys», la «detención» de Egan, «representante directo de esos intereses», respondía a la sentencia de ser fusilado si el Gobierno no entregaba, sanos y salvos, al montonero Gustavo Natalio Stenfer, capturado en octubre en Buenos Aires; al dirigente del Movimiento Villero Peronista Luis Silva, también detenido en Buenos Aires en el mes de febrero; al Chango Díaz, dirigente de la Juventud Trabajadora Peronista, «secuestrado» por el Ejército en Tucumán en febrero; al montonero Pedro Molina, maestro rural de SIMOCA, «secuestrado» en febrero en Tucumán por el Ejército, y el montonero José Loto, igualmente «secuestrado» en ese mes en Tucumán. El ultimátum vencía antes de las 19 horas del 28 de febrero, y, en caso de ser aceptado, los liberados debían ser exhibidos por todos los medios de prensa escrita, oral y televisiva. Si el Gobierno accedía, sería commutada la sentencia de muerte de Egan.

Como no se aceptó el chantaje, el norteamericano fue asesinado de un disparo efectuado a quemarropa. La publicación «Evita

Montonera» reprodujo el «parte» comentado y también la carta del Cónsul Honorario al Embajador de su país, donde confirma su cautiverio en una «cárcel del pueblo» montonera, en condiciones «duras», y le implora por su vida en los siguientes términos:

«Yo se que Ud. tiene el poder suficiente como para requerir al Gobierno Argentino y al Ejército, que cumplan con las exigencias de los Montoneros».

La misma revista dedicó una nota encomiástica de Gustavo Stenfer, «seguramente muerto», del que recordó su prisión en la cárcel de Villa Devoto, en 1972 debido a un acto de militancia «cayó» en una «pesada, porque bajamos un cana». Dejando a un lado la carga de odio psicopático del relato del asesinato, sesgo distintivo de su literatura, es de advertir, al mismo tiempo, la utilización del lenguaje: es el argot típico del hampa. Otro rasgo común de sus escritos que observé en los documentos públicos, como el «Parte» aludido, es la confusa sintaxis, por cierto no deliberada, ya que su efecto gravaba su imagen cultural. Muchas veces reflexioné sobre la necesidad de incorporar expertos en estilística a los equipos especializados en el análisis del contenido de su propaganda.

Abocado al caso, analicé los elementos de juicio preliminares sobre las actividades del norteamericano. Era Cónsul *ad honorem*, como se sabe, cuyo medio de vida era la construcción de casas, con buen oficio, y su posterior venta. Vivía en una linda casa, pero de características modestas. Nada indicaba que tuviese actividades paralelas confidenciales, respecto de intereses privados u oficiales de su país. La propaganda subversiva imputaba a cualquier estadounidense radicado en el país la condición de agente de la CIA; obviamente, la KGB soviética o el G-2 cubano no existían.

Debo admitir que el secuestro y asesinato del pobre hombre me impactó mucho. Por su nivel, carecía absolutamente de sentido, incluso para la mentalidad subversiva, el haberlo matado. Concluí que la decisión de hacerlo se debió, pura y simplemente, a que era un «blanco fácil», sin riesgo alguno, ya que no tenía ninguna custodia ni tomaba medidas de seguridad fuera de las propias de cualquier ciudadano común.

Desde el Destacamento me conecté con un oficial de la Delegación de la Policía Federal de Córdoba, que me brindó el apoyo adicional de un grupo conocedor del ambiente. La misma colaboración obtuve de la Policía Cordobesa, que me entregó, apenas elaborados, unos identikits de algunos de los secuestradores, en base a datos aportados por un informante.

En la etapa de reunión y análisis de informaciones, no descarté nada que, por más circunstancial que pareciese, pudiera contener parte de indicios o pistas. El informante aludido suministró algunos elementos sin soporte probatorio, meras presunciones, sobre algunas direcciones. Con el concurso del grupo de policías de la Delegación, decidí realizar cuatro o cinco procedimientos. Detuvimos a cuatro personas, pero muy rápidamente verificamos que no tenían vínculo alguno con los guerrilleros.

Ante este resultado inicial poco promisorio, y urgencias de la Policía Federal en Buenos Aires, el grupo policial fue convocado a la Capital Federal. Al mismo tiempo, la Policía de Córdoba había detenido a un montonero que, por orden de su Director de Inteligencia, el Comisario Telleldín -padre del detenido por el «caso AMIA»-, había sido «tabicado» e inmediatamente pasado a mi control. Se llamaba Aimar y al poco tiempo «montoneros» lo secuestró y asesinó.

El individuo tenía conocimiento de una casa, que describió detalladamente, pero desconocía su ubicación, por razones de seguridad de los subversivos de la célula. De ello inferí que era

altamente probable que allí hubiese una «cárcel del pueblo». Comenzamos cuidadosamente el rastreo del inmueble, cuadriculando las áreas a ser relevadas, con el sostén en paralelo de otro vehículo y extremando, como siempre, las medidas de contraseguimiento. Córdoba era el epicentro de la «Compañía decididos de Córdoba», uno de los elementos operativos más agresivos del ERP.

El «rastrillaje» demandó largas jornadas, pero no se alteró en nada mi paciencia, condición *sine qua non* para una investigación de Inteligencia, bien resaltada en la Escuela y que no contradecía mi temperamento tesonero. Por el contrario, lo incentivaba.

Finalmente, un día, al atardecer, el montonero «marcador» la identificó. Montamos un dispositivo de control no muy prolongado, dado que allí funcionaba una empresa importadora-exportadora de productos agroquímicos y el movimiento no sugería concurrencias sospechosas. Estaba ubicada a unas veinte cuadras de la plaza central de la ciudad.

Decidí que había llegado la oportunidad del allanamiento, aunque, lo confieso, sin mucho entusiasmo, ya que pensaba no encontrar a nadie. Tenía la sensación que, de haber sido un lugar operativo, ya no funcionaría como tal. De todos modos, la certeza del montonero y la probabilidad de que allí hubiese habido algo, significaba, por lo menos, la detección de elementos de una complicidad.

Penetramos en la casa, que estaba muy bien reciclada, bastante temprano y, con gran sorpresa, al llegar a sus fondos encontramos una celda, especie de «cárcel del pueblo», donde había estado secuestrado Egan. Permanecimos, buscando elementos de Inteligencia, hasta las 23 horas. La novedad, por cierto considerada muy importante por la superioridad, fue comunicada al interventor Bercovich Rodríguez, con el impacto que era lógico de prever.

Antes de retirarnos, en un aparte, un Sargento de la Policía cordobesa -que había sido Suboficial del Ejército-, con el que manu-

ve muy buena relación, me propuso montar una «ratonera» en el mismo lugar. Y hacerlo desde ese mismo instante. En parte por el cansancio que sobreviene a este tipo de tensión, y en parte por el estado público que había tomado el procedimiento, no confié en que todavía fuese explotable el inmueble, pese a lo cual acepté la sugerencia.

En consecuencia, resolví que después de bañarnos y comer algo en nuestras respectivas casas, nos reencontraríamos allí a la 1 de la noche y poner a prueba el funcionamiento de la «ratonera». Así lo hicimos. Durante el tiempo que nos separamos, recibí la información, sin mayores precisiones, que en horas se efectuaría una reunión de la conducción de Montoneros.

Y nuevamente la casa volvió a ser una verdadera «caja de Pandora». Era en ella, justamente, donde había establecido el lugar la cúpula montonera para celebrar la reunión. ¿A qué se debió el hecho, teniendo en cuenta que la prensa supo del hallazgo del lugar del cautiverio de Egan? Interpreto que el equipo subversivo a cargo de Inteligencia debe haber considerado la noticia como una pieza de acción psicológica, en razón del tiempo transcurrido desde el rapto y asesinato del agente consular. O, dicho sea con otras palabras más vulgares, que se trató de un simple *bluff*.

En definitiva, ese día la «ratonera» se convirtió en un hoyo africano para atrapar grandes fieras. La primer persona en llegar fue una guerrillera cuyo nombre no recuerdo, hija de un alto ejecutivo de una empresa norteamericana, que había participado del trágico operativo que culminó con el asesinato del norteamericano. La redujimos, atamos sus manos y pies, vendamos sus ojos, la amordazamos y pusimos boca abajo, extendida sobre el piso de una habitación fuera de la «ratonera» en sí. Hicimos lo mismo con los que después capturamos.

El segundo en aparecer fue Horacio Alberto Mendizábal, flaco, alto, rostro agresivo que pasó a acompañar a la «compañera». A

media mañana capturamos a Marcos Ossatinsky Scholssberg, a quien, de primer momento, no reconocí. Hablaba muy suave, muy rubio, alto, ojos claros. Con suma habilidad ensayó una coartada con su «documentación trucha» hasta carnet del club de basquet, inicialmente logró confundirme. Como éramos dos, no teníamos tiempo de interrogar, siquiera sumariamente, a ninguno de los delincuentes capturados. De ese modo, con una frecuencia de cada 10 o 15 minutos detuvimos a otros concurrentes. El último era hijo de un escribano, que tenía hermanos también misioneros, que se encontraban en casa de sus padres. Me comunique con la policía y fueron detenidos enseguida.

Así detuvimos a Mendizábal, Ossatinsky, y a todos los que intervinieron en el rapto de Egan, su tortura durante dos días hasta que es asesinado, no sin haberle clavado en el pecho recortes periodísticos y «comunicados». Uno de los delincuentes manifestó que en la casa había un «embute», otro término del argot de malvivientes que designa un escondrijo, prolijamente disimulado, construido para ocultar armas, dinero, documentación, uniformes, etc. Lo consideraba importante, pero ignoraba en qué parte del edificio estaba. Hicimos una cuidadosa inspección pero no lo encontramos. Decidí entonces demoler el inmueble, utilizando explosivos de poca potencia y precaviendo, muy cuidadosamente, no dañar las casas vecinas. Logramos, con más ingenio que pura técnica, la demolición y el edificio quedó convertido en una gran capa de escombros de unos 40 cms. de espesor.

Fue ahí cuando imaginé lo relatado en el capítulo anterior: canjejar a Ossatinsky por Larabure, especulando con el enorme interés de Gorriarán Merlo por su libertad. Todavía hoy creo que hubiese sido factible el intercambio, pero se me denegó la autorización para iniciar las tratativas. El historial delictivo de Ossatinsky está sintetizado, antes de la amnistía de 1973, por la concepción de la «Operación Sonia III», que consistía en secuestrar al General de División Elbio Anaya y enterrarlo vivo, en la suposición errónea que sería el próximo Comandante en Jefe del Ejército, si

confundirlo con su primo, Leandro Enrique, designado en el cargo por Perón. La operación se pospuso por la detención y posterior fuga del penal de Trelew de parte de las cúpulas terroristas, entre ellos Ossatinsky, y se descartó al ser designado para la conducción del Ejército el Teniente General Jorge Raúl Carcagno.

Ossatinsky, entonces en las FAR, proyectó, a comienzos de los años '70, dos «Operaciones Sonia» previas a la planificada contra el General Anaya, en acción conjunta con otras bandas de delincuentes terroristas. El blanco era siempre el mismo: el asesinato de militares. La ejecución de «Sonia I», compartida con Montoneros y Descamisados, consistió en la muerte alevosa del jefe de la policía cordobesa, el Coronel Julio Ricardo Sanmartino. La de «Sonia II», en unión con el ERP, fue el asesinato del General de División Juan Carlos Sánchez, Comandante del Cuerpo de Ejército II, matando también, pese a los tiradores escogidos, a una humilde kiosquera de las proximidades, Dora Elcira Cucco de Araya. Ninguna organización de Derechos Humanos reclamó algo por la muerte de esta humilde trabajadora.

El prontuario criminal del terrorista enumera tantos hechos que su sola transcripción demandaría un capítulo especial. Creo que lo mencionado en estas páginas basta para delinear una semblanza del sujeto. Trasladado al Departamento de Policía, Gorriarán Merlo intentó atacarlo, empecinado en lograr rescatar al misionero. Procasó rotundamente y reiteró el intento en oportunidad de ser derivado a la penitenciaría. Interceptaron la comisión policial, heriendo gravemente a dos policías pero, a su vez, los atacantes eliminaron al «Comandante» Ossatinsky y a otro guerrillero.

Cuando el féretro de Ossatinsky era transportado para su publicitado sepelio en su provincia natal, Tucumán, un grupo armado del «Comando Libertadores de América» impidió que saliera de Córdoba, apareciendo luego dinamitado al pie del monolito que recuerda, en Barranco Yaco, el asesinato de Juan Bruno Quiroga. Su viuda, Sara Solarz de Ossatinsky, también

enrolada en el terrorismo con el alias «Quica», largo tiempo detenida y luego permitida de dejar el país por el gobierno de facto del Proceso de Reorganización Nacional.

La mujer de Osatinsky formuló el 12 de octubre de 1979, ante la Asamblea Nacional de Francia, las «violaciones a los derechos humanos» cometidas por los «represores» argentinos.

«Quica» Solarz integraba una célula terrorista junto con el Dr. César Quiros, por rara casualidad este realizaba actividad deportiva en el Club Hípico. En 1974, yo ya estaba separado de mi primer esposo, le gané a Quiros la disputa por una linda y pelirroja amazona, también fuí muy amigo de su hermana que igualmente concurren al club.

La muerte del «Comandante» Osatinsky Schlossberg me fue atribuída, mientras que la demolición de la casa donde lo detuve se la adjudicaron otros servicios de Inteligencia. Debo admitir que las dos versiones, pese al clima opresivo del incesante batallar, no dejaron de causarme mucha gracia.

En cuanto al «Comandante» Horacio Alberto Mendizábal, alias «Vasco», «Hernán», «Mendicrim», procedente del Sector 8 entrenado en Cuba, fue uno de los fundadores, junto a Dardo Cabo, Cirilo Perdía, Norberto Habegger, entre otros, de la organización «Descamisados», inclinada a secuestros extorsivos, varios asesinando al rehén. La especialización terrorista del grupo era la matanza de dirigentes sindicales peronistas, mediante la constitución de una «fuerza conjunta» autodenominada «Héroes de la Resistencia 'Domingo Blajakis'».

Para esas operaciones contaban con el concurso de criminales de la ralea de Carlos Caride, Rodolfo Jorge Walsh -sucedido por su segundo, del ex-delincuente terrorista Horacio Verbitsky- y mis

viejos conocidos Francisco Reinaldo Urondo y Juan Julio Roqué. A su cargo estuvieron los asesinatos de los gremialistas Augusto Timoteo Vandor, en 1969; José Alonso, en 1970; Julián Moreno y su chofer Argentino Deheza, en 1973; Dirk Henry Kloostermann, en 1973; Marcelino Mansilla, en 1973; José Ignacio Rucci, en 1973; Rogelio Coria, en 1974; Oscar Ismael Lalla, en 1975; Hipólito Acuña, en 1975, y Teodoro Ponce, también en 1975.

El historial de Mendizábal no le iba en zaga al de Osatinsky: en 1973 ya era jefe de la «Regional» bonaerense y, como tal, miembro de la «Conducción Nacional» montonera. En ella fue 4to. secretario del «Partido Montonero»; 2do. «Comandante»; jefe del Estado Mayor del «Ejército montonero» y cuando los demás cabecillas huyeron del país, «Comandante de las Fuerzas en el Territorio».

A mediados de ese año forma, con sus antiguos cómplices Perdía y Habegger, los «Grupos Especiales de Combate», con «tropas de élite». En 1975 integró la conducción de la «Regional» en Córdoba. Cuando lo detuve, el 12 de agosto de ese año, fue puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, en virtud del Estado de Sitio impuesto por el Decreto nro 2189 del gobierno constitucional. Un golpe de mano dirigido por su abogado -que lo apoyó con armas- le permitió fugar, días después, de la Cámara Federal de Córdoba. En enero de 1976, en Buenos Aires, quedó a cargo de la «Secretaría Nacional Militar».

Sería innecesario resaltar la multiplicidad de crímenes que fueron responsabilidad de las precitadas funciones. Unicamente recordaré tres hechos. El primero fue la colocación de la bomba, bajo su conducción directa, por Ana María González, en el dormitorio del Jefe de la Policía Federal, General de Brigada Cesario Angel Cardozo. La asesina aprovechó la amistad de la hija del militar. En una conferencia de prensa clandestina en un salón de fiestas de Villa Urquiza, la revista filomarxista española «Cambio 16» registró, para su difusión inmediata, la detallada descripción que Mendizábal y González hicieron del planeamiento y asesinato.

El segundo hecho, un acto terrorista masivo, consistió en la entrega que, por orden suya, hizo el literato Rodolfo Walsh de un poderoso explosivo al ex-agente de la Policía Federal José María Salgado, que lo colocó en la Superintendencia de Seguridad Federal. El estallido mató a 21 personas e hirió, quemó y mutiló a otras 66.

El tercer hecho, también masivo, conecta dos atentados con bombas en ámbitos militares: una detonó en el cine del Círculo Militar e hirió a unas 60 personas, en su mayoría mujeres y niños; la otra, colocada por el sociólogo José Luis Dios en el microcine de la Subsecretaría de Planeamiento del Ministerio de Defensa, causó 14 muertos y 20 heridos.

Todos estos delincuentes terroristas pagaron con sus vidas sus alcovadas traiciones: Salgado y Dios fueron abatidos en enfrentamientos y la González fue herida de muerte por el mismo soldado, moribundo, que había sido baleado por ella: Guillermo Dimitri.

A todo esto, la «Conducción Nacional» había salido en masa del país, pretextando la necesidad de reforzar las acciones de «solidaridad» internacional. Mendizábal, implacable como terrorista desde la oscuridad, no tuvo más agallas que el resto de la organización, y escapó al Brasil y desde allí a México, donde instaló la sede de su «Estado Mayor». Ocasionalmente, obligado por compromisos y coacciones, reingresaba al país, pero siempre por pocos días.

No pudo eludir volver cuando fue enviado como «Comandante Jefe en el Territorio», y el 19 de setiembre de 1979 fue detectado y abatido, junto con su cómplice Armando Daniel Croatto, en un supermercado de Munro.

El «caso Moncholos»

«Moncholos» era, en la jerga policial cordobesa, el mote genérico para designar peyorativamente a los guerrilleros misioneros. El caso así denominado lo mantengo muy arraigado en la memoria porque me permitió, en un lapso de horas, más que de días, capturar a casi una cincuentena de terroristas de dicha filiación.

Una vez solucionado el «caso Egan», retomé el control de «D'Arienzo» y comencé a recopilar los datos que verbalmente me exponía, extraídos de su prodigiosa memoria acerca de los terroristas «moncholos» que había conocido y/o escuchado referencias de sus cómplices. Registraba escrupulosamente todo: alias, apodos, descripciones físicas, lugares de citas, hábitos de comportamiento en todos los órdenes, profesiones u ocupaciones, idiosincrasias, descripciones de casas (fachadas o interiores) en el caso de desconocer el arrepentido sus ubicaciones, aficiones, modalidades de lenguaje y de gestos, comentarios sobre preferencias sexuales, concurrencia a espectáculos públicos.

Todos los retazos informativos que «D'Arienzo» me proporcionaba y yo consignaba preliminarmente en ítems provisорios, eran entrecruzados con informaciones que obtenía el propio Destacamento y con las que recibíamos de organismos afines, principalmente de la Inteligencia de la Policía Provincial y, también, de la Delegación de la Policía Federal.

Me interesa destacar que, a pesar de estar inmersos en una guerra incesante contra el terrorismo subversivo, procurábamos siempre no descuidar la ética informativa, para no involucrar, por simples rumores o testimonios no comprobados, a la población, dado que el apoyo civil era un factor que cuidábamos de preservar muy cautamente.

Por otra parte, aunque «D'Arienzo» era una fuente fiable hasta

entonces, el contenido de las informaciones que proporcionaba podía estar «teñido» de un recuerdo confundido que, al enlazar indebidamente con otro aparentemente conexo, falseaba la base que estaba armando.

En este punto, es donde divergen, a menudo, los niveles de Inteligencia. La Inteligencia Policial es eminentemente táctica y, por exigencias de la misión específica, trata de proceder de inmediato. Era éste un imperativo requerido por el *modus operandi* de la guerrilla subversiva, a causa de sus controles de seguridad celulares. Si un elemento de una célula caía, y el control de ella no recibía la confirmación convenida, en términos de tiempo o de lugar, el resto de la red entraba en estado de emergencia. La Inteligencia táctica militar no desconocía, ni mucho menos, dichas características.

Si debía operar acorde a una información no transformada en Inteligencia, por apremios de la circunstancia, lo hacía. Pero, en general, intentaba integrar previamente un mosaico informativo lo más amplio posible, para que la operación subsiguiente abarcarse la mayor parte del dispositivo terrorista.

Gradualmente, el chequeo de la información de «D'Arienzo», depurada e integrada en un cuadro de situación, me posibilitó planear una importante operación entre octubre de 1975 y enero de 1976. En plena democracia, el apoyo oficial de la Gobernación no obstaculizó, en ningún aspecto, el proyecto. Apenas celebrados los festejos de Reyes, el 7 y el 8 de enero ejecutamos la fulminante operación.

Mediante allanamientos cronométricamente calculados en su secuencia, en 48 horas detuvimos a 48 delincuentes terroristas, prácticamente, como promedio, un subversivo montonero por hora.

Tanto en las investigaciones de Inteligencia, como en la realización del operativo, utilizamos vehículos capturados a los

delincuentes en procedimientos anteriores. El único inconveniente que tuvimos fue que el periódico «La Voz del Interior», con predominio radical y socialista en sus periodistas, interpretaba que los autos operativos provenían de robos de vehículos de ciudadanos no comprometidos con los subversivos reprimidos.

CAPITULO XII

EN PROCURA DE «CETACEOS»

Fractura en la cúpula de la organización subversiva montonera

En otro capítulo cito el juicio «revolucionario» de la cúpula terrorista, el «Consejo Nacional de Montoneros», al cabecilla Roberto Quieto. Allí comento, al pasar, la impresión de muchos que el proceso y probable ejecución del ex líder de las FAR se habría producido por orden de Firmenich para controlar, él sólo, la cúspide de la estructura subversiva.

No obstante, luego nos enteramos de la verdad. Había resultado cierto el anatema del «tribunal revolucionario», al parecer en enero de 1976. La versión de «Evita Montonera», en su edición de febrero-marzo, reconocía que Quieto había desertado «en operación» y se había convertido en delator. La sentencia no pudo cumplirse, precisó la revista, porque el terrorista fue detenido por la policía en una playa de San Isidro u Olivos.

En el Destacamento de Córdoba recibimos la información confirmatoria: Quieto no solamente había sido capturado, sino que accedió a colaborar. Nos pasaron tres datos importantísimos, aportados por el cabecilla «doblado», para ser investigados, ya que incumbían a nuestra jurisdicción.

Uno, consistía en un domicilio utilizado por Firmenich en Córdoba, ubicado en la calle Paso de la Patria, que tenía un «embute» con una reserva de varios centenares de miles de dólares. Otro se refería a una oficina en el piso 11 de un edificio de la calle Lima. El tercero concernía a una casa «alternativa», también en la ciudad de Córdoba, de Firmenich.

Como yo había sido el receptor de las informaciones transmitidas desde, en Buenos Aires, puse al tanto a mi jefatura y requiri instrucciones sobre cómo operar. La orden del procedimiento fue

categórica: Firmenich debía ser detenido a toda costa, vivo o muerto en la acción.

Requerí allanar el domicilio de Paso de la Patria con personal uniformado del Ejército y de la Policía Cordobesa. No hubieron capturas, pero se encontró el «embute», que contenía u\$s 300.000. Era una suma muy grande para esa época y pensé, al ser notificado del hallazgo, adquirir autos operativos y chalecos antibalas. En este sentido, puedo jactarme que, durante el año y medio que estuve destinado en Córdoba, no perdí un sólo hombre. Pero, insólitamente, el dinero no fue derivado al Destacamento, como era de esperar, sino que quedó bajo responsabilidad del Comando de la Brigada Aerotransportada.

Prácticamente recibimos, en forma simultánea, otra información de Buenos Aires, según la cual era inminente el arribo de Firmenich a la oficina de la calle Lima. El operativo ya estaba listo cuando el allanamiento anterior, pero lo apresuramos. Firmenich no apareció y en su lugar concurrió uno de sus posibles secretarios más allegados. En la tensión de su captura el subversivo, que era cardíaco, como lo supimos después, por la impresión tuvo un paro cardiorrespiratorio fulminante y murió.

La casa «alternativa» fue el objetivo inmediato, pero su allanamiento no arrojó nada de valor para la investigación.

A esta altura del relato se impone tratar un tema que hizo correr mucha tinta en una literatura de orígenes muy diversos. La última versión fue incorporada al libro «Dossier Secreto» del que fuera corresponsal del diario norteamericano «The Washington Post», Martín Andersen. Según el periodista, el entonces embajador de los EE.UU. en nuestro país le había confiado la certeza que Firmenich había sido agente encubierto del Ejército y que su control había sido siempre un Jefe de Inteligencia, Valin, que llegó al generalato.

Las sospechas y las acusaciones eran, en realidad, muy anteriores. La publicación «Cristianismo y Revolución», inexplicablemente de venta pública en 1972, en ese año dedicó un cuestionario, realizado entre subversivos de superficie, sobre las sospechas circulantes en ese ámbito.

La base de las suspicacias giraban en torno de las redadas policiales que ultimaron a los principales subversivos que participaron del secuestro y asesinato del Teniente General Aramburu en 1970. En los dos años siguientes, su rastro se difumaba constantemente.

Es probable, de haberse logrado el efecto buscado, que el próximo paso hubiese consistido, como lo sugiere elípticamente Andersen, en imputarle a la Fuerza el objetivo de fomentar la subversión para perpetuar un gobierno castrense con predominio del Ejército.

Nada más alejado de la verdad que palpábamos en el seno de Inteligencia. En lo que a mi experiencia respecta, ningún desmentido más elocuente que la orden, ya consignada, de aprehender vivo o muerto a Mario Eduardo Firmenich.

Otra corroboración inconstatable fue la operación lanzada desde el Comando del Segundo Cuerpo de Ejército, el que destacó a personal de Inteligencia y «Subversivo colaboracionista» para capturar o eliminar a Firmenich en México aprovechando una cita preestablecida con «Tucio» Valenzuela un montonero «colaborador».

Este defecionó y le narró a su jefe lo que estaba sucediendo. Firmenich reaccionó casi con histeria denunciando públicamente la presencia de los Elementos argentinos y retornando nuevamente a la isla de Cuba donde tenía su cuartel general y las garantías de su seguridad. Cabe recordar que, desde Cuba, se organizaba y adiestraba, y posteriormente se apoyaba, la totalidad de los movimientos subversivos terroristas, con definido adoctrinamiento fi-

lomarxista, de América Latina. Los cabecillas que huyeron de Rawson, en 1972, se refugiaron en la isla, bajo la protección de Fidel Castro. Llama la atención que ningún sector de la comunidad argentina no lo haya declarado persona no grata en la reunión cumpleaños de Jefes de Estado de Bariloche, por ser uno de los principales instigadores del terrorismo en nuestro propio país y en otros de América.

La persecución del «erpiano Comandante» Gorriarán Merlo

El jefe de la «Regional Córdoba» del ERP fue un caso que se me ordenó investigar desde «La Rivera», con la colaboración de un «doblado» enviado, a tal fin, desde Buenos Aires. Había sido detenido junto con el «Comandante» Pedro Ledesma, que se desempeñaba como «Jefe del Estado Mayor» del ERP. Pese a su nivel, según me informaron, no había tenido necesidad de pasar a la clandestinidad. Gozaba de un reconocido prestigio y tenía un acendrado concepto de su jerarquía en la estructura militarizada subversiva.

Gorriarán Merlo disponía de una fuerte estructura en la «Regional». Calculo que la organización contaba con unos 300 hombres, aproximadamente. Las investigaciones eran múltiples y simultáneas, lo que demandó un esfuerzo de Inteligencia complejo y sostenido.

De una de ellas se supo que el ERP preparaba el ataque a un blindado, con la altamente probable participación de Gorriarán Merlo, subversivo caracterizado por ser muy operativo. Inferimos que el intento se podría producir en una zona que ofrecía condiciones relativamente favorables, y comencé a recorrerla metódicamente. A los pocos días de «rastrillaje» divisé un Renault 6 con tres ocupantes, y en uno de ellos reconoci a Gorriarán Merlo.

Se estableció de inmediato un tiroteo entre los subversivos y nosotros. En esta clase de enfrentamientos, producidos a escasa

distancia, los tiradores procuran más la barrera ininterrumpida de disparos que la precisión de los mismos. Nosotros, para amedrentarlos y colocarnos en mejor posición para detenerlos o abatirlos. Los guerrilleros, para aferrarnos y tener ocasión de huir. Los subversivos lograron escapar, por cuento careciamos de apoyo, en esa circunstancia, para atacarlos de flanco o rodearlos. Hubo coincidencia entre lo que vivimos y el relato que, del encuentro, difundió el jefe subversivo, por televisión, poco antes de ser detenido.

De todas maneras, en pocos meses les causamos una sensible cantidad de bajas, podría decir que los diezmamos, con la consiguiente pérdida de «estructura». Planeamos y ejecutamos un vasto operativo sobre varias viviendas localizadas y controladas. A semejanza del principio de un «rodeo», procuramos que la más importante, vigilada con la mayor discreción, no fuese sospechada por los terroristas como ubicada. Durante 15 días realizamos allanamientos en varios puntos, como si fuese una suerte de *blitzkrieg* a nivel de operaciones de Inteligencia. Cuando en los finales de la operación, los guerrilleros que no habían sido detenidos se concentraban en lo que consideraban un refugio de emergencia, los capturamos a todos.

Gorriarán Merlo no pudo ser detenido, pero su área de responsabilidad quedó seriamente afectada. Estimo, personalmente, que el terrorista tenía un *modus operandi* análogo al empleado, al parecer, en el asalto a La Tablada. Demostraba tener la audacia propia del delincuente cabecilla que asalta en banda; preparaba minuciosamente el asalto, ponderando el factor sorpresa basado, si podía, en la complicidad de un traidor infiltrado en el «blanco», y se mostraba en el momento inicial del ataque. Si sobrevenía algún impedimento, se retiraba. Por todo esto, aprecio que el derrumbe de la «Regional» puede haber determinado su repliegue hacia un resguardo seguro, aunque temporario.

En el ámbito subversivo se nombraba a Córdoba como «cementerio de elefantes», por las bajas que sufrían en esa zona.

En la actualidad, dicha experiencia no parece haber permitido a la clase dirigente extraer conclusiones adecuadas respecto del problema terrorista y del rol preventivo correspondiente a la Inteligencia de las Fuerzas Armadas. El gobierno constitucional instaurado en 1973 consideró, en sus inicios, que la cuestión era incumbencia estrictamente policial. En poco tiempo debió poner a las Fuerzas Legales, en su totalidad, bajo la conducción de las Fuerzas Armadas, que cumplieron el mandato del *gobierno de jure* de «neutralizar y/o aniquilar» la subversión. En 1989, cuando un rebrote - ¿tardío o adelantado? - terrorista copó el Regimiento de Infantería Mecanizado de La Tablada, los incursores disponían de lanzacohetes, granadas, ametralladoras con munición perforante, etc., La policía no pudo hacer más que contribuir con un cerco a la unidad. Su reconquista quedó en manos de Fuerzas del Ejército. Son risibles los que tomaron como cierta la afirmación que con una compañía de lanzagases de la policía se hubiese solucionado el problema planteado en la citada unidad.

Pero la legislación limitatoria de la participación de la Inteligencia militar en el ámbito interno persiste. América Latina, aún mantiene serios enfrentamientos con guerrillas ideológicas armadas, en PERU y COLOMBIA, como también con cierta persistencia afloran intentos de reactivarse con alguna autonomía de la alicaída central de operaciones de La Habana. Mientras tanto, Gorriarán Merlo entraba y salía del país y era reportado, dentro de él, por medios televisivos. Lo mismo que ex guerrilleros, no «desaparecidos», que además de no abjurar de los crímenes perpetrados en esos años, confirman su decisión de hacer lo mismo en caso que la situación «popular» lo demandase.

Y el ex-delincuente terrorista Horacio Verbitski, ex jefe de Inteligencia de la banda de terroristas subversivos Montoneros, recibió en octubre del corriente año (1995), en Washington D.C., el premio a los medios de comunicación otorgado por la «Latin American Studies Association» (LASA), la principal organización académicos estadounidenses especializados en América Latina,

con tres mil miembros de todas las disciplinas y correspondentes en Asia y Europa.

Cabe aplicar, indudablemente, el viejo adagio del derecho romano: todo esto, ¿a quién beneficia?

Vigilancia y control de un objetivo por la Inteligencia antisubversiva

Es hora de ilustrar, con la mayor concisión y claridad expositiva, acerca de lo que es una investigación técnica de Inteligencia en el terreno de la lucha contra la guerrilla. Un poco como el investigador científico, el analista militar está obligado a realizar un especial esfuerzo para examinar cada indicio recogido en el lugar del acto delictuoso cometido por la subversión y/o en refugios y casas «operativas» allanadas. Respecto de la información extraída de los interrogatorios de terroristas detenidos, creo haber proporcionado ejemplos harto explícitos.

Ningún integrante de las Fuerzas Legales ignoraba la clase de degradados que combatía, ni su ideología verdadera y el planeamiento de operaciones que pudiese proyectar. Tampoco desconocía que la estructura celular les imponía un programa específico para permitir el funcionamiento y garantizar la seguridad clandestina. Esta incluía nombre clave del control, e instrucciones detalladas sobre los horarios para los llamados y su recepción, la frecuencia de los mismos acorde a las funciones de sus componentes, así como las señales codificadas de reconocimiento para llamadas de emergencia.

Asimismo, estaban minuciosamente convenidas las señales de reconocimiento, de seguridad -contraseguro en especial- y de alerta, que debían observar los participantes de una cita clandestina. También, las líneas de fuga o escape previstas para la ubicación del control de la célula y de los miembros de la misma.

Idénticas medidas se contemplaban, mediante estudios previos, de los lugares de encuentros y citas, calculando medios y alternativas de evasión.

Creo que lo dicho sirve para comprender la urgencia que nos acosaba cuando deteníamos a un subversivo y no sabíamos del tiempo exacto del que disponíamos para atrapar la célula antes de que se activase el sistema de alarmas. La coacción física, la tortura para ser claros, ya lo advertí, no quiebra necesariamente la resistencia psíquica de una personalidad fanatizada casi al grado de la enajenación. Disponían, los terroristas de un historial inventado, para ganar tiempo inicial e inferían lógicamente, a través de las preguntas del interrogatorio, hasta qué punto específico se conocía su accionar y las funciones del sector al que pertenecía. Cosa muy distinta era carearlo con un «doblado» que lo conociese. Instantáneamente quedaba acorralado e instintivamente tendía a confesar.

El tiempo que insumían las operaciones de captura o neutralización, si había resistencia, era muy breve, en virtud del factor sorpresa que contribuyó a tomar desprevenidos a numerosos cabecillas de una misma «columna», como remate del trabajo de Inteligencia en sí. Esto lo conocíamos cabalmente todos los integrantes de las Fuerzas Legales, que operábamos a menudo en la misma área buscando terroristas de una misma organización subversiva. La colaboración informativa era permanente y no se retaceaba en nada. Estábamos todos mancomunados en la lucha antiterrorista y el «agente 007» nunca existió, fuera de las novelas y películas sobre James Bond.

Para todos, la norma general era la constancia y la perseverancia en reunir por medios propios y recibir, mediante colaboración de los otros órganos de Inteligencia, documentación o material diverso: armas, explosivos, impresoras, medicamentos y equipos quirúrgicos, etc. Se preclasicaba todo y se lo separaba en bolsas o cajas que se rotulaban de acuerdo a su procedencia. Seguía la

búsqueda de antecedentes archivados que pudiesen tener conexión, para integrarlos. Si lo capturado era abundante, se hacía una investigación preliminar, mientras proseguía su análisis en detalle.

La investigación podía consistir tanto en procurar remover un pajar para hallar una aguja, como en desenredar, disponiendo de la punta de un hilo, una maraña de madejas entremezcladas. Las investigaciones podían demandar meses, incluso años y, como en el caso de la detección de uno de los asesinos del gremialista Augusto Timoteo Vandor, casi una década.

Cuando se localizaba un lugar operativo, casa o departamento, se montaba un cerco de control lo más amplio posible, contemplando, sin excepción alguna, la cobertura de todas las medidas previstas por los terroristas para sus desplazamientos y seguridad, y que resumí párrafos arriba. El control, aparte de ser ejercido visual y telefónicamente, se reforzaba por la interceptación momentánea de la correspondencia que era enviada al lugar, dando tiempo a la fotocopia de su contenido y su remisión posterior, para no alarma a los vigilados. Si se trataba de un departamento, era riguroso el control sobre la totalidad de los ingresos normales a las viviendas. Al mismo tiempo, se investigaba el registro de propiedad y las empresas que se dedicaban a la venta o alquiler de inmuebles.

Este breve pantallazo sobre los fundamentos de las normas reglamentarias de una investigación de Inteligencia, me ha servido para poner más en situación al lector lego. Lo he intercalado para contribuir a una mejor comprensión del esfuerzo intelectual de las Fuerzas Legales, previo al combate con el terrorismo. Era un ciclo de retroalimentación incesante durante años, coronado por el aniquilamiento de la infame guerrilla que tantas víctimas causó deliberadamente.

CAPITULO XIII

ENTRE ENREDOS, VERICUETOS Y SUSPICIAS. SE PERFILA UNA PERSECUCION

Es singular la suerte que he tenido, en distintos trances de mi vida, de no perderla. Al menos, hasta los momentos en que redactó las presentes líneas. Soy creyente, y lo valedero para mí, en última instancia, es que no perecí por un designio inescrutable de la Providencia.

Siendo un joven Teniente que iba regularmente a la Escuela de Equitación, tenía la alocada prisa de llegar lo antes posible. Al volante de un Fiat 600, tomé por costumbre circular a gran velocidad por la banquina de tierra, a la derecha del tránsito que lo hacía, normalmente, por el asfalto. Al llegar un día, de este modo, a la barrera de Don Torcuato, que estaba indebidamente alzada, me adelanté para cruzarla cuando un tren estaba por pasarla. No frené y logré franquearla segundos antes que el convoy, encima mío, la atravesara.

En otra oportunidad, haciendo el mismo trayecto de la misma manera, siempre por la banquina para colocarme lo más al frente posible de la hilera de automóviles para atravesar la barrera, encontré, casi al llegar a ella, que un camión volcador se aprestaba a pasar las vías, estando levantadas sus barras. Ignoro por qué motivo opté por ponerme detrás del pesado vehículo. La barrera, al igual que el caso anterior, estaba indebidamente alzada. Un rápido arrolló al camión volcador cuando cruzaba las vías.

No escarmenté y otra vez, conduciendo un auto prestado por un tío, rumbo a Victorica, me propuse llegar antes de Noche Buena: iba a altísima velocidad. Súbitamente, al doblar una curva me hallé frente a un grupo de vacas, sin que tuviese tiempo para intentar alguna maniobra de esquivar. Atropellé a las pobres bestias, destruí el vehículo y milagrosamente salí ilesa.

Enredos con serios riesgos

Mi «buena estrella» se mantuvo desde que entré en operaciones en Córdoba, en los múltiples procedimientos, tiroteos y allanamientos en locales donde, como «cazabobos», los terroristas habían activado, antes de huir, explosivos del tipo llamado «mina vietnamita».

Incluso detecté oportunamente -como lo conté- una celada mtonera para secuestrarme y matarme, intento que, al final, obró como un boomerang contra mis perseguidores.

Otro intento de rapto se proyectó en 1978, cuando a mi retiro hice, para reponerme de tantas tensiones acumuladas durante años, un viaje por varios países de Europa Occidental. Allí fui objeto de varios «chequeos», en medio de una masiva campaña de acción psicológica contra la Argentina por la alegada «violación a los derechos humanos».

No lo supe de inmediato, pero lo sospeché a partir de cierta parte del viaje. En todos nosotros, la práctica del contraseguimiento se había convertido en una segunda naturaleza, como si fuese un instinto. En ocasiones, en tramos de Italia, Francia, Bélgica, Holanda, tenía la sensación -difícil de transmitir a quien no la experimentó- de ser controlado. Pensaba, cuando me invadía la impresión, que podrían ser elementos de organismos de seguridad de esos países, haciendo un «chequeo» de rutina, para verificar si mi presencia no encubría alguna misión de Inteligencia, dada la gran actividad de «desaparecidos» en el viejo continente.

Pero no descartaba, ni mucho menos, que pudiese estar bajo vigilancia del enemigo subversivo, con el concurso de bandas locales. Al visitar Aachen -la Aquisgrán de Carlomagno-, en el norte alemán, próxima a los Países Bajos, tuve la demostración de no estar errado en mi última suposición. Uno argentino preguntaron por mí en el hotel que me alojaba.

Fue una alarma concreta que no desestimé. Me trasladé, *ipso facto*, a la ciudad de Colonia y allí tomé pasaje en un autobús de turismo de larga distancia. Atravesé toda Europa hacia el Sur, hasta Barcelona, en España. En esa ciudad abordé, con la mayor rapidez, un vuelo de cabotaje a Madrid, donde trasbordé a otro vuelo con destino a Buenos Aires.

Once años después, en 1989, el socio y compañero de andanzas de Ortega Peña -cuya muerte podría haber sido un ajuste de cuentas entre subversivos-, Eduardo Duhalde, me manifestó que en dicho viaje, efectivamente, había sido «chequeado» varias veces por terroristas que operaban en Europa, con la finalidad de raptarme y, con toda probabilidad, luego ser asesinado.

Anteriormente, todavía en actividad, con destino en el Batallón 601 de Inteligencia en Buenos Aires, recibí la autorización de alquilar una vivienda, utilizando documentación de encubrimiento extendida a un ficticio Villanueva. Conseguí alquilar una casa en la avenida Cabildo donde me instalé con mi familia.

No habían transcurrido tres meses cuando me citó de urgencia el Batallón de Inteligencia. Al acudir me pusieron en aviso que mi domicilio era conocido por una integrante del ERP «22 de agosto», detenida por la Policía Federal. Un oficial me llevó a interrogar a dicha «buena señora». No ensayó ninguna evasiva y me enteré, con la consabida sorpresa mía, que estaba muy relacionada con el propietario de la casa que alquilaba.

Se trataba de un extranjero, mercenario que, más por plata que por ideología pura, colaboraba con el ERP y conocía personalmente a los Santucho. El individuo no figuraba, por supuesto, en ninguno de los gráficos de contacto que las Fuerzas Legales elaboraban con elementos vinculados a la periferia de las bases de apoyo subversivas.

Yo mismo me había encargado de averiguar sus antecedentes

antes de convenir el contrato. En el instante que quisiesen los terroristas atentar contra mí -si es que no lo estaban planificando a esta altura-, me hallarían «regalado». Detuvieron al propietario y me mudé precipitadamente. Me había metido sólo en la boca del lobo y Dios quiso, una vez más darme una mano.

Con este tópico alteré la relación cronológica de las memorias. Mas he querido referir estos intentos de atentados por ser apropiados para brindar el «color» de una guerra en la cual el combatiente legal acechaba al delincuente subversivo, pero al mismo tiempo debía adoptar la máxima cautela ante la probabilidad, no menor, de convertirse en presa del perseguido.

Bien visto, teníamos una serie de desventajas en orden a ellos. Podíamos ser vistos en los procedimientos, patrullajes, en los ingresos a las unidades o a sus anexos operativos. Lo mismo en el egreso y retorno a nuestros domicilios, en las unidades policiales o de las fuerzas de seguridad, y en los centros carcelarios y judiciales.

Tarde o temprano éramos entes de facciones repetidas, cuyas actividades podían llegar a ser familiares a muchos de sus informantes desplegados en todos los ámbitos. Teníamos muchas fotografías y descripciones de ellos, quienes también podían disponer de las nuestras. La infiltración era recíproca, pero la suya había comenzado antes que la de nosotros.

Las nóminas de ascensos, de fuente pública hasta poco antes, ¿no les permitía acaso calcular, por sus grados, los puestos de combate de los oficiales? La nómina de las promociones, de no difícil obtención, les permitía identificar, por su Inteligencia, las personalidades de nuestro orden de batalla, quizás, muchas veces, más velozmente que nosotros el de ellos.

Nunca me cansaré de insistir que se trataba de una lucha, como bien la definió un general español, donde no existía un frente,

porque el frente estaba en todos lados. El británico Churchill, de felices frases, la denominó «guerra de hechiceros». Una guerra distinta a todas las demás, que enfrasca en un duelo de distintas violencias y compulsiones, de astucias y engaños, de seducciones y persuasiones, a las dos clases de combatientes más antagónicos del mundo: el defensor de su Patria y el internacionalista, magnicida de su propia nación.

Suspicacias sembradas por la subversión

De uno de estos «frentes no fierros» -el que engloba a profesionales incursores del periodismo y al asesoramiento empresarial-, provino una operación encubierta en mi contra. Cristalizó en la excusa, perfectamente valedera, de mi pase de destino por razones de seguridad, pues estaba muy detectado por la guerrilla que operaba en Córdoba.

Utilizó la palabra «excusa», porque fue el resultado de una conjura hábilmente pergeñada por dos izquierdistas, bien conocidos en el ambiente periodístico nacional. La pareja operativa eran Gustavo Roca, abogado, y Lucio Garzón Macea. Todo lo tramado lo supe recién al retirarme del Ejército. Ellos no ignoraban que los había puesto en la mira del Destacamento de Inteligencia.

Ninguno de los dos ocultó nunca su ideología, lo que no obstaculizó la actividad de Roca y sus relaciones con el mundo empresarial, especialmente el financiero.

En 1967, cuando integraban el staff de la revista «Confirmado», montada por Timerman y entonces dirigida por Perteagudo -vinculado a Villalón-, ambos tenían cargos gerenciales en AUNAR, empresa de ahorro y préstamo para la compra de automotores. Era una Sociedad Anónima conformada por Armando, Salinas y Berlinghieri, representantes de Ford, Citroën e IKA Renault, respectivamente.

Roca era un individuo muy especial: tenía cuenta numerada en Suiza, con varios millones de dólares, mantenía muy buenas relaciones con estamentos de la policía, al mismo tiempo que había estado encargado del manejo administrativo de los fondos del ERP «22 de agosto».

Traté de individualizar a los policías que, como una red invisible, lo protegían y le brindaban tal impunidad. No pude hacerlo y descarté la hipótesis que pudiese haberse desempeñado como doble agente. Creo, en cambio, que se trataba sencillamente de sobornos.

En oportunidad de ser detenido el jefe del ERP «22» de Córdoba, (disponía de un avión bimotor de 14 plazas para su movimiento), la organización ofreció dos millones de dólares por su libertad y encomendó a Gustavo Roca la pertinente negociación. Me dediqué a hostigarlo, junto a Garzón Macea, realizando una serie de allanamientos en los domicilios y las quintas que poseían los dos. En cada una de ellas, dejé rastros bien visibles de que eran objetos de mi acoso.

Roca aceptó el significado de dichas penetraciones y entendió desde el vamos, que si se me presentaba la ocasión de deterriñarlo, conmigo no iba a poder negociar nada, ni su situación ni la del terrorista. Fue en esos momentos en que él y Garzón Macea hirieron la operación que les permitió librarse de mi hostigamiento.

Ambos tenían relaciones con un ex militante de la Alianza Nacionalista, el «Coco» Pedrotti, un malandrín que utilizaba esa condición ideológica y, alegando un antimarxismo absoluto, hacía el doble juego del confidente-infidente. Cuando se enteraba, en la medida que podía hacerlo, de alguna operación del Destacamento, les informaba a otros organismos de Inteligencia como si hubiese sido hecho por él o, al menos, con su colaboración. Naturalmente, todo lo hacía por dinero.

Lo mismo debe haber hecho con la subversión a través de Roca

y Garzón Macea. La prueba irrefutable es que, precisamente con ellos, convino inventar una serie de «alcahueterías» y «chimentos» sobre mí. Entre ellos, que vendía automóviles requisados ilegalmente o secuestrados a los terroristas y que los hacía vender en Buenos Aires. Por lo menos, según sus intrigas, me encargaba de reducir estérco de los autos.

Una vez lanzada la campaña difamatoria, lo enviaron a Pedrotti a comunicarle personalmente esta sarta de mentiras al Coronel Fernández Coutiello, a cargo de la Jefatura de Inteligencia en el Estado Mayor del III Cuerpo.

El complot, por más inconcebible que parezca, dió resultado y logró adelantar mi pase de Córdoba, aunque de manera elegante. Como resultado de estas patrañas, también hubo un grupo de abogados agradecidos que juntaron dinero para comprarme una casa en Buenos Aires. Dinero que jamás acepté. Espero narrar esta historia en un próximo libro.

Garzón Macea fue funcionario de Alfonsín y Roca no se alejó de Córdoba al principio del Proceso, sino mucho después. Nadie los molestó. Roca, justamente con el «coimero» ex diputado (MC) Varela Cid, se dedicaron a hacerme un par de libros con denuncias increíbles, las cuales eran tan falsas que ni en el tiempo coincidían. De todas maneras, el extorsionador logró, mediante algunas presiones, que lo colocarán en la lista de diputados por Córdoba en 1985.

CAPITULO XIV

MISION: RESCATAR A UN SECUESTRADO

Las explicaciones ofrecidas a la opinión pública acerca del secuestro y fuga del entonces Coronel Juan Pita fueron bastantes escuetas, a pesar de tratarse del único caso de un oficial del Ejército que, sometido a un durísimo cautiverio por una organización subversiva, logró evadirse de una «cárcel del pueblo».

A parte del lacónico comunicado oficial, una versión de la revista «Extra» de enero de 1977, reconstruyó la dramática circunstancia, pero lo hizo al mejor estilo periodístico, como no cabía esperar otra cosa, sin aportar nuevos detalles sustanciales.

La actitud informativa no iba en desmedro del excepcional coraje del camarada, que no solamente resistió el inhumano encierro, sino estaba permanentemente resuelto a morir con la dignidad de un hombre que se precia de tal y como lo demanda la formación castrense.

Lo que sucedió es que, tras las bambalinas subversivas de su secuestro, se plantearon dificultades para los delincuentes terroristas, cuya no solución favorecieron, sin que él lo supiera, la factibilidad del escape. Los subversivos lo tomaron prisionero el 30 de mayo de 1976 en las cercanías de Gonnet, provincia de Buenos Aires. Enseguida lo confinaron en una «cárcel del pueblo». Como todas, era subterránea, con escasa ventilación y un espacio exiguo como celda.

La organización había adoptado la denominación, no hacía mucho, de «Partido Comunista Marxista Leninista». Pese al tuflillo trotzkista que evocaba el nombre, constituía un grupúsculo de inspiración chinoísta, una fracción desgajada primero de las FAL («Fuerzas Armadas de Liberación») que reagrupó ex-elementos de choque de la «Federación Juvenil Comunista». Hacia 1962 habían sido seducidos por el liderazgo maoísta.

No tenía relación con el también pro-chino «Partido Comunista Revolucionario» (PCR), e inicialmente utilizó las designaciones «Vanguardia Comunista» (VC) y «Partido Vanguardia Comunista» (PVC), hasta que en 1976 tomara el nombre definitivo.

El cautivo padeció 192 días, más de seis meses de cruel encierro, durante los cuales perdió más de 10 kilos de peso, con los consecuentes trastornos orgánicos y la intolerable presión psíquica. Los delincuentes le comunicaron, un día, que pronto sería juzgado en un tribunal revolucionario. Así ocurrió en poco tiempo y el veredicto de la parodia judicial fue su condena a muerte, en fecha que oportunamente sería fijada. En dos oportunidades, sorpresivamente, fue objeto de simulacros de «ajustamiento».

A partir de cierto día, el Coronel comenzó a percibir un relajamiento creciente en las medidas de seguridad de sus carceleros. Pensó que se debían estar acrecentando las bajas guerrilleras a medida que las Fuerzas Legales desplegaban su potencial de guerra. También supuso que ellas debían estar operando en las proximidades de su encierro y que la organización no dispondría del suficiente personal de control permanente, como era su norma.

Con las debidas precauciones, sin instrumentos, con sus solas manos, decidió aprovechar el tiempo que no tenía vigilancia para socavar y agrietar la pared que enmarcaba la pequeña puerta de su mazmorra, inmediata al fondo del pozo donde estaba encerrado.

El «berretín» había sido construido con bastante precariedad. La pared se fisuraba con relativa facilidad. La vigilancia se hacía más esporádica, lo que lo impulsó a redoblar sus desesperados esfuerzos.

¿Qué haría si lograba horadarla, sin ser sorprendido? Estaba decidido a salir por el pozo y una vez arriba, como pudiese, vender cara su vida.

El 7 de diciembre se derrumbó súbitamente un trozo de la pared y pudo franquear la puerta deformada por la presión. En el apretado recinto que era el fondo del hoyo no había nadie. Abrió un armario empotrado en un costado y halló la pistola ametralladora que portaba el terrorista que lo vigilaba.

Ascendió trabajosamente por una escala -no había escalera-, dada su debilidad; traspuso la boca del pozo y no vió a nadie. Atravesó silenciosa y atentamente los espacios que mediaban hasta la puerta de calle, el arma preparada, en una total soledad.

Una vez afuera, se alejó del lugar corriendo y cayéndose, agotado por el prolongado encierro, que equivalió a un entierro en vida. En una calle de tierra detuvo una camioneta de Vialidad que rápidamente lo llevó a una comisaría. ¡La unidad policial estaba a unas tres cuadras del lugar de su cautiverio!

En base a los datos que recordaba el Coronel, el «rastrillaje» y reconocimiento de la zona localizó la casa «operativa» y un depósito cercano de la guerrilla montonera. Los dos lugares estaban ubicados entre las localidades de Gorina y Hernández, a seis cuadras del hospital de Gonnet.

Hasta aquí, el encuadre oficioso de la versión que tuvo la población. Pero habían datos, de lejos más precisos, y de mucho peso.

En realidad, el secuestro había contado con apoyo logístico del ERP, y su objetivo era el de exigir la liberación del «Secretario General» del «partido comunista marxista leninista», que había desaparecido y los terroristas presumían detenido por alguna de las Fuerzas Legales.

En el Batallón de Inteligencia, mi jefatura me impuso de la

situación y asignó la misión de concebir una operación que evitase la muerte del Coronel Pita. Las opciones eran escasas, por no decir mínimas. Mientras las considerábamos, una idea me surgió repentinamente. Sugerí a mis superiores el concepto de una operación que se basaba en el principio militar que sostiene, en síntesis, que a un arma en el ataque hay que oponerle un arma similar en la defensa. El rescate debía resultar de una réplica cuya disuasión fuese idéntica, en efectividad, a la amenaza enemiga.

Se aprobó mi propuesta y procedí a las primeras acciones. Con relación al «Partido Comunista Marxista Leninista», el Batallón de Inteligencia tenía bajo vigilancia, en Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires, a una mujer sospechada de vinculaciones con la organización subversiva.

Fui a la localidad bonaerense, establecí sobre la sosodicha un control especial, mientras realizaba una rápida investigación de Inteligencia sobre su biografía y relaciones familiares. Comprobamos que, efectivamente, era guerrillera y, entre sus datos familiares, que tenía un tío militar, un Brigadier en situación de retiro.

Detuve a la subversiva y a su padre, que vivía con ella, no demasiado ignorante de las actividades y tendencias ideológicas de la mujer. Por otro lado, padre e hija mantenían una afectuosa relación familiar con el Brigadier.

Inicié la segunda fase de la maniobra. Me presenté en las oficinas de la Avenida 9 de Julio. Era un hombre de unos 60 años, de modales muy amables, creo que de apellido García. Ante él, me identifiqué con mi grado y nombre de guerra, Capitán Vargas. Exhibí la cédula de identidad del padre de la guerrillera y lancé mi jugada de bluff.

«Este es el documento de identidad del señor-le dije- de Tres Arroyos, al que tenemos detenido. Señor Brigadier, dígale a la

mujer del jefe de la estación aérea que si lo tocan al Coronel Pita, a este hombre lo fusilamos.

Todo nos indicó que el envite tuvo éxito. Las consecuencias de la réplica amenazadora fueron muy rápidas. El «Partido Comunista Marxista Leninista» era una organización subversiva pequeña, en comparación con las otras estructuras. Es muy probable que jugase un papel importante, pero de naturaleza política especial, con otro tipo de vinculaciones extranjeras.

Lo cierto es que no estaba preparada para soportar presiones como la que ejercimos sobre ella. Me consta que sus cabecillas le propusieron al ERP la liberación del Coronel Pita, y que la otra organización subversiva, además de no acceder, exigió su asesinato.

Los responsables del secuestro del Coronel, en City Bell, optaron, sin más dilaciones, por tomar distancia sin continuar el esfuerzo de la seguridad del cautivo, como sustituto de la liberación. Esta es la explicación del cese de toda vigilancia sobre él y la ausencia de subversivos cuando logró fugar.

Lamentablemente, pese al éxito operativo, no guardo del episodio un recuerdo muy gratificante. Cuando fui detenido en 1984 y debía ser juzgado por el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, le solicité al ya General retirado Pita, por las vías pertinentes, que fuese mi defensor.

El estaba al tanto de todo el esfuerzo que realicé para salvarle la vida. Pero su respuesta fue una denegatoria: adujo que mi caso «tenía mucha trascendencia política». Me enteré, al tiempo, que se había negado porque aspiraba a ser gobernador electo de Corrientes.

Por fortuna, mi defensor fue un caballero oficial de excepcionales cualidades, el General de División Alberto Samuel Cáceres.

CAPITULO XV

LAS MIL Y UNA CARAS DE LOS SECUESTROS EXTORSIVOS

No traigo a colación nada nuevo si comento que el secuestro con fines extorsivos configura, desde siempre, un terreno donde se confunden los propósitos de maleantes de distinta categoría y nivel sociales.

Para la subversión es un medio importante, pero no el único, para obtener dinero. Otros son los atracos a bancos y financieras, la interceptación de transportadores de caudales -»valijeros» con o sin escolta, vehículos blindados-, los asaltos a pagadores de comercios y fábricas.

Todas estas operaciones, comenzando por los secuestros, resultaban útiles para instruir y ejercitarse a sus elementos en la planificación y ejecución de operaciones. Otro beneficio derivado era la difusión gratuita para su propaganda. Por su misma naturaleza sensacionalista, la repercusión de estos delitos se traduce, indefectiblemente, en publicidad de la que están ávidas los medios de comunicación.

En el caso puntual de los secuestros extorsivos, es interesante, en mi opinión, discriminar bien las facetas que cada caso puede presentar. Personalmente, me parece que no se puede simplificar excesivamente, como suele hacerse, imputando a la subversión una segunda intención en los secuestros extorsivos, como sería la de provocar una especie de sabotaje económico, desalentando inversiones internacionales o de oligopolios poderosos.

La realidad subyacente, que pude vislumbrar en operaciones de Inteligencia que insinuaban una curiosa especie de retroalimentación, me parece más compleja. Algo adelanté sobre el problema, que trataré con mayor detenimiento -siempre desde el enfoque de lo que hallé en las investigaciones- cuando aborde el tema con mayor especificidad.

Los secuestros daban cabida, como pretexto, a múltiples delitos camuflados, y sobre esto deseo explayarme a continuación. Una última prevención, relativa al comportamiento de quienes aducen la imposición, por parte de la subversión, de lo que podría llamarse eufemísticamente «una tasa revolucionaria» a las empresas. Es lo que anteriormente toqué al pasar, utilizando la imagen gangsteril de la «protección».

Fue una actitud relativamente extendida en ese ámbito, no por cobardía extrema, sino por incomprendición de la guerra que el Estado y sus Fuerzas Legales libraban contra la guerrilla. Muchas veces, en situaciones límites, el interés sigue privando sobre la solidaridad general. Es una perspectiva tan humana como las otras, no obstante sus limitaciones.

Sería inútil, por fin, analizar los casos donde se combinan dos clases de delincuencias: la que accede a simular un secuestro, en acuerdo con el presunto secuestrado, y la que simula realizar un secuestro en nombre de una organización extremista y encubre un objetivo de lucro de una simple banda de delincuentes comunes.

En este último ejemplo, queda descolocado el Estado y sus Instituciones Armadas y de Seguridad, cuyo objetivo psicológico prioritario es impedir que el terrorismo genere el clima de temor que tanto le conviene.

El caso «Baralia»

El Batallón de Inteligencia 601 recibió, un día, un pedido de colaboración con la anuencia del Jefe del Estado Mayor General del Ejército, el General Viola, de una familia de apellido Baralia, un pedido de auxilio ante un avance extorsivo de la banda «ERP 22 de agosto». Los subversivos invocaban esa pertenencia mediante llamados telefónicos y exigían la suma de u\$s 200.000 a cambio de la seguridad familiar.

La familia en cuestión era muy adinerada, y trabajaba, a través de varios locales, la compra-venta de muebles.

La superioridad me encargó la misión de verificar los alcances de las amenazas y proceder en consecuencia. Me reuní con la familia en su domicilio, un edificio de la Av. Libertador cercano al Automóvil Club Argentino. El matrimonio tenía tres hijos grandes, de los cuales los dos mayores estaban tan atemorizados que, con sus familias respectivas, vivían todos juntos en el domicilio de sus padres.

Convine con la familia que aparecería como un sobrino, llamado Carlos, en quien delegaban la negociación con los extorsionadores. Lógicamente, la primera medida que tomé fue el control telefónico de las viviendas de los hijos y la de la Avenida Libertador. Las amenazas y las *demandas* del «rescate preventivo» continuaban con la misma *periodicidad*.

Atendí algunos llamados y me identifiqué como el parente a cargo de la negociación, pero retrasando acordar la misma, mediante dilaciones, durante varios días. La familia, verdaderamente aterrorizada, me presionaba para culminar el trato.

Cuando lo juzgé oportuno, hice una contraoferta a los amenazadores, diciéndoles que, de momento, solamente podíamos disponer de u\$s 80.000. Los delincuentes accedieron y quedaron en llamar al día siguiente para dictar instrucciones sobre la entrega del dinero. Hablé con Baralia y le pedí que armase un paquete con papeles que asemejase, por su volumen, la dimensión de uno que verdaderamente envolviese la suma.

No obstante, Baraglia preparó uno conteniendo los dólares, alegando que no quería que su familia corriese riesgos. Discutí con firmeza, explicando con lujo de detalles la causa de la maniobra que preparaba. Le hice comprender, finalmente, que los especialistas éramos nosotros y no él. Atendió las razones que

detalladamente le expuse y procedió conforme a mis requerimientos.

Al día siguiente me quedé, en el horario previsto por los delincuentes para llamar, en el domicilio, a la espera de la comunicación. Mientras tanto, había preparado dos automóviles y cuatro agentes de Inteligencia. Sobrevenido un contratiempo, al quedar sin tono el teléfono.

Imaginé que mis interlocutores, al no poder comunicarse con ese número, optarían por llamar al hijo que vivía en las proximidades, en la Av. Figueroa Alcorta. Así lo hicieron, y dejaron la primera instrucción. Yo debía desplazarme en automóvil hasta la numeración 3594 de la calle Yerbal. Allí habría un ladrillo y bajo él las instrucciones siguientes.

La ejecución era inmediata por lo que tuve que organizar sobre la marcha: las comunicaciones intervehiculares funcionaban bien, pero las interpersonales (entonces *encubiertas*) presentaban dificultades en su potencia. No obstante resolví continuar con la operación.

Mandé un vehículo adelante, para tantear el terreno, y bastante distante iba yo sólo en el otro automóvil, para no despertar ningún tipo de sospecha. Me encontré con un obstáculo: el paso para cruzar las vías del ferrocarril era peatonal. Debí dejar el vehículo y me encaminé hacia el punto indicado caminando.

Mientras me dirigía hacia allí, dudaba sobre si proseguir. Había quedado sin apoyo, ya había anochecido. Decidí que era preferible continuar. Crucé el puente, llegué al lugar establecido. El mensaje, debajo del ladrillo, estipulaba que dejase el dinero en el cuarto árbol, ubicado hacia adelante.

Normalmente los más avezados realizan varias «postas». No fué este caso. No quedaba espacio para angustias o dubitaciones,

pensé que el lugar estaba controlado visualmente y también por el fuego. Una vez más una encrucijada.

Deposité el paquete, retrocedí unos 30 metros y me parapeté detrás de otro árbol. Portaba una pistola y un fusil FAL de culata rebatible, el modelo reglamentario para los paracaidistas, fácil de disimular bajo las ropas.

Al poco tiempo se acercó un Dodge GTX. Se detuvo, con el motor en marcha, y de él descendió un individuo que se dirigió al árbol y levantó el paquete. No esperé otro movimiento y disparé sobre el automóvil, haciendo trizas el parabrisas, pero sin herir a nadie, milagrosamente.

Los disparos atrajeron de inmediato a mi otro vehículo, explorador de apoyo, que había circunvalado el tramo del puente peatonal para examinar la calle antes que yo llegase. De todos modos arribaron oportunamente. Dejé de aferrarlos a los delincuentes con mi fuego nutritivo sobre su vehículo, y mi gente los rodeó rápidamente. Detuvimos a los ocupantes, que eran dos: el conductor y el que había descendido a retirar el bulto.

Los trasladamos al centro de detención. Procedimos a identificarlos y el de mayor jerarquía resultó ser un médico ginecólogo, el Dr. Divito, hermano del famoso dibujante humorístico, el creador de la revista «Rico Tipo». Era semipelado, flaco, de nariz aguileña, y media, aproximadamente, 1,65 de estatura. Por orden del Batallón los entregamos a la Policía Federal y posteriormente quedaron detenidos a disposición del Poder Ejecutivo.

En el juicio a las Juntas Militares, este sujeto fue testigo de cargo. En resumen, una víctima más del «terrorismo de Estado». Probablemente, haya cobrado también su «indemnización».

El caso «Sabach» y su insólito origen

En otra oportunidad, me encomiendan la investigación y, de ser posible, la resolución, de un secuestro extorsivo. La víctima era Ricardo Sabach, dueño de la finaciera ARGEMOFIN y de una agencia de venta de automotores.

Era un empresario de fortuna, dudosamente habida a veces, bien habida en otras. Era propietario, en Córdoba, de unas 190 casas, y allí era usual el comentario de que uno de sus hermanos estaba implicado en el tráfico de drogas.

Los raptadores, presuntamente del ERP, exigían por su rescate la suma de seis millones de dólares. Se comunicaban con la agencia, en la Av. Rivadavia al 7000. Apenas comenzada la investigación, reparé en detalles que me llamaron la atención. Ante todo, los mensajes de los delincuentes eran hechos llegar en las cercanías del mismo Batallón de Inteligencia, a una o dos cuadras en torno a la esquina de Callao y Viaromonte. Por otro lado, los comunicados revelaban en sus textos un estilo que no se correspondía con el estereotipado que empleaba la banda subversiva ERP.

De acuerdo con su mujer, jugé nuevamente el papel de negociador. Ya me había formado una hipótesis sobre la procedencia de los mensajes de los secuestradores. Sospechaba que, lejos de ser guerrilleros, podría tratarse de un grupo marginal de la Policía o, inclusive, de una Fuerza Armada.

Mis suspicacias se convirtieron prácticamente en certeza cuando Aníbal Gordon, el ex delincuente que operaba como colaborador, en el rol de informante, de algunos sectores de Inteligencia, se presentó muy suelto de cuerpo para formularle un ofrecimiento a la mujer de Sabach: él le prestaría los millones de dólares exigidos por el rescate. La única garantía que requería era que, una vez liberado su marido, se le reintegrase la suma que estaba dispuesto a entregarle.

En autos de la insólita y torpísima intentona, ya mediando como negociador, logré varias semanas de tiempo con la oferta de adelantarles u\$s 250.000 mientras la familia procedía a hacerse con el resto del monto en efectivo.

Mi plan consistía, como en el caso Baralia, apresarlos en el momento de hacer el simulacro de pago. Proyecto del cual no participé, absolutamente en nada, a la familia Sabach.

Concerté una primera cita, siempre negociando el adelanto mencionado de una parte del rescate que pretendían. El lugar establecido fue en la zona de Pacífico, a las 4.30 horas de la madrugada. Un hijo de Sabach encontró un mensaje que nos instruía dirigirnos a un lugar de la Panamericana, y de ahí hasta un lugar en la vencindad de Pilar. Una medida de chequeo precautoria.

Utilizando la misma técnica que ya describí, yo iba sólo en un vehículo, antecedido por otro con mi grupo. Después del «sondeo» del lugar, me presenté yo. Disimulé mi sorpresa al encontrar a un Oficial de Inteligencia. Le pregunté que hacía allí a esas horas y el oficial me explicó, con la debida corrección pero con un dejo de picardía, que esperaba que un camarada que vivía en la zona saliera de su casa para «ganarse él de pata de bolsa», como dicen en mis pagos. Para decirlo con todas las letras, acostarse con su mujer.

Le aclaré que no sospechaba nada de él -dando implícitamente por creíble su versión-, pero le dije que a las 8 de la mañana quería hablarle en la sede del Batallón de Inteligencia 601. Se retiró e inicié su seguimiento, hasta que se detuvo en un puente, cerca de Pilar. Ese era el lugar donde, acorde a las instrucciones, se debía dejar el dinero.

No se acercó nadie. Lo más seguro es que, debido al encuentro con el oficial, hubiéramos sido detectados por sus controles. La operación había fracasado.

Al regreso a mi unidad, al dar la novedad a mis superiores que no se había logrado contacto como estaba previsto, y que en el trayecto me había encontrado sugestivamente con un oficial de la especialidad, este fue convocado e interrogado, presentando una coherente justificación, por lo que no se dispuso de los elementos de juicio para ser incriminado. Ya había varios integrantes recluidos en una barraca de la cárcel de Ezeiza por la comisión de delitos, aprovechando la actividad antiterrorista.

A las pocas horas tomé conocimiento de la liberación del secuestrado, sin que mediara pago de suma alguna.

que se realizó en el año 1980, se observó que el 24% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 76% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1983, 1985, 1987 y 1990. Sin embargo, en las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

En las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

En las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

En las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

En las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

En las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

CAPITULO XVI

CORRO 105: REDUCTO DE LA INTELIGENCIA MONTONERA

En las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

En las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

En las elecciones de 1993, 1995 y 1997, se observó que el 50% de los que votaron se consideró que su voto era válido y el 50% que no lo era. Los resultados fueron similares en las elecciones de 1999, 2001, 2003 y 2005. Los resultados fueron similares en las elecciones de 2007 y 2009.

Mi permanencia en Inteligencia

Cuando salió mi pase de Córdoba a Buenos Aires -en las circunstancias confusas que detallé-, el General de División Menéndez me mandó llamar y, siendo del Arma de Caballería y sabedor de mis antecedentes hípicos, me ofreció elegir cualquier destino, incluído el honroso Regimiento de Granaderos.

A pesar de lo tentadora que era la alternativa -entre tantas opciones- no vacilé en continuar, desde la aptitud de Inteligencia, la lucha contra la subversión. Decidí, y así lo solicité al Comandante del III Cuerpo, obtener como nuevo destino el Batallón 601 de Inteligencia en Buenos Aires.

En mi nuevo puesto de combate -aludí a la peripécia del alquiler de una casa a un colaborador del ERP «22 de agosto» y, seguramente, de las otras fracciones-, recibí del Destacamento de Córdoba una subversiva misionera que después de un severo interro-gatorio, se ofreció a colaborar y se transformó en una «doblada».

Lo hizo con mucha efectividad. Entre la información que suministró de inmediato, recalcó la importancia de una casa «operativa» cuyo número telefónico ella conocía. Insistió mucho en el alto nivel de los terroristas que se reunían allí.

El operativo de la calle Corro 105

Instantáneamente, valga la expresión, localizamos la casa, sita en la calle Corro 105, en el barrio de Floresta de esta Capital. Desplegué los consabidos controles de observación y vigilancia, extremándolos al máximo, considerando la gran importancia que le asignaba la «doblada».

Dado el conocimiento que tenía de sus compañeros, participaba conmigo de las «escuchas» del teléfono interceptado. Tenía una excelente memoria auditiva e identificaba rigurosamente a gran parte de los guerrilleros que se comunicaban con la casa. Frente a la misma vivienda, en una obra en construcción, habíamos destacado un óptimo puesto de observación, además de los otros que completaban el cerrojo de controles.

Un día, la «escucha» telefónica nos permitió conocer, con la debida antelación, la fecha y hora en que se realizaría una reunión subversiva prácticamente «cumbre». Efectivos militares del Grupo de Artillería 1, alistarón tropas para rodear, sin ser divisadas, el inmueble. El cerco fue cerrado apenas se produjo el ingreso del «comandante» misionero Molina Benuzzi, sobrino del que, con el mismo apellido, fue fiscal. Este hombre tiene un récord de parientes muertos en enfrentamientos o fugados al exterior: 12 o 13 seguro.

Como teníamos conocimiento visual que en la casa había criaturas, ya totalmente cercada a la vista de los subversivos, llamé telefónicamente a Molina Benuzzi, recibiendo por toda respuesta una serie de insultos del más grosero calibre. No obstante, después de la retahila de palabrotas, mantuve la calma y le reiteré que, al haber combate, se comportasen como hombres y pusiesen a los niños en resguardo, en las piezas al fondo del inmueble.

Una vez transcurrido el plazo concebido para la rendición, iniciamos el ataque. El tiroteo fue intenso por ambas partes, manteniendo nosotros, en todo momento, el autocontrol para evitar que el fuego enfilase, directa o indirectamente, por rebotes, hacia dichas habitaciones. Presumimos que, por lo menos, tendrían rasgos de humanidad con su propia prole.

Eramos mejores tiradores que ellos y la concentración de fuego mayor, de modo que, bajo la barrera de disparos que nos cubría, cegando a los terroristas, iniciamos la irrupción a la casa. La

operación del asalto la efectuamos tempranamente, con la finalidad de evitar las muertes de las criaturas. En el combate, casi individual, que se libró en su interior fueron muertos los «comandantes» Molina Benuzzi y Amarilla, que había sido «Jefe de la Regional Tucumán»; Ismael Salame, alias «El Turco» «Jefe del Departamento Territorial-Estudantil de la Secretaría Política Nacional»; José Carlos Coronel alias «Julian», «Oficial Superior» en el «Departamento Sindical de la Secretaría Política Nacional»; y en una de las piezas encontramos muertos a la hija del criminal subversivo Rodolfo Jorge Walsh y a su marido. Una rápida ojeada nos permitió reconstruir lo sucedido: los «héroes» decidieron suicidarse. El marido le disparó en la cabeza y luego se quitó la vida del mismo modo.

Capturamos viva a la dueña de la casa, también integrante de la organización, que en el momento de la irrupción me saludó afectuosamente, confundiéndome con Firmenich. Algo hay de parecido, sobre todo en el pelo y los lunares de la cara. Pero, en lo ideológico, hay diferencias, y rescatamos a las criaturas, que creo resultaron ser dos. La tropa interveniente en el entrecruzamiento de tiroteos observó, sin titubeos, la orden de no batir la zona posterior del reducto, para preservar las vidas inocentes de los pequeños.

Hallamos material de guerra importante: fusiles FAL y granadas de mano. También abundante munición para armas de puño, de los calibres de uso militar. Encontramos maquinaria impresora y gran cantidad de papel. La documentación era de excepcional importancia en cuanto a pistas seguras para realizar operaciones de envergadura contra la «Columna Oeste» de la organización subversiva. Se destacó el hallazgo de planes de acción psicológica «negra», técnicas especiales para realizar acciones que todo indique que han sido realizadas por el bando opuesto, y propaganda, muy por encima de sus piezas convencionales, monótonas y repetitivas.

Pero faltaba algo, respecto de lo cual las interceptaciones

telefónicas nos habían dado, no indicios sino que puede decirse una quasi certeza, y que la terrorista apresada nos confirmó. ¿De qué se trataba? Del delincuente subversivo, 2do. «jefe de Inteligencia» de la banda terrorista, Horacio Verbitsky. El motivo de la reunión era su concurrencia para exponer los lineamientos de Inteligencia para ejecutar una operación destinada a asesinar al periodista Bernardo Neustadt, acusado de colaborador de la «dictadura militar». Allí, el delincuente aportaría los «chequeos» de su Inteligencia; figuraban detalles de su domicilio en la calle Defensa y se decidiría, en análisis con los jefes operativos, cómo perpetrar esa muerte.

¿Qué causa impidió al terrorista acudir a la cita? Descarto de plano la posibilidad de un alerta adelantado por algún infiltrado, lo mismo que pudiese haberse enterado por alguna fuga informativa de nuestro lado, indiscreción mediante. El secreto para la sorpresa había sido permanentemente sometido a revisiones de contrainteligencia y seguridad, por nosotros y el jefe de la unidad, también él oficial de Inteligencia.

Mi apreciación, por supuesto, nunca definitiva, es que el delincuente se encontró demorado en su llegada. Al aproximarse a las cercanías del reducto, debió ser alertado por el nutrido tiroteo previo a nuestro asalto final. Obviamente, habrá optado por dirigirse, con la mayor rapidez posible, a un refugio de alternativa. Esta información sobre el carácter de la reunión subversiva de la calle Corro no es totalmente inédita. Si lo son los detalles que recién ahora consigno.

En un programa televisivo con Mariano Grondona me limité a decir que con un interrogatorio fuerte, había salvado la vida de un periodista importante. En rigor de verdad, «montoneros» había proyectado el asesinato de Bernardo Neustadt. Puedo reafirmar que el hecho es indubitable para la Inteligencia militar.

La Inteligencia misionera: sinopsis biográfica de sus jefes

El órgano de Inteligencia de los terroristas misioneros estuvo conducido, tanto en el grupúsculo inicial como en el apogeo subversivo, por una dupla motivada por la lógica de su ideología marxista: Rodolfo Jorge Walsh y Horacio Verbitsky.

a) Rodolfo Jorge Walsh

Nacido en 1927, perteneció a una familia de origen irlandés. Su parentela mostró vocaciones diferentes. Uno tuvo la vocación del servicio de las armas y en la Armada llegó al grado de Capitán de Fragata. Otro, de vocación religiosa, fue el célebre Hermano Septimio, encargado por la Curia, durante años, de conducir la educación religiosa.

Pero él y su pariente María Elena, laureada cantautora y cuentista infantil, se enrolaron tempranamente en el marxismo. Sus hijas adhirieron a su ideología: María Victoria, alias «Vicky» e «Isabel», la muerta con su marido en Corro, y Patricia, también subversiva, que convivió los últimos diez años de su vida con su cómplice y encubridora Lilia Ferreyra, prófuga hasta 1983.

Literato y periodista, cobró notoriedad por su libro «Operación Masacre», relativo a los fusilamientos de militares y civiles del intento revolucionario peronista de junio de 1956. La tesis del libro hizo que se le atribuyera una adscripción al peronismo de izquierda. Lo erróneo, o deliberadamente falso de tal afirmación, es fácilmente demostrable por el contenido de sus notas periodísticas -en «Leoplán», verbigracia, y en la temática de otro libro, «Variaciones en Rojo»: no solamente exteriorizaba actitudes abiertamente antiperonistas, primero, sino que oportunamente lideró, entre los literatos, la postura hostil a lo militar, no quedando excluida la figura de Perón.

Walsh provenía del marxismo leninista-estalinista y se sumó, a poco del triunfo de Castro -había estado en contacto con el «Che» Guevara cuando éste, cursando medicina, era perseguido por la policía peronista por su militancia comunista-, a la política cubana. En su primer viaje a Cuba en 1960 fue designado Director de los Servicios Especiales de «Prensa Latina», instrumento de la Inteli-gencia castrista.

Integró, a partir de esa posición, la cúpula de periodistas marxistas que operaban, con misiones de Inteligencia y acción psicológica, en el «frente cultural»: Rogelio García Lupo, luego radicado en el Uruguay, Ricardo Rojo, biógrafo del «Che», Juan Carlos Portantiero, gramsciano y actual decano en la UBA, Juan García Elorrio, mentor de Firmenich en la rama estudiantil de la Acción Católica, impregnada del «tercermundismo» filo-marxista de «Cristianismo y Revolución», el trotzkista Mario Hernández, otro mentor de Firmenich.

A su retorno de otro viaje a Cuba, en 1967 y 1968, cuando en la isla se entrenaban los primeros cuadros de las bandas subversivas, publicó su libro «Crónicas de Cuba» y, junto a Francisco Reinaldo Urondo, comenzó a planificar y hacer ejecutar los asesinatos de los dirigentes sindicales antimarxistas. Sobre el particular ya me expliqué lo suficiente.

Queda por develar el rol que podría haber jugado en el asesinato de otro dirigente gremial peronista, Rosendo García, muerto a balazos en el bar «Real» de Avellaneda, el 13 de mayo de 1966, en el sorpresivo tiroteo iniciado por dos subversivos trotzkistas: Domingo Blajakis y Juan Salazar.

Tengo presente, cuando cursé la Escuela de Inteligencia, el análisis de contenido de su libro «¿Quién mató a Rosendo?», evidente pieza de desinformación e intoxicación «entrista». Pero se nos hizo reparar en tres circunstancias que permitían inferir su vinculación con el hecho:

1º Su adscripción a la «CGT de los Argentinos», liderada por Ongaro, y para la cual redactó el «Mensaje al Pueblo en 1968». Esta entidad, rebosaba de izquierdistas, marxistas e imbéciles «útiles»: el ex delegado de Perón, expulsado por el general del cargo, el Mayor retirado Alberte, apodado «la babosa», reunía las tres características en sí mismo. El objetivo confeso era atacar a la CGT «ortodoxa» de la calle Azopardo, a la que habían pertenecido las víctimas del atentado.

2º La constitución de un Comando, que él integró, elocuentemente llamado «Héroes de la Resistencia 'Domingo Blajakis'», uno de los asesinos de García, como fuera notado.

3º Su segundo y sucesor en la Inteligencia misionera, el ex-delincuente terrorista confeso Horacio Verbitsky eligió, entre sus alias preferidos, el de «Salazar», apellido del otro asesino de García.

Siempre observé el principio de Inteligencia que estipula no abandonar nunca una investigación: si el flujo informativo cesa, se guarda el legajo del caso en espera de poder reabrirlo más adelante. Esto viene a propósito de lo que historio. Envíar El Kadri, alias «Cacho» y «Jorge Elizalde», actual cineasta y productor cinematográfico, fue cabecilla de la Inteligencia de la banda subversiva «Fuerzas Armadas Peronistas» (FAP), fusionadas luego con los misioneros. El puede aclarar el grado de participación de Walsh en los homicidios que tratamos. Cabe, pues, imputarle corresponsabilidad criminal por todas las asociaciones ilícitas con las bandas terroristas que intentaron enraizar la guerrilla.

Volviendo al inefable Walsh, y dejando a un lado los incontables atentados terroristas dispuestos y/o cometidos por este «cultor» de las letras argentinas -su larguísima enumeración figura en cualquiera de las publicaciones abocadas a la subversión, con la excepción de «NUNCA MAS»-, me interesa rescatar, entre sus tareas de Inteligencia, la de propagador de acción psicológica

subversiva en el efímero periódico «Noticias», vocero de la organización misionera, dirigido por sus subordinados Miguel Bonasso y Juan Gelman. Estos también habían dirigido el Suplemento «La Opinión Cultural», del diario de Timerman. Walsh puso en marcha la edición de dos boletines de informaciones subversivas: La «Agencia de Noticias Clandestina» (ANCLA) y «S I Misioneros».

Cuando las Fuerzas Legales lanzaron, con toda la contundencia de su poderío, la contraofensiva general, Walsh, Verbitsky y otros «comunicadores de opinión» explicaron, mediante la prensa clandestina, la necesidad de un «refugio» o «repliegue» de la «conducción» por exigencias tácticas y operacionales. La decisión no implicaba a las unidades operativas, que continuaron siendo candidatas para caer ante las Fuerzas Legales.

Walsh y su concubina Lilia Ferreira se instalaron en una casa de San Vicente, con jardín y huerta. En ella redactó, con la cobertura de un presunto «profesor de inglés jubilado», una «Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar», en marzo de 1977.

Ese mes de marzo fue fatídico para el terrorista. El día 25 concurrió a un encuentro en la Capital, donde fue reconocido y al intentar resistir la detención a balazos -hirriendo al Oficial de la Policía Federal Roberto O. González- resultó muerto. Acorde a la versión reciente, publicada en «Página 12» del veinte de agosto de este año, el ex terrorista de la banda subversiva misionera -según él lo dice- Horacio Verbitsky, se trató de una cita «envenenada».

Durante años, la guerrilla lo consideró, al menos oficialmente, como «desaparecido». Ante el temor de que hubiese sido capturado herido y pudiese hablar, la «Conducción Nacional», codificada como «Carolina Natalia», se desbandó hacia el exterior del país. Reapareció en Roma, donde anunció en una solemne conferencia de prensa, el 25 de abril de 1977, la presentación de un «Movimiento Peronista Misionero».

El recuerdo agradecido de sus admiradores no pudo disfrutarlo en vida, como Envar El Kadri, pero, aunque tardío, tuvo la rendición de honores públicos de funcionarios de su ralea.

En diciembre de 1994, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, por iniciativa del concejal electo Eduardo Jozami, impuso su nombre a la plazoleta sita en Chile y Perú, en virtud de la ordenanza 2731. Una Ordenanza inmediatamente siguiente, la 2732, declaró «de interés municipal toda su obra literaria y periodística», que se estudiará en las escuelas dependientes de la Comuna. La plazoleta fue inaugurada el 24 de marzo del corriente año, con discursos del ex terrorista de la banda subversiva montoneros -acorde a propia confesión- Horacio Verbitsky, del concejal electo Eduardo Jozami, del historiador marxista Osvaldo Bayer, y adhesiones de los subversivos -hasta ahora no han abjurado, que se sepa- Juan Gelman y Miguel Bonasso, así como de los terroristas tupamaros -sin contrición alguna, al parecer- Eduardo Galeano y Mario Benedetti.

El recuerdo emocionado llegó hasta la misma Biblioteca Nacional, en cuya sala «Borges» se inauguró una vitrina con la exposición de sus principales textos. Adhirieron, con absoluto desprecio por las víctimas que el terrorista produjo, personajes como Ernesto Sábato, Mercedes Sosa, el fallecido obispo Jaime de Nevares, «nuestro» premio Nobel Adolfo Pérez Esquivel y José Octavio Bordón. Todo esto, el 24 de marzo del presente año. Por otro lado, a diciembre de 1995 no he visto iniciativa alguna para rendir justo homenaje, como Rucci, Capitán Leonetti, Soldado González, de Azul, Paula Lambruschini, etc.

He dicho que soy de fe católica, probablemente no muy practicante, pero sí profundamente creyente. Pienso que si el alma sobrevive a la muerte física, lo que puede haber tenido Walsh debe estar en un círculo infernal no imaginado por el Dante. Pero, así y

todo, en medio de tormentos inenarrables, lo poco de humano que había en él; puro cinismo, debe haberse regocijado y tratado de enviar, desde el Averno, su agradecimiento a la Secretaría de Cultura de la Nación y a los dignos ediles de la Capital Federal.

b) Horacio Verbitsky, alias «Perro», «Salazar», «Alberto»

Como oficial militar de Inteligencia, estoy obligado a razonar metódicamente las circunstancias de un caso lo más desapasionadamente posible. Me están vedadas las ideas preconcebidas, las fobias y las filias.

Sin embargo, cuando veo o, mejor dicho, rememoro los casos en los cuales intervine, no puedo ni podré jamás olvidar la torva personalidad de Horacio Verbitsky.

Nacido hacia 1942, fue marido de la periodista y literata marxista Laura Sofovich, alias «SL» y «Laura Yussem». Afinidades electivas, por cierto, pero no en el noble sentido que Goethe confirió al concepto.

Horacio Verbitsky, por voluntaria confesión ex delincuente terrorista de la banda subversiva montoneros, ofrece un currículum homicida sumamente fácil de reconstruir entre 1970 y 1977, pues es el mismo de Walsh. Jefe de Inteligencia de la subversión montonera Walsh, hasta su muerte en 1977, abatido por las Fuerzas Legales, y lugarteniente suyo Verbitsky en todo ese lapso, hasta que lo reemplaza a aquél cuando muere.

En esos siete años, el binomio terrorista comparte, hecho por hecho, crimen por crimen, el mismo prontuario delictivo. Enumerarlos en orden a este ex subversivo -según él- no viene al caso, ya que repetiría lo escrito sobre el ex terrorista -por defunción- Walsh.

Me resultó más simple, lo reconozco, delinear el perfil del otro asesino que trazar el de éste. Ambos son, por su criminogenia,

infráhumanos, dignos de ilustrar, como casos modélicos, un tratado de psiquiatría forense.

Pienso, al redactar las líneas de esta parte del capítulo, que habría de haber sido, no oficial del Ejército Argentino, sino miembro de la Gestapo hitleriana, de la KGB soviética o la DGI castrista para entrar en sintonía y comprender los mecanismos psicopolíticos de la Inteligencia de la banda misionera.

Las actividades de Verbitsky cuando era -según nos cuenta- delincuente subversivo de la banda de las «Fuerzas Armadas Peronistas» (FAP), conectado siempre a los terroristas Walsh y Carlos Alberto Caride -cabecilla del «Peronismo de Base 17 (PB 17), luego la «Columna Oeste» misionera-, se desarrollaban en los ámbitos literarios más curiosos.

Fue prologuista de un libro del comodoro Güiraldes, editado por la Fuerza Aérea. Publicaba, en superficie, en los periódicos «El Siglo», «El Mundo», «La Opinión», «Noticias», «La Voz», «Sur» y, por supuesto, «Página 12». Hacía notas en las revistas «Tiempo de Cine», «Rebelión», «Confirmado», «Semanario CGT», «Cuadernos del Tercer Mundo», «Paz y Justicia» y «Entre Todos», vocero del Movimiento Todos por la Patria, hasta su asalto fallido al Regimiento de Infantería Motorizado de La Tablada, por supuesto trató de salvar responsabilidades con un tardío desacuerdo con los «Núcleos de Acero».

Su periodismo no se limitaba a la mera redacción de artículos, notas y, con el advenimiento del radicalismo y del justicialismo, libros testimoniales de «denuncia». También se manejó en la conducción de medios: en 1973 integró el Directorio del diario «Noticias», con Walsh, Abal Medina, Esteban Righi -Ministro del Interior en la presidencia camporista-, Giussani, Urondo, Guanini y Piacentini. En marzo de ese año había defendido al terrorista tupamaro pasado al ERP Andrés Ernesto Alsina Bea, detenido por estar implicado en el secuestro y asesinato de Oberdan Sallustro.

Como clandestino, en unión con Walsh, redactaba parte de «AN-CLA» y del «S I Montoneros». Era su época admitida como terrorista de la banda de delincuentes subversivos misioneros.

Recordemos, con especial referencia a los peronistas nacionales no infeccionados por el terrorismo marxismo -que siguen siendo muchos- la adopción del nombre de guerra «Salazar», en homenaje a uno de los asesinos del gremialista Rosendo García, en 1966. Lo mismo que su corresponsabilidad, como principal colaborador de Walsh en la inteligencia subversiva, del planeamiento de los asesinatos de los principales secretarios generales de sindicatos y de las CGT, a nivel nacional y regional.

Tampoco es desconocido para algunos parlamentarios oficialistas, al menos para el diputado nacional Miguel Ángel Toma, que afirmó, en diciembre de 1991: «Cuando mataron a Rucci, Verbitsky manejaba las comunicaciones de misioneros. El estuvo también en el copamiento del Regimiento de Infantería de Monte 29 (...) él también es responsable de la bomba al Estado Mayor General del Ejército». Ignoro si el señor diputado conoció, o dijo algo similar, cuando el doble homenaje, nacional y municipal, al terrorista Walsh, y la pieza oratoria del autocalificado ex miembro de la banda de delincuentes subversivos misioneros.

Quedan en el tintero algunas proezas del polígrafo terrorista. Y no son, precisamente, las de importancia menos impactante, pues se trata de dos intentos para asesinar al Teniente General Perón. De ambos casos hay evidencias directas.

El primero, que también eliminaría al vicepresidente Vicente Solano Lima, se perpetraría en Ezeiza, cuando el retorno definitivo de Perón. En otro capítulo ya di a conocer la versión real de lo acontecido en la llamada «masacre de Ezeiza», denominación utilizada, con un sentido tendencioso por parte de cierta prensa «progresista».

El segundo atentado proyectaba el asesinato conjunto de los presidentes de Argentina y Uruguay, Juan Domingo Perón y Juan María Bordaberry, que abortó con la detención, el 12 de febrero de 1974, de quien dirigiría el operativo, el terrorista Carlos A. Caride, en la Avenida Libertador, esquina Republiquetas, de la Capital. Es de notar el entramado, incluso familiar, que unía a las cúpulas subversivas. Una prima de Caride, muy unida a él, María Eulalia Caride, estaba casada con Marcos Lanusse, hijo del Teniente General e íntimo amigo del banquero de la banda subversiva David Graiver, alias «Duddy», que fue funcionario del gobierno lanusista. María Eulalia murió cuando explotó, en su casa, una granada que manipulaba. Su suegro, el Teniente General de «centro izquierda» -según admitió públicamente al chileno Salvador Allende-, en el juicio a las Juntas Militares declaró, contra toda prueba, que habían sido «militares» los que hicieron estallar la granada. El hecho ocurrió el nueve de febrero de 1974, tres días antes de la captura de Carlos Alberto Caride.

Dejando de lado el catálogo ininterrumpido de crímenes que hicieron cometer los dos delincuentes subversivos a lo largo de ese año de 1974, en el mes de octubre organizaron la conferencia de prensa «clandestina» a la que concurrieron corresponsales de agencias noticiosas extranjeras que colaboraban en la campaña antiargentina: Prensa latina, EFE y Tass, y el del diario francés «Le Monde». La convocatoria era para que Firmenich anunciasse su postura marxista-leninista. El libro «El oro de Moscú» del corresponsal casi vitalicio de TASS en Buenos Aires, Isidoro Gilbert, menciona el evento subversivo.

Sería ocioso volver, siquiera en parte, a los hechos de barbarie que inspiraron y planearon este dueto de forajidos. En toda la violencia irracional acometida por la banda sedicosa -con un costo oneroso- entre esa fecha y los dos años siguientes, la orientación de Inteligencia era su obra.

Haciendo honor al asesino de quien eligió ser émulo: Salazar, a principios del mes de junio de 1977, se produjo el secuestro y desaparición del exiliado croata, acérrimo antimarxista, Antonio Vitaic Jakasa, amenazado de muerte en la Asamblea de la OIT en Ginebra por otro binomio terrorista, al que mordisqueé en Córdoba sus talones: Gustavo Adolfo Roca y Lucio Garzón Maceda.

En mi opinión, quedan varias preguntas: ¿Qué poder brindaba tal impunidad a la gavilla Roca-Garzón Maceda-Verbitsky? ¿Ese factor «X» impuso, en determinados niveles, acuerdos entre intereses aparentemente antagónicos en favor de terceros? ¿Por qué no huyeron, ninguno de los tres, cuando el resto de las cúpulas, acosadas, ya estaban intaladas en «santuarios» del exterior? ¿Ocupaban, acaso, posiciones más elevadas que las conducciones superiores formales, y disponían de reaseguros transnacionales para proseguir sus misiones?

No niego que, para el común de los lectores, sin obligación de saber los rudimentos metodológicos de la Inteligencia, todo el conjunto de interrogantes que acabo de plantear puede aparecer, de manera verosímil, como el parto de una fantasía excitada. Me apresuro en advertir que el doble juego es un ingrediente infaltable, tarde o temprano, en inteligencia, ya se trate del nivel operativo del «dado vuelta», del «doblando» como del nivel estratégico superior de la alta política.

Sobre la base de este rápido planteo de incógnitas, es mi finalidad explicar ahora al lector cómo el caso del ex-delincuente terrorista Verbitsky, hoy me parece más grave y más peligroso de lo que parecía en un momento. No se cierra en su siniestra persona, sino que se articula y amplifica en una matriz subversiva cuyos alcances reales quizás recién hoy puedan entreverse.

Comenzaré notando que hay algo raro en la imprecisa época en que el ex-delincuente terrorista Verbitsky dice haber abandonado su accionar terrorista. Al mismo tiempo mantiene confeso -en

realidad, nunca lo disfrazó su credo subversivo, como lo ratifica el colofón de su homenaje a Walsh al inaugurarse la plazoleta que lleva su nombre. Luego de parafrasear al delincuente terrorista: «La norma es tener fe en los hechos, que siempre superan las expectativas», concluyó: «En estos días, más que nunca, tu ejemplo nos acompaña y nos inspira».

Aparentemente, la clave estaría en las acusaciones que le enrostra el otro ex-miembro de montoneros Rodolfo Galimberti, en su Carta Abierta dirigida exclusivamente a él, fechada el 7 de agosto de 1987, invocando su jerarquía de «Miembro de la Mesa Nacional del Peronismo Revolucionario».

Los reproches mayores se resumen en los siguientes cargos: 1º) haber «olvidado» que fue «activo militante montonero»; 2º) haber «decidido terminar la guerra en un campo distinto al que pertenecía cuando la comenzó», y optado por «pasearse por los pasillos del Ministerio de Defensa»; 3º) haber atribuido falsamente a Firmenich «la absurda proposición de una ley de amnistía bautizada 'Videla-Firmenich'»; 4º) pertenecer «a la raza de los que 'no se arrepienten de nada', pero se borran de todo», defendido «por la policía radical»; 5º) propagandizar «la teoría de los dos demonios de manera explícita, teoría condenada por quienes deberían ser sus maestros (los socialdemócratas europeos), y a la cual lo que resta de la banda subversiva la califica de «falaz e infame»; 6º) ser sospechoso de pretender «que Firmenich plante hoy la lucha armada»; 7º) ocultar el «compromiso heroico como combatientes montoneros» de Rodolfo Walsh, al que «presenta como un intelectual desaparecido, a Héctor G. Oesterheld como un historietista, a Paco Urondo como un poeta progresista, a Sergio Leonardo Gass un joven estudiante».

En síntesis, por todo lo antedicho, ¿qué es lo que hoy sucede?

Los hechos cantan por sí mismos. Todos coexisten en Buenos Aires. Firmenich se presentó súbitamente en el consulado argentino

en Río de Janeiro, pretextando solicitar un documento innecesario desde hacía muchísimo tiempo. Detenido en el Brasil y extraditado a nuestro país, fue encarcelado hasta que el presidente Menem lo indultó.

Rodolfo Galimberti, trabaja para los Born y es hombre de negocios.

Horacio Verbitsky, pionero -al parecer- de los ex delincuentes terroristas de la banda subversiva montoneros, recorre los estudios de TV para denostar, ante sus cámaras, a las Fuerzas Legales que derrotaron la guerrilla. También deambula por los corredores militares de la Junta Interamericana de Defensa como agasajado especial, ahora gustoso de compartir con sus enemigos ideológicos para recomendar y propiciar medidas sobre el ámbito militar argentino.

CAPITULO XVIII

ACCESO TOTAL A LA INTELIGENCIA DEL PRT-ERP

En inteligencia, es misión prioritaria la penetración de las centrales de inteligencia enemigas. Uno de los objetivos más arduos de alcanzar, a través de la infiltración o la captura de sus jefes y archivos.

La inteligencia contrasubversiva, rama especial de la constrainteligencia, cubre las actividades de la detección, identificación, explotación, manipulación, desinformación y represión de individuos, grupos u organizaciones terroristas que conducen -o están en capacidad de hacerlo- tales operaciones. Para algunos teóricos, dentro del conflicto del terrorismo subversivo existen guerras particulares tales como: guerra política, guerra psicológica (propaganda), guerra de Inteligencia, etc.

Sus procedimientos son similares, y se vinculan a menudo, con los de la categoría vecina del contraespionaje, cuyo objetivo es como lo precisa el término, la detección y neutralización del espionaje extranjero. Nada más lógico, en la medida que siempre la guerrilla depende de apoyos foráneos y opera, lo sepa o no, como vector de las redes de espionaje de aquellos.

No se cae en ninguna exageración al concluir que el duelo mortal entre el Estado y la guerrilla pasa, en lo fundamental, por las coordenadas de la inteligencia y constrainteligencia de uno y otra. Pero la inteligencia no es fin en sí misma. Sus informes deben transformarse en política y en estrategia. En fin, en actos de poder.

Ambos enemigos buscan, recíprocamente, infiltrar el uno al otro. El trabajo subversivo, tan paciente y cuidadoso como el del orden legal, goza de una ventaja: su esfuerzo está centrado en introducir «topos» en jerarquías elevadas del Estado. En ellas acceden a los legajos más confidenciales del gobierno y reciben con regularidad los boletines y partes de los organismos de inteligencia. El apoyo exterior, que es retribuido con informaciones que enriquecen su

espionaje, les brinda cobertura de constrainteligencia y, muy frecuentemente, asesoramiento en las medidas de desinformación, mediante la manipulación de evidencia distorsionada o falsificada, para inducir decisiones estatales perjudiciales para sus intereses y seguridad.

Por el contrario, el interés de la inteligencia estatal es doble: por una parte, los principales grupos subversivos que operan la guerra psicológica en el exterior, y sus probables sostenedores locales, oficiales o no, y, por otra, los vínculos entre aquellos y la guerrilla interior.

La infiltración, de más está subrayarlo, reviste para la inteligencia legal la misma importancia crucial. Hay que advertir, al respecto, que suele estar rezagada ante la inserción clandestina, siempre anterior, de la subversión, que aprovecha, para ello, los momentos iniciales de su preparación.

Por ello enfoca sustancialmente su atención en el «doblado» o, para calificarlo con precisión técnica, el «defector», la persona que por endeble ideología, temperamento para la acción -cualkiera sea su signo-, existiendo casos muy probables que se separaron de las filas subversivas requiriendo integrar los grupos de choque; hubieron casos de ingresados a la subversión delincuentes comunes: el ERP los llamaba «extra partidarios», etc, ha repudiado su pertenencia subversiva. Por lo pronto, es un elemento que puede estar en posesión de información de suficiente valor para justificar un tratamiento especial. Pero mayor importancia ofrece su posición para permitir la infiltración en los muy compartmentados medios de la clandestinidad terrorista.

El logro máximo es «dar la vuelta» a jefes de la inteligencia terrorista, lo que proporciona un triple beneficio: conocer la verdad sobre las cúpulas terroristas y sus aliados, comprobar la exactitud de las hipótesis de trabajo previas, y proceder a detenciones cuyos efectos equivalen al de una lobotomía en el «cerebro» subversivo.

La toma del reducto de la inteligencia montonera en la operación de la calle Corro 105 nos proporcionó material informativo e inteligencia inapreciables. Por supuesto, dada la característica de la operación, quedaron cabos sueltos. Los jerarcas abatidos se llevaron parte de sus secretos consigo. Quedó definitivamente identificado como jefe de inteligencia de la banda subversiva quien dice, desde algún tiempo, haber dejado la militancia terrorista: Horacio Verbitsky.

Pero supimos lo más importante de todo: hasta dónde se extendía la conspiración montonera. Los que se exiliaron, aduciendo razones de circunstanciales exigencias «estratégicas», se denunciaron a sí mismos.

Los que se encuentran en todas las esferas de la vida pública argentina, tienen más antecedentes de los que se les conocieron durante las luchas anteriores a la amnistía de 1973 y las posteriores a ella. Su identidad ha dejado de ser, en grandísima parte, un arcano para la inteligencia y, por tanto, para el Estado.

Con este exordio ha llegado la oportunidad de abordar el episodio que nos posibilitó tener, bajo control total, la inteligencia de la banda subversiva PRT-ERP. Nosotros, precisamente nosotros, los combatientes de la inteligencia militar, debimos y pudimos penetrar más que los textos de historiográficos, algunos subsidiados por ser sectores oficiales de gobiernos de turno, en la entraña de los hechos deliberadamente perpetrados por las tenebrosas guerrillas.

Dos reflexiones al lector, antes de entrar directamente en tema. En primer término, dado mi estado militar, hay casos que puedo exponer claramente en su totalidad, pese a quien pese; otros, quedan en reserva, por múltiples razones, todas en beneficio exclusivo del interés nacional. En segundo lugar, la de la subversión en la Argentina es una vieja historia, no acabada, sin solución de continuidad con la de hoy.

Una revisión del caso SALLUSTRO

Mi conocimiento del caso no es directo ni personal: lo adquirí a posteriori, cuando estaba destinado, desde hacía poco, en el Batallón de Inteligencia 601 e integraba el equipo de la comunidad informativa que se reunía en el Comando del I Cuerpo de Ejército.

Con otros camaradas tuvimos la oportunidad, como si fuese una reconstrucción del hecho, fase por fase, de recorrer todos los lugares que habían sido allanados en busca de los posibles sitios en los cuales hubiese estado secuestrado Oberdan Sallustro.

No habían experiencias anteriores de secuestros de la magnitud que tuvo el del ejecutivo italiano. Su hallazgo fue el fruto de una investigación realmente ingeniosa, concebida por un oficial subalterno de Seguridad Federal. Partió de la suposición que el ERP pudiese haber alquilado casas donde mantenerlo secuestrado a Sallustro.

La hipótesis reposaba, a su vez, en otra suposición, a todas luces lógica. El ERP no debía dejar huellas de estas operaciones inmobiliarias. Vale decir, tendría que haber marginado a familiares, amigos, o cualquier otra gente vinculada a miembros de la organización. Por descarte, quedaba una pista a investigar: rastrear el tipo de garantías que, por una suma determinada, se ofrece diariamente en los avisos clasificados de los periódicos.

Se confeccionó un listado y estimando una especie de cálculo de probabilidades, brigadas de la Policía Federal iniciaron el allanamiento de casas alquiladas con este tipo de garantías. Cada brigada, integrada por 4 o 5 hombres, recibía una lista de 20 o 30 domicilios a ser allanados tentativamente.

De este modo fue localizada la casa donde mantenían cautivo a Sallustro. Apenas fue divisada la policía, comenzaron a tirar desde

dentro. Respondieron los policías y, durante el enfrentamiento, Sallustro fue herido de muerte.

Pudimos comprobar, *de visu*, los procedimientos de los subversivos para acondicionar las viviendas, trabajar «embutes» (escondrijos). No se caracterizaban, en esos momentos, por ser altamente sofisticados, como aparecieron después.

La otra cara del caso, la más siniestra, si se quiere, es la que corresponde a las negociaciones que se entablaron con los terroristas para lograr la libertad de Sallustro.

Los directores de la Fiat estaban comisionados para las tratativas de liberación, mientras que, por parte de los secuestradores, operaba la hermana de Santucho y el Dr. Raúl Ricardo Alfonsín.

Gorriarán Merlo hizo mención a una entrevista que tuvo, estando en prisión, con un ejecutivo de Fiat, con el motivo de intentar su intercesión en la negociación por la libertad de Sallustro.

¿Cuál fue el saldo del luctuoso suceso?

De primera movida, un alboroto general en los máximos niveles políticos, empresariales y vaticanos en Italia. Es comprensible la conmoción de parte de la opinión pública internacional ante el secuestro y asesinato de Sallustro, lugarteniente de uno de los principales capitanes de industria de Europa, Agnelli, y miembro de los Estados Mayores Políticos creados por las mayores transnacionales: Bilderberg y el Club de Roma. También integraría, en 1973, cuando su fundación pública, la Trilateral Comisión.

En realidad, sus quejas se dirigían más al hecho que, según altos círculos, el gobierno argentino no habría facilitado las negociaciones entre la Fiat y la organización subversiva para acordar el rescate extorsivo. Sallustro murió cuando ya estaba localizado por la policía y esta iniciaba el asalto a la casa

«operativa». Por otro lado, ¿qué obstrucción puso el gobierno para que uno de los principales dirigentes políticos radicales, Raúl Ricardo Alfonsín, actuase como mediador, pero junto a la hermana de Santucho, en las tratativas que efectivamente tuvieron lugar?. Posteriormente, ¿desmintió la empresa automotriz las declaraciones de Gorriarán Merlo?

Aquí entramos en el cono de sombras que encubre las vinculaciones entre el PRT-ERP y el radicalismo, en su sector antitradicional.

Comenzaré por traer a colación un hecho inicial, significativo en extremo: el Dr. Alfonsín estuvo vinculado a la defensa de Roberto Mario Santucho y de Silvia Montanaro. Otro eslabón que entre los captores de Sallustro figuró Benito Urteaga, hijo de un diputado radical del período Illia, que resultaría muerto, junto con Santucho, al resistirse a la comisión que dirigió, para su detención, el Capitán Leonetti, caído también en ese episodio. Debo insertar, otra vez, la admisión de Alfonsín, siendo presidente, que en los cuadros del PRT-ERP abundaban elementos procedentes del radicalismo.

¿Fueron éstos los únicos indicadores de una relación orgánica entre una parte del partido político derrocado del poder, en 1966, y la organización subversiva?

Categóricamente, no. Hay una evidencia documental que sobrepasa, con creces, lo jurídicamente circunstancial. En 1967, la «interna» alfonsinista creó un agrupamiento juvenil en su cúpula. Eligió el sugestivo nombre de «Junta Coordinadora Nacional», teniendo en cuenta que siete años después el PRT-ERP crearía, con el nombre de «Junta Coordinadora Revolucionaria», un «Estado Mayor Conjunto» de las bandas subversivas de Chile, Bolivia, Uruguay y Argentina. Quedaron afuera, por «tacticismo», los montoneros.

Pues bien, la «Junta Coordinadora Nacional» produjo, apenas conformada, un documento con un proyecto doctrinario. Su título fue «Declaración de Setúbal», por la localidad santafecina donde se emitió públicamente, posteriormente renovada ante situaciones críticas de la vida nacional: la imposición del Proceso de Reorganización Nacional y la Guerra de las Malvinas.

Su «idea-fuerza», su tema, es el concepto, literalmente neomarxista, como la base ideológica del PRT-ERP, de la «contradicción fundamental» de índole «imperialista» entre el «campo del pueblo» y el «campo del antipueblo». En éste último destaca, entre los aliados del imperialismo occidental, las Fuerzas Armadas nacionales, «ejército de ocupación de su propio territorio».

Al desestimar como principal contradicción la que opone la clase obrera contra la burguesía capitalista, el documento realza, como nuevo aporte -asegura su texto-, un principio doctrinario «superador de las limitaciones históricas del comunismo en América Latina».

Este pretendido descubrimiento ideológico no nos es extraño, ni es, en sí mismo, novedad alguna. Está tomado del documento de 1964 que comenté anteriormente: «Del Peronismo al Tercer Movimiento Histórico», donde se establece que dicha noción es de Mao Tse Tung. Estamos, por consiguiente, ante otro engarce.

En el gobierno de la «renovación» alfonsinista, los «coordinadores» reivindicaron la fusión superadora, en un «Tercer Movimiento Histórico», con la otra «renovación», la justicialista.

No hay contradicción ideológica alguna entre la postura inicial de los «coordinadores» en 1967 y la posición economicista que mantuvieron entre 1983 y 1989, durante su participación gravitante en el gobierno de Alfonsín. Es el mismo fenómeno que reaparece entre los ex montoneros -al decir de algunos de ellos- que hoy ocupan cargos espectables.

Fácilmente se comprueba que en ambos casos no hubo, ni hay, contradicción esencial alguna con sus fuentes ideológicas respectivas, a condición que sus comportamientos de antes y de ahora sean analizados desde el enfoque del verdadero neomarxismo, no del que utilizan sus vulgarizadores de barricada.

Estructuras principales de la banda subversiva PRT-ERT

Cuando el PRT realizó, entre el 28 y el 31 de julio de 1970, en la isla Magnasco, perteneciente al grupo insular de las Lechiguanas, frente a San Nicolás de los Arroyos, su Vto Congreso en la clandestinidad, celebró la última reunión de su máxima autoridad en el país.

Hasta entonces constituía la «Sección Argentina» de la IV Internacional Trotzkista, pero en dicho «Congreso», el «Sector 'El Combatiente'», liderado por Santucho, se impuso al «Sector 'La verdad'» de Hugo Bressano, que fue expulsado, y la organización subversiva adhirió al castroguevarismo y creó el «Ejército Revolucionario del Pueblo» (ERP), para reestructurar definitivamente su aparato armado terrorista, preexistente y bastante fogueado.

El PRT se conducía por un Comité Central que, dada la imposibilidad de reunir nuevos Congresos, convalidaba en un Comité Central Ampliado, todo lo decidido por Santucho, que unificaba en su persona tanto las funciones de Secretario General del PRT como las de Comandante en Jefe del ERP. Disponía del asesoramiento de un Buró Político del PRT y de un Estado Mayor del ERP. Cuando la muerte de Santucho, lo reemplazó Kremer, quien finalmente disolvió, desde su «exilio» el Comando en Jefe del ERP.

La estructura política del PRT se dividía en «Regionales», que a la vez lo hacían en «Zonas». Yuxtapuesta, la estructura de

«Combatientes» del ERP tenía «Compañías» permanentes, de las que dependían «Secciones», «Pelotones» y «Grupos de Combate». Las «Compañías» fueron: en Tucumán, la «Compañía de Monte 'Ramón Rosa Giménez'», cruentamente rechazada en Catamarca; en el centro-norte del país, la «Compañía 'Decididos de Córdoba'»; en el litoral, la «Compañía 'Combate de San Lorenzo'»; en el sur, la «Compañía 'Héroes de Trelew'», y en el conurbano bonaerense, la «Compañía 'Héroes de 1917'».

Para el ataque a la unidad de Monte Chingolo, con ataques simultáneos contribuyentes desde la Capital Federal hasta La Plata, se creó un «Batallón Urbano 'José de San Martín'», con apoyo montonero y de otras organizaciones terroristas. En lo que respecta a su apuesta rural con la «Compañía de Monte 'Ramón Rosa Giménez'», a fines de 1975 intentó elevarla al rango de mayor unidad de combate, vale decir, que fuese un «Batallón de Monte», pero fue rápidamente abortado.

A la inversa de 1973, cuando 850 terroristas de un total de 1.100 estaban detenidos, en la proximidad de las Navidades de 1975 los 24.000 efectivos estaban en aptitud de continuar reclutando adeptos, aparte de los 80.000 adherentes que, por razones ideológicas, familiares o económicas, colaboraban en todo el país con la guerrilla. En lo que se refiere a material bélico, contaba con más de 25.000 armas cortas, 10.000 armas largas, armas pesadas de apoyo, comenzaba a disponer de misiles de infantería, los RPG-7 soviéticos, y explosivos en gran cantidad.

La mayor parte provenía de los robos efectuados en unidades militares y policiales, algo de compras en el exterior y, en mínima parte, de prototipos, hecho que mencioné; intentados fabricar en sus talleres clandestinos, como la «yarárá», pistola ametralladora inspirada en la «Carl Gustav» sueca.

Se fabricaba exógeno, potente explosivo ideal para perpetrar atentados, en fábricas disimuladas fijas y también mudables. En

1978, una fábrica móvil de exógeno fue sacada del país hacia San Pablo, Brasil, y luego de mantenerla oculta e inactiva fue vendida, en una cifra millonaria, a la Organización de Liberación Palestina (OLP).

Respecto de la inteligencia del PRT-ERP, la reunión informativa se realizaba, lógicamente, a través de los infiltrados en los diversos «frentes» o ámbitos sociales, empresariales y políticos. Esto en el marco interno nacional, ya que en el ámbito exterior - como lo precisé - pueden haber recibido hasta inteligencia elaborada por estructuras subversivas locales o servicios especiales de los Estados que los subvencionaban como «exiliados» políticos.

Otra fuente pueden haberlo sido, en oportunidades, las multinacionales, núcleos del capitalismo moderno -»anarcocapitalismo», como orgullosamente las calificó Friedman, hijo del premio Nobel de Economía, y economista también él-, que se fueron convirtiendo rápidamente en auténticos centros de decisión política. Al respecto, no puedo dejar de parafrasear una lúcida reflexión en el libro del Teniente Coronel (retirado) Mario Orsolini «Montoneros. Sus proyectos y sus planes» (Círculo Militar), donde señala que su proyecto ideológico mundialista, entre otras connotaciones, «le conceden semejanzas pragmáticas con el proyecto económico de la Comisión Trilateral». Lo mismo es aplicable al PRT-ERP, punto por punto.

Como una suerte de «División Internacional del Trabajo» los grupos de abierta identificación marxista-leninista buscaron un entrismo en sectores del radicalismo, mientras que los «Montoneros» buscaban adentrarse, disimulando la misma ideología de aquellos, en el peronismo.

que el 1987, año en el que se cumplió el 25º aniversario de la Revolución, se realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 1988, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia. En el año 1989, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 1990, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia. En el año 1991, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia. En el año 1992, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 1993, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia. En el año 1994, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 1995, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 1996, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 1997, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 1998, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 1999, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 2000, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

CAPITULO XVIII

INFILTRACIONES A LA INTELIGENCIA DEL ERP

En el año 2001, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 2002, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

En el año 2003, el JAT realizó una serie de operaciones militares que permitieron la victoria de las FARC en la batalla de Tancón, en el sur de Colombia.

Algunos de los casos de infiltración de la inteligencia de Ejército en los cuadros de la banda subversiva, fue el protagonizado por Jesús Ranier, alias «El Oso». No estuve relacionado con su control, pero sabía de él y los detalles me los refirió prolijamente uno de mis superiores del Batallón de Inteligencia.

Se trataba de un «doblado», que había militado en las «Fuerzas Armadas Peronistas» (FAP), y que el general (retirado) Iñiguez, cuando era Jefe de la Policía Federal, lo había pasado al control del Batallón de Inteligencia cuando «El Oso» ya estaba infiltrado en el PRT-ERP. Sus trabajos informativos en el seno de la banda subversiva habían sido magníficos, a raíz de los cuales se le infligieron al ERP, en particular, más de ciento veinte bajas.

Tuve la suerte, no cabe otro término, de hacer un operativo con este colaborador. Nos informó que debía transportar, con otro subversivo, un número de fusiles FAL en la camioneta Ford. Convine con él cuándo y en qué lugar lo detendríamos. Todo sucedió acorde a lo planeado. Al detener al verdadero erpío, que oficialaba de conductor, el «Oso» simuló, con brillante profesionalismo, una maniobra de evasión. Actuamos de modo convincente, simulando, a nuestra vez, improbos esfuerzos para atraparlo, sin, por supuesto, hacerlo. La policía demoró casi medio día en descubrir el «embute» con el armamento. En algún momento, me llegaron a decir que la información no era buena. Todo se aclaró y los «Fals» fueron encontrados. Siempre pensé que en ese operativo había salvado mi vida, una vez más, pues era posible que el traslado a Córdoba del armamento lo hacían para atacar mi unidad. A los pocos días descubrimos una «casa operativa» a una cuadra del Destacamento de Córdoba, desde donde nos chequeaban.

Este fue uno de los últimos operativos de Ranier. El Batallón quiso retirarlo una vez que estuvo en antecedentes del planeado

ataque al Batallón de Arsenales 601 «Domingo Viejo Bueno», logrando establecer las fuerzas terroristas a empeñar y el plan de acción. No supo la fecha exacta del asalto ni como serían empleados los efectivos ofrecidos por la banda misionera. Insistió en permanecer infiltrado para averiguar todo, asegurando que su cobertura lo hacía insospechable. Sin embargo, el comando subversivo, no se sabe por qué medio, tras el fracaso rotundo del intento, y reconociendo en su comunicado público «que el enemigo conocía de la acción, el día aproximado que se realizaría, tenía una idea general de las contenciones preparadas, etc.», sometió a interrogatorio a Ranier y lo mató el 13 de enero de 1976. Deseo que próximamente se pueda narrar en un libro especialmente esta operación de inteligencia.

Se podría decir, ya que lo confirmó Gorriarán Merlo, el asunto que se había modificado el retardo de los estopines de las granadas, cosa que había hecho el «Oso». Nuestro agente acortó el tren de fuego de las granadas, a efectos de que estallasen muy rápidamente, con el consabido riesgo para sus lanzadores.

Otro caso, por mí conocido, fue el de «Chapita», un semianalfabeto que había logrado infiltrarse en el «ERP 22 de agosto», desprendimiento del PRT-ERP. Astilla del castro-guevarismo, igual que su tronco, había lanzado cohetes contra el Batallón de Inteligencia.

«Chapita», cuya infiltración ya lo había llevado a operar como chofer del Secretario General de la banda, suministró información detalladísima y muy importante.

Una vez procesada y armado el «mosaico» correspondiente, permitió el montaje de un gran operativo. A resultas del mismo fueron detenidas dos centenas de subversivos, lo que dejó a la organización terrorista poco menos que desmantelada.

«Chapita» también logró infiltrarse en una célula de las «Fuerzas Armadas Revolucionarias» (FAR), que manejaba la mujer de Marcos Osatinsky, cuyos alias eran «Quica» o «Jenny». Pero este caso es una breve desgreción, pues el tema en relación es la inteligencia del ERP y, por otra parte, me referí al mismo en un capítulo anterior.

Nuestro acceso y control de la inteligencia del ERP

A comienzos de 1977, destinado en el Batallón de Inteligencia 601, debí enfrentar, por orden de una de las máximas jerarquías, una tarea que comportaba un desafío de no fácil resolución.

La misión consistía en obtener información por parte de un subversivo detenido en un procedimiento y confinado en un lugar de detención. El subversivo en cuestión no había declarado nada en el lapso de veinte días que había caído en poder de las Fuerzas Legales.

En realidad, estaba identificado y se trataba de una jerarquía del ERP de altísima importancia. Era, ni más ni menos, el jefe de inteligencia de la banda erpiana. Tenía, en la organización subversiva, el grado de «Teniente» y su alias era «Pancho». Su historial estaba claro: de apellido «Cocoz», nacido en Entre Ríos, había cursado el Liceo Militar «General Belgrano» de Santa Fe, y había egresado como subteniente de la reserva. Militante subversivo de primer momento, había sido amnistiado, en bloque con todos los terroristas detenidos y condenados, por el gobierno de Cámpora, en 1973.

«Cocoz» había sido herido en una pierna. Su reticencia a declarar parecía ser un rasgo actitudinal suyo, ya que el mismo comportamiento había tenido en su detención anterior a 1973. Se trataba, evidentemente, de un individuo de carácter y voluntad

fuertes, reforzadas, en parte, por su paso por una institución secundaria como el Liceo, con su formación militar y, por sobre todo, por su ideología y la convicción de la responsabilidad que su cargo comportaba. Del rescate que le cobraron a la «Esso», de 14 millones de dólares, durante días llevó 4 millones en un auto. Me explicó el por qué no había desertado. Con esto, quiero explicar que tuvimos que enfrentar a una organización que estaba dispuesta a todo.

¿Cuál era el motivo de mi designación para tratar de persuadirlo y tratar que rompiera su mutismo, cuando habían fracasado otros que lo abordaron con el mismo propósito? Estoy convencido que se tuvo en consideración mi amplia experiencia con doblados, casi desde los inicios de mi ingreso en las actividades de la especialidad. Ya llevaba ocho años en ella y estaba entrando en el último año en actividad. Cuando me retiré, estaba convencido que había dado mi carrera a la Patria, a su defensa, que había cumplido con la misión: «defender los más caros intereses de la Nación». Antes de retirarme, me informaron que iba a ser condecorado. Manifesté que «no lo aceptaría, ya que no había hecho, nada más ni nada menos, que cumplir con mi deber; con eso me bastaba».

Durante los dos primeros días que estuve con el detenido, se limitó a responder de modo muy parco a mis intentos de abrir el diálogo. Al tercer día le llevé unos libros que, por intuición imaginé que contribuirían a desbloquear la dura reticencia de «Pancho». Todo ello, acompañado por breves consideraciones mías sobre la inutilidad de obstinarse en callar, en vez de tratar de negociar, a cambio de modificar su actitud, algo que representase mucho interés para él.

Este tipo de argumentación, en el cual ya insistía desde varios ángulos, comenzó a rendir sus frutos. Gradualmente, comenzó a insinuarme, primero, y a confesar luego, su honda preocupación por la suerte de su mujer y su hijo.

Recuerdo, como si hubiese sucedido ayer, la certeza que me invadió de haberme ganado su confianza. De ahí a constituirme en una suerte de tabla de salvación para su problema, para pasar a ser su confidente y mediador, no había más que un paso, psicológicamente hablando.

Considerando que había llegado al instante preciso, me decidí a pactar directamente lo fundamental: la información que poseía, sin escamoteo alguno, a cambio del envío de su mujer e hijo a Europa. La negociación se haría efectiva en dos etapas. En la primera, constatada ya la presencia de su familia en Europa, «Pancho» me confiaría el 70% de lo que conocía. La segunda etapa consistía en la liberación del propio «Pancho»: contra el 30% de la información restante, le garantizaba su traslado y puesta en libertad en un país limítrofe.

De este pacto, la superioridad aceptó la primera fase, no así la segunda, en virtud que Cocoz estaba involucrado en el asesinato del Coronel Mendieta, en el barrio de Caballito. A este oficial lo recuerdo con mucho afecto por haberlo tenido como profesor en la Escuela de Caballería. En todo caso, con este impedimento, la aceptación del pacto quedaba librada a la decisión que pudiese tomar la mujer de Cocoz, María Cristina Isabel Zamponi, nacida en Rosario, muy bonita, había sido modelo cuando era más joven, tenía unos ojos chispeantes y no era muy alta, unos 1,65m., más o menos. También era integrante del órgano de inteligencia del PRT-ERP, y su alias era «María Cristina Loguancio». Al igual que su marido, había sido liberada en 1973 y tenía orden de captura.

«Pancho» me dió el domicilio de su esposa y una carta para ella, en la que le instruía sobre la conveniencia de aceptar las condiciones que propuse. De inmediato me apersoné en el lugar, con dos camaradas. La vivienda era alquilada, cerca de la estación Martínez, y en ella vivía con su hijo y su madre.

Mi primer contacto la atemorizó, pero comenzó a tranquilizarse

a medida que le comentaba las ventajas que su marido ya le había consignado en la carta. Gran emoción le causó el saber que estaba vivo. La interiorizé de los detalles de su traslado al exterior. Esperaba que aceptara en poco tiempo, lo que efectivamente hizo. Viajaría a París, Francia, con su hijo de tres años de edad, y una vez instalada, se comunicaría telefónicamente con su marido, con un número que yo le daría a esos efectos.

Dada la calidad de cuadro subversivo de la guerrillera, le hablé con la crudeza que la situación imponía. Ambos, con signos ideológicos opuestos, podíamos utilizar un lenguaje preciso y directo. No le prometí nada sobre la situación de su marido, en orden al asesinato del Coronel Mendieta, y le advertí que desde ese mismo momento debía acatar mis órdenes y estaría vigilada.

La gestión del traslado de la mujer y de su hijo demandaron casi dos meses. La veía con frecuencia, a pedido suyo, e intenté doblarla, pero sin éxito. Demostrando habilidad y experiencia, logró que accediera a tener una entrevista altamente promisoria con el padre de «Pancho». Lo conocí en el Aeropuerto de Buenos Aires, y en la conversación que mantuvimos me manifestó que no compartía, en nada, la ideología de su hijo. Sabía que integraba la cúpula del PRT-ERP, que había estado preso y amnistiado y que era responsable de delitos perpetrados por la organización terrorista. Me impactó la entereza de este paisano, hombre de bien, que aceptaba la realidad dramática de la vida de su hijo. Solamente pude responderle que el destino del guerrillero no estaba en mis manos. Al despedirse, me ofreció su casa y me rogó le hiciese llegar su recuerdo de padre a «Pancho».

En oportunidad de viajar su esposa, no obstante sus promesas siempre sospeché que trataría de contactarse con el ERP un vez en Europa. Se confirmaron mis aprehensiones años después, cuando, a mediados del corriente año, el hecho fue referido por el mismo Gorriarán Merlo en declaraciones públicas. La mujer se radicó en Barcelona, España, desde donde me llamó y me dejó un número

Recuerdo, como si hubiese sucedido ayer, la certeza que me invadió de haberme ganado su confianza. De ahí a constituirme en una suerte de tabla de salvación para su problema, para pasar a ser su confidente y mediador, no había más que un paso, psicológicamente hablando.

Considerando que había llegado al instante preciso, me decidí a pactar directamente lo fundamental: la información que poseía, sin escamoteo alguno, a cambio del envío de su mujer e hijo a Europa. La negociación se haría efectiva en dos etapas. En la primera, constatada ya la presencia de su familia en Europa, «Pancho» me confiaría el 70% de lo que conocía. La segunda etapa consistía en la liberación del propio «Pancho»: contra el 30% de la información restante, le garantizaba su traslado y puesta en libertad en un país limítrofe.

De este pacto, la superioridad aceptó la primera fase, no así la segunda, en virtud que Cocoz estaba involucrado en el asesinato del Coronel Mendieta, en el barrio de Caballito. A este oficial lo recuerdo con mucho afecto por haberlo tenido como profesor en la Escuela de Caballería. En todo caso, con este impedimento, la aceptación del pacto quedaba librada a la decisión que pudiese tomar la mujer de Cocoz, María Cristina Isabel Zamponi, nacida en Rosario, muy bonita, había sido modelo cuando era más joven, tenía unos ojos chispeantes y no era muy alta, unos 1,65m., más o menos. También era integrante del órgano de inteligencia del PRT-ERP, y su alias era «María Cristina Loguancio». Al igual que su marido, había sido liberada en 1973 y tenía orden de captura.

«Pancho» me dió el domicilio de su esposa y una carta para ella, en la que le instruía sobre la conveniencia de aceptar las condiciones que propuse. De inmediato me apersoné en el lugar, con dos camaradas. La vivienda era alquilada, cerca de la estación Martínez, y en ella vivía con su hijo y su madre.

Mi primer contacto la atemorizó, pero comenzó a tranquilizarse

a medida que le comentaba las ventajas que su marido ya le había consignado en la carta. Gran emoción le causó el saber que estaba vivo. La interioricé de los detalles de su traslado al exterior. Esperaba que aceptara en poco tiempo, lo que efectivamente hizo. Viajaría a París, Francia, con su hijo de tres años de edad, y una vez instalada, se comunicaría telefónicamente con su marido, con un número que yo le daría a esos efectos.

Dada la calidad de cuadro subversivo de la guerrillera, le hablé con la crudeza que la situación imponía. Ambos, con signos ideológicos opuestos, podíamos utilizar un lenguaje preciso y directo. No le prometí nada sobre la situación de su marido, en orden al asesinato del Coronel Mendieta, y le advertí que desde ese mismo momento debía acatar mis órdenes y estaría vigilada.

La gestión del traslado de la mujer y de su hijo demandaron casi dos meses. La veía con frecuencia, a pedido suyo, e intenté doblarla, pero sin éxito. Demostrando habilidad y experiencia, logró que accediera a tener una entrevista altamente promisoria con el padre de «Pancho». Lo conocí en el Aeropuerto de Buenos Aires, y en la conversación que mantuvimos me manifestó que no compartía, en nada, la ideología de su hijo. Sabía que integraba la cúpula del PRT-ERP, que había estado preso y amnistiado y que era responsable de delitos perpetrados por la organización terrorista. Me impactó la entereza de este paisano, hombre de bien, que aceptaba la realidad dramática de la vida de su hijo. Solamente pude responderle que el destino del guerrillero no estaba en mis manos. Al despedirse, me ofreció su casa y me rogó le hiciese llegar su recuerdo de padre a «Pancho».

En oportunidad de viajar su esposa, no obstante sus promesas siempre sospeché que trataría de contactarse con el ERP un vez en Europa. Se confirmaron mis aprehensiones años después, cuando, a mediados del corriente año, el hecho fue referido por el mismo Gorriarán Merlo en declaraciones públicas. La mujer se radicó en Barcelona, España, desde donde me llamó y me dejó un número

de teléfono. Cuando viajé a Europa, como lo relaté, evité todo contacto con ella, dadas mis dudas. La esposa de Pancho me había «vendido». Yo cumplí lo pactado.

El primer paso del pacto se concretó con la comunicación telefónica acordada. «Pancho» comenzó a colaborar, y la información que me brindó permitió nuestro acceso a los siguientes casos, de inestimable valor:

a) Caso del archivo de inteligencia y contrainteligencia del PRT-ERP

Se encontraba en una casa precaria de una «villa miseria». En un sótano de material encontré todo el archivo de la organización, que incluía grabaciones. De la documentación que, de inmediato y con todo recaudo, trasladé al Batallón de Inteligencia, surgieron hechos de toda clase, en relación a vinculaciones que tenían los subversivos. Habían policías que recibían «coimas» por colaborar. Dos oficiales del Ejército estaban relacionados a la inteligencia subversiva, y los traidores quedaron identificados, como muchas otras personas de diversas profesiones y actividades. Decidí no pedir el arresto a la mujer que cuidaba la casa, al comprobar que no pertenecía al ERP y no agregaría nada, por su bajísimo nivel cultural, al valioso archivo capturado.

b) Caso de la célula en el Banco Central

Nunca imaginé que bajo un gobierno de facto militar funcionase en el Banco Central de la República Argentina una célula que proveía información económica. Ante esta información de «Pancho» no dudé un ápice y actué en consecuencia. Estaba integrada por un ex funcionario del FMI, un contador que había hecho una maestría en Economía en la Universidad de Chicago, de apellido Gómez, por otro contador cuyo nombre no recuerdo, y por Ricardo Arriazu, asesor del presidente de la entidad, Adolfo Díz.

Desde su lugar de detención, «Pancho», convencido que sus informantes ignoraban su situación, se comunicó telefónicamente con ellos, utilizando sus nombres de guerra, y los citó por separado. A Gómez lo detuvimos en un lugar donde había sido citado. Confesó ampliamente, reconociendo la envergadura de la información que pasaba a la subversión, y quedó detenido a disposición del Poder Ejecutivo.

Ricardo Arriazu corrió la misma suerte, concurrió a la cita convenida y lo detuvimos. Lo trasladamos a una unidad militar, donde confesó ser informante de la banda subversiva, a través de su aparato de inteligencia, y detalló la marcha del plan económico.

Insólitamente, recibimos la orden de liberar a este «señor». La liberación fue pedida por el entonces Ministro del Interior, General Harguindeguy, y el Ministro de Economía, Martínez de Hoz. Arriazu, pese a las pruebas aplastantes en su contra, continuó siendo asesor de Díz, y en la actualidad sigue operando en el mundo financiero.

c) Caso de la vinculación Perrota e inteligencia del PRT-ERP

Este caso, para encararlo, ofrecía la dificultad de involucrar a un personaje de vasta actuación en círculos cercanos al Poder. Se trataba del propietario de «El Cronista Comercial», Rafael Perrota. Abogado, se domiciliaba en plena Recoleta, frente a «La Biela».

Según me contó «Pancho», se negoció con Perrota la compra del diario, sin llegar a un acuerdo. Perrota realizaba almuerzos en su piso frecuentemente, tanto para embajadores de países socialistas como para los cuerpos diplomáticos de países occidentales. Era siempre invitado el Dr. José Alfredo Martínez de Hoz, al que llamaba Joe, todavía ministro de Economía. De los datos que obtenía en estos eventos, Perrota elevaba amplios informes a la inteligencia subversiva. Además, pasaba «chequeos» que hacia a empresarios conocidos, tal vez de algunos amigos suyos, vecinos

en el más aristocrático «country» de la Argentina. Me refiero al barrio ubicado en Villa la Angostura, Neuquén, denominado «Cumelén».

Muchísimas conversaciones telefónicas ordené hacer a «Pancho» con Perrota. Lo manteníamos controlado todo el tiempo que podíamos. Le ordenaba a «Pancho» que lo citara y siempre concurría a las citas. Al poco tiempo, Rafael Perrota desapareció. Según lo que pude investigar, pueden haber pasado varias cosas:

- Podría ser víctima de un secuestro extorsivo, como lo denunció su familia, cometido por delincuentes comunes. Un hijo, encargado de pagar el rescate, puede haberse quedado con el dinero, ya que al poco tiempo empezó a ser el amante de la mujer que lo había sido de su padre, y que vivía en un departamento próximo al Zoológico. ¿Lo habría matado la banda de delincuentes, al no pagarse el rescate?

- Hay una versión poco creíble de Jacobo Timerman, que lo habría visto a Rafael Perrota en un centro de detención.

- ¿Podría haber sucedido que, por sus vinculaciones con ciertos ámbitos del poder, fue alertado que había sido descubierto y, entonces habría optado por fugarse a algún país que le diese protección?

- ¿O bien algún grupo, con mucho poder, haya decidido silenciarlo para siempre, pensando que si hablaba podía comprometer a muchos?

Pero con este episodio de «vaudevil» francés no finaliza mis conocimientos sobre las actividades de Perrota. «Pancho» le reveló al superior que me había encomendado la misión de que se franquease, que antes del intento erpiano-montonero de copar la unidad militar de Monte Chingolo, se había realizado una reunión

altamente secreta en casa de Perrota. En ella habían estado el dueño de casa, «Pancho», el doctor Alfonsín y otro político, importante, además de Santucho. Se le ofreció a Alfonsín ser embajador itinerante del PRT-ERP por el mundo, oferta que aceptó, pero que resignó luego del estrepitoso fracaso del ataque a Monte Chingolo.

d) Caso Souto

Se trata de otro colaborador de la inteligencia de la organización terrorista. Era un verdadero mercenario, al decir del propio «Pancho». Souto era muy amigo de un General muy prestigioso. La organización subversiva le pagaba un sueldo equivalente al precio de un Peugeot 504 por mes. Gozó de cierta confianza que le dispensó el Teniente General Perón a su retorno al país. Souto fue quien le tomó una fotografía, en ropas de dormir, al entrar a su baño de la casa de Gaspar Campos.

La fotografía, ampliamente difundida en ciertos círculos, sirvió para que la organización amenazara a Perón, quien estaba muy preocupado por la infiltración, sin saber quién era.

Souto fue detenido y confesó ampliamente, al verse totalmente descubierto.

e) Caso de las relaciones de Santucho con la Esso

«Pancho» me aseguró, en este tipo de confidencias, que Santucho había tenido contactos con directivos de la Empresa ESSO, aún después del secuestro de Samuelson. Había sido una relación semejante a la que mantienen en la actualidad los Born con Galimberti y otros montoneros. El interés de la multinacional petrolera permitió que el propio Santucho llevara adelante conversaciones referidas a la explotación del petróleo, en un presumible Estado socialista, si la guerrilla ganaba la guerra.

CAPITULO XIX

DERRUMBE DE LA CUPULA ERPIANA

La Inteligencia Militar obtuvo, por medio de un oficial, la información que un médico, conocido suyo desde la escuela secundaria, lo había ido a ver para confiarle que él era médico del ERP y su mujer, probablemente estaba detenida. Proponía un canje: la libertad de su mujer y la suya a cambio de la entrega de dos citas, una con el cabecilla Menna y la otra con el jefe de logística.

La Superioridad requirió la opinión de los oficiales subalternos de mayor experiencia. Mi opinión, apoyada por camaradas de mi nivel, entendía que era sumamente importante la detención de Menna y del jefe de logística, pero el golpe realmente fundamental era «tocarlo» a Santucho, cuya personalidad y liderazgo galvanizaba a esta organización guerrillera. Para ello, la utilización del citado médico como doble agente constituía, en principio, el mejor camino para intentar llegar al «blanco»: Santucho. Su neutralización equivaldría, de lograrse, a una verdadera decapitación del PRT-ERP.

Las jefaturas -que seguramente ya habrían arribado a dicha conclusión- consideraron atinada la apreciación. Ignoro, a partir de allí, como se explotó la información. Lo cierto es que concertó, a través del colaborador, la cita con Menna. Ella significó su captura y la apropiación del material que el terrorista llevaba consigo, con documentación de identidad a nombre de Ferrate Echague, presunto vendedor de maderas, con los comprobantes de dicha actividad. El historial fraguado estaba elaborado con mucha verosimilitud para sus movimientos.

Entre los papeles, le encontramos el alquiler por un nebulizador destinado a una dirección de Villa Martelli. En ese punto, Menna estaba en un lugar de detención y comenzó mi intervención en el caso. Sabíamos que Menna tenía un hijo asmático y la deducción del alquiler del nebulizador era lógica y directa: su destinatario era la criatura enferma.

Ante la duda de si Menna llevaba encima, efectivamente consignada en el recibo, la verdadera dirección de su domicilio, se dispuso que un grupo de operaciones especiales de Inteligencia Militar, al mando del Capitán Juan Carlos Leonetti, concurriese al lugar. La dirección existía: se trataba de un edificio de departamentos ubicado en Venezuela 3145, 4to, «B», a una cuadra de la Panamericana y General Paz, en Florida, Provincia de Buenos Aires.

La coyuntura era altamente crítica para el cabecilla máximo de la guerrilla erpiana. Las cúpulas de la «Junta Coordinadora Revolucionaria» y del PRT-ERP, detectadas en una quinta de Moreno, en la Provincia de Buenos Aires, habían logrado fugar en parte el 28 de marzo de 1976. Habían caído 12 terroristas, entre ellos un integrante de su Inteligencia. El 19 de julio de 1976, cuando Leonetti realizó el procedimiento, Santucho y sus acompañantes del departamento debían partir para Cuba.

Allí estaba Santucho, Urteaga, su sucesor aparente. Si bien la misión habría sido de constatación de la información, un «sexto sentido» en Leonetti le indicó que no debía dejar de operar de inmediato y retornar para montar una operación con todos los medios, pues Santucho ya estaba presto a salir de allí para emprender su fuga al exterior.

Leonetti fue el primero en irrumpir, pistola en mano, y requirió la identificación de ellos, obviamente falsificada. Urteaga le «vende» un minuto al militar y cuando este, a punto de retirarse, se asomó a la cocina, Santucho, creyendo haber sido reconocido, se lanzó sobre él, le aferró la mano que empuñaba la pistola y, en el forcejeo, logró torcerla apuntando hacia el cuello de Leonetti y oprimir el gatillo.

Apenas caído, herido de muerte, Leonetti, sus acompañantes, abatieron de inmediato a Santucho y a Urteaga. El erpiano Eduardo Raúl Merbilhaá, que vivía un piso más abajo, aprovechó para huir.

¿Cuál fue la consecuencia para la guerrilla del PRT-ERP? El mando fue asumido por una dirección colegiada integrada por Eduardo Raúl Merbilhaá, pronto desaparecido, en setiembre de 1976, quizá por disidencias o pujas por el poder con los otros dos triunviros: Enrique Haroldo Gorriarán Merlo -que se escindió de la organización terrorista, pero no permaneció en el país con los 5.000 efectivos remanentes- y Arnold Juan Kremer, alias «Comandante Luis Mattini».

Este último, mantenido por sectores oficiales del gobierno sueco, convocó al VI Congreso del PRT, celebrado a orillas del lago Garda, en Italia, que disolvió al ERP, ya aniquilado. Con la restauración de la democracia volvió al país, se afilió al Partido Comunista Argentino moscovita y se dedicó a tareas periodísticas y labores artesanales en la fabricación de muebles.

En una palabra, el PRT-ERP había sido decapitado y el certificado de defunción de esa guerrilla fue extendido por su propia conducción política. Sus acciones finales empeñaron a sectores juveniles denominados «Juventud Guevarista» que tenían entre 16 y 18 años. Parecía la debacle del ejército alemán que debió convocar a sus últimas líneas de defensa, a casi niños.

Dos tipos sociales protagonizaron el trascendental hecho. El capitán Leonetti, ascendido *pos mortem* a Mayor por «Muerto Heroicamente en Combate». Encarnó la personalidad social de un tipo humano indisociable de la carrera militar: la vocación del sacrificio heroico. Aunque éste sea, lamentablemente, un modelo ajeno al materialismo de turno.

Santucho fue la imagen invertida de este arquetipo. Personal y políticamente, no dejó de ser un frío asesino profesional que, en vez del hampa, eligió el submundo de la guerrilla, con perfecto conocimiento de los medios y la eficacia terroristas. Fue un producto típico de la expansión terrorista internacional durante esa década.

En un mensaje a la «Conferencia Tricontinental» de La Habana, en 1966, reproducido en la publicación interna de las «Brigadas Rojas» de Italia -«Controinformazione», de julio de 1978-, el «Che» enfatizó: «Por encima de todo, debemos mantener vivo nuestro odio y realzarlo hasta el paroxismo. El odio como factor de lucha, el odio intransigente contra el enemigo, el odio que puede impulsar a un ser humano más allá de sus límites naturales y convertirlo en una máquina para matar, fría, violenta, selectiva y eficaz».

En su «Mini-Manual de las guerrillas urbanas», el terrorista brasileño Carlos Marighela sostuvo el asesinato como algo natural: «es la única razón de existir de las guerrillas urbanas». Importa la identificación del cadáver elegido como blanco, y también se busca el efecto paralizante sobre los espectadores. Volvemos al genio inspirador de siempre, Lenin, que recordó varias veces: «la finalidad del terror es aterrorizar».

Santucho, al igual que su modelo y antecesor, Ernesto Guevara, tuvo una imagen algo confusa pero hasta cierto punto reconfortable para la subversión. Es más fácil explicar cómo se impuso que por qué se hizo. Cierta literatura le confirió el extraño privilegio de apartarlo, en un casillero especial, de los otros cabecillas de la guerrilla terrorista. No es el «loco de la guerra», rayano en «agente provocador», de Gorriarán Merlo, ni el «doble agente» Firmenich, causante deliberado de la «masacre» de los que Ernesto Sábato -apologista de la «Revolución Argentina» en 1966- llamó «jóvenes idealistas o adolescentes sensibles».

Su «biógrafa» María Seoane, en «Todo o Nada», lo presenta como un «místico» errado, «puro e incontaminado», incapaz de abandonar la lucha y caído en combate.

Son múltiples los hechos que, en realidad, deberían establecer una comparación de Santucho con el venezolano Carlos Illich Ramírez, el «Chacal», quién manifestó que: «Abandonaría todo por la Revolución. La Revolución es la euforia suprema» y que el

marxismo «fue siempre mi religión», algo «hereditario», que estaba «en la atmósfera de nuestra casa». O con el palestino Habash, que reconoce que esa revolución era una fase más de la mundial: «Queremos otro Vietnam y no sólo en Palestina, sino en todo el mundo árabe».

El acto que quizás defina con mayor nitidez el perfil de Santucho fue el crimen del Secretario General de la FOTIA, Atilio Santillán, que representaba lo que más odiaba: el apoyo del gremialismo antimarxista al Ejército en operaciones en Tucumán. Según lo narró su verdugo Gorriarán Merlo, Santillán fue reducido en su sede sindical en la calle Rivadavia al 1400, de la Capital Federal, se lo amarró a una silla y aquél, personalmente le voló la cabeza disparándole un escopetazo dentro de la boca. La orden de Santucho fue cumplida del modo más atroz e impactante posible, el 22 de marzo de 1976.

Durante 15 intensísimos años, Santucho condujo la evolución de una rama del trotzkismo hasta culminar en una vertiente del castro-guevarismo. Una sinópsis histórica elaborada por la misma guerrilla detalla que, en 1958, en Santiago del Estero, fue principal elemento en la constitución del «Grupo Dimensión», basado en el estudio de las culturas indoamericanas, un filón al cual el marxismo siempre prestó mucha atención, en búsqueda de la supervivencia de rasgos culturales que pudiesen dar origen a antagonismos étnicos. Al año siguiente, 1959, se fundó en Tucumán el MIECE, «como alternativa entre humanistas y reformistas», a nivel estudiantil, con fuerte acento en el antiimperialismo. «Los Independientes» cubrieron las áreas de Medicina (MIEN), Derecho (MIED), Filosofía y Letras (MPO), Ciencias Naturales en Salta (CESNA), etc.

Entre 1968 y 1970 se produjo la lucha interna contra el «neomorenismo», que saboteaba «la preparación de la lucha armada». En 1965, Santucho había fundado, en Santiago del Estero, el «Frente Revolucionario Indoamericano Popular», toda una

definición política y estratégica. En 1969, inició el primer «equipo militar», que asaltó y robó, en el mes de enero, setenta y dos millones de pesos del Banco de Escobar. En ese año viajaron a Cuba, para entrenarse 10 terroristas de su grupo, entre ellos, para la lucha rural, Fernández, Lezcano, Jiménes, Ulla, y para la guerrilla urbana, Bonet y Pujals.

La política del «entrismo» -dice el documento erpiano- consistió en «autoreivindicarse peronistas» para penetrar en el movimiento obrero, como lo hicieron en Europa, viviendo todavía Trotzky, en los partidos comunistas de Italia y Francia y, en Gran Bretaña, en el laborismo, el partido de las «Trade Union». Para Santucho, esta práctica significaba «la pérdida de la independencia política de los elementos obreros más avanzados» y el fracaso de la construcción del partido.

En el IV Congreso del PRT, en febrero de 1968, se fue insinuando el tránsito de la obediencia trotzkista -sin romper, empero, con la IV Internacional- a la castrista, en consecuencia con la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), creada en La Habana un año antes.

El PRT tuvo por protagonistas muy activos a sus miembros en la ola de vandalmismos urbanos al estilo parisino y mexicano -con muertos «útiles» incluidos- padecida en un mes en las ciudades de Resistencia, Corrientes, Rosario y Córdoba. De todos ellos, la versión «oficial» terrorista sólo exalta y conmemora el «Cordobazo», pues fue el único en que los agitadores -siempre estudiantiles- fueron acompañados por obreros «clasistas» de los «gremios combativos», activados por Agustín Tosco y René Salamanca, lo cual creó la leyenda, mantenida hasta hoy, de un sostén «popular».

El segundo «Rosarioazo» lo inicia esta guerrilla deteniendo en Empalme Graneros, de Santa Fe, un tren e incendiándolo, pese a transportar 800 pasajeros. Lo mismo hicieron con varias estaciones ferroviarias y más de 100 colectivos. Asaltaron bancos, fábricas,

comercios por valor de 50 millones de dólares en Rosario y alrededores. Al tercer día de los disturbios, un comando integrado por Pujals, Urteaga, Iruzún, Delfino, entre otros, asaltó la Comisaría 20a de la Policía Provincial.

Al mes siguiente, Santucho fue detenido al ser desbaratado un incipiente «foco» rural en Tucumán. En julio de 1970, ingirió ácido picrilo para simular una hepatitis y, luego de ser trasladado al Hospital Padilla, en él cambió de vestimenta con su abogado defensor y logró fugar saltando por una ventana a un tacho de basura situado debajo por sus cómplices. En ese mismo mes, con su presencia, en una de las islas Lechiguanas, próxima a San Nicolás de los Arroyos, el V Congreso del PRT creó el ERP, con sus cuatro «grados militares» («comandante, capitán, teniente y sargento»); su himno, con los compases de «¡Adelante Radicales!», y su bandera, imitando el diseño de la enseña «Viet-Cong», distribuyendo el blanco sobre el celeste con la Estrella Roja al centro.

Así, de una manera curiosa, similar a la guerrilla «Montonera», casi de la nada, en poco tiempo emergió una organización de dimensión impensada. En el plano de órganos y estructuras de apoyo, para la superficie, llegó a editar, en 1973 y 1974, el diario «El Mundo», dirigido por Luis Cerruti Costa bajo la responsabilidad de Manuel Gaggero. Su gama de medios de Comunicación Social incluía una «Radio Liberación» que simulaba transmitir «desde el monte tucumano», aunque fue capturada en el Gran Buenos Aires. Dispuso de un «Grupo 'Cine de Base'», encabezado por Raimundo Gleizer y Carlos Denti, acompañante de Gorriarán Merlo cuando su reciente detención en México. Este operó como productor del llamado «cine guerrilla» y «cine underground» (contracultura gramsciana), como lo hizo su similar «Grupo 'Cine de Liberación'» en la órbita de «Montoneros» otros cineastas luego famosos: «Pino» Solanas, Osvaldo Getino, etc.

Pienso que la personalidad de Santucho se manifestó, además

de los datos fidedignos arriba citados, en otras acciones que lo confirmaron. Tuvo, inargablemente, sobre la organización que condujo desde un primer momento, un ascendiente que nunca declinó, pese a las escisiones que tuvo el ERP y que todavía no está definitivamente establecido si lo fueron realmente, o si eran fracturas tácticas. Su liderazgo era inquestionable para los terroristas que compartían su misma visión de las realidades y de las utopías. Era el primero entre pares de idéntica postura en favor del terrorismo.

Un rasgo que les era común a los cabecillas fue el de poner primero a resguardo sus personas en situaciones comprometidas. Actitud que no es propia, justamente, de lo que alardeaban ser: militares de signo ideológico adverso a los miembros de las Fuerzas Armadas nacionales que odiaban. Debe notarse que la fuga del aeropuerto de Trelew se caracterizó por la exclusiva utilización del avión secuestrado por parte de los cabecillas de cada organización terrorista, dejando abandonados en la pista a numerosos secuaces, incluyendo, entre estos, a parte de sus mujeres legítimas e ilegítimas. Algo similar, como ya lo destaque, al comportamiento que se dice tuvo Gorriarán Merlo en el ataque a la unidad militar de «La Tablada».

Ellos reivindicaron, ante todo el país, la creación de las clandestinas e inhumanas «cárcel del pueblo», donde sus prisioneros «de guerra» padecieron aberrantes tormentos, como Ibarzábal, Larabure, o fueron impiadosamente asesinados sin ninguna utilidad política, como Etchegoyen o Sallustro. Sin la menor duda, Santucho, de haber seguido un curso de acción político que no fuera el exclusivamente terrorista, pudo haber ordenado la liberación de innumerables rehenes como los antedichos. O, al menos, atenuar sus tormentos, o bien ponerles fin con un tiro «de gracia». Pero no sólo nunca procedió así sino que anunciaría, y cumplía, sus propósitos de vengar sus derrotas.

Cada una de sus decisiones era una resolución cruel, inspirada

solamente en ese odio visceral, que ningún animal depredador tiene, preconizado por Ernesto Guevara. Cuando su guerrilla rural «copó» el pueblo tucumano de Santa Lucía, obligó a sus habitantes a presenciar el fusilamiento de dos humildes policías provinciales: el Cabo Ibarra y el Agente Zaraspe, acusándolos de haber sido cómplices de la «caída» del terrorista Ramón Rosa Jiménez. Exactamente lo que ejecutaba en el Perú, años más tarde, el terrorismo ilógico de «Sendero Luminoso».

Nadie que haya vivido todo lo transcurrido en esos años, aunque lo haya hecho como simple espectador, puede pensar que este «profeta del odio», como lo fue confesamente su modelo el «Che», pueda acceder, con el tiempo, a una suerte de «procerato» en la historia de la misma Nación que vejó.

CAPITULO XX

DEL «BENEPLACITO» A LA PERSECUCION

Cuando mi retiro, en 1978, y estaba gestionando mi ingreso en la Secretaría de Inteligencia de Estado (SIDE), me ofertaron quedarme en Córdoba como ejecutivo gerencial de una financiera. La entidad enfrentaba una serie de dificultades de diversa índole.

Como todavía no tenía respuesta concreta acerca de mis gestiones para continuar mi carrera de Inteligencia, esta vez desde un organismo abocado a Inteligencia Estratégica General, decidí incursionar en el área privada, y ver en qué podía contribuir a la solución de los problemas de la financiera.

Mi experiencia gerencial en el ámbito financiero

La financiera tenía 7 sucursales y empleaba a unas 170 personas. Al poco tiempo de ingresar, sustituyó al Brigadier que estaba como vicepresidente. Mi labor en la entidad duró dos años.

Apenas incorporado, negocié con el dueño de la financiera, con poca experiencia en la materia, disponer de buenos asesores. Accedió y se obtuvo un staff calificado. Como síndico estaba Edmundo Soria, una gran persona, actual Secretario de Transportes -miembro del equipo de Cavallo-, y el Dr. Murolo, ahora a cargo de la Presidencia del Banco de la Nación.

Cuando me hice cargo, estaba incorporado el Dr. Víctor Martínez, luego vicepresidente de la Nación, comenzó por cobrar un sueldo sin tareas. Era como un *lobbyista*; se le pagaba por las vinculaciones que tenía en el mundo empresarial cordobés. Como ni siquiera desempeñaba actividades relacionistas, un año después, en 1979, decidí que se le dejara de pagar esta verdadera asignación graciante y quedó desvinculado, en buenos términos de la financiera.

En cambio, estuve muy vinculado al penalista Caferatta Nores, que fue ministro del gobernador Angeloz en sus tres mandatos y actualmente es diputado nacional electo. Disponiendo del asesoramiento de profesionales como él, me pude manejar con eficacia y, por mi parte, contribuí a solucionar algunas trabas políticas que habían surgido con el gobierno militar.

A dos años de su reactivación, la entidad fue vendida. Sus compradores fueron un grupo al que estaba conectado Víctor Martínez, y una constructora muy conocida: Ingenieros Sánchez Granel. Los nuevos propietarios me ofrecieron permanecer, con un cargo muy interesante, pero advertí la presencia de gente poco confiable y, de últimas, me decidí por no aceptar.

El puesto que hasta entonces había ocupado, el de Vicepresidente Ejecutivo, pasó a desempeñarlo el Dr. Marcelo Martínez, hijo de Víctor Martínez.

Mis aprehensiones fueron justificadas en poco tiempo. En unos dos años, se hizo un vaciamiento de magnitud. Los directores enfrentaron problemas penales, incluido el hijo de Víctor Martínez. En este caso, por portación de apellido, probablemente no fue preso.

A pesar que cuando la había dejado, la financiera estaba totalmente saneada. Durante mi labor no sufri ningún tipo de presiones. Mi anterior actividad antisubversiva no era conocida públicamente, pero sí en los centros de poder políticos y empresariales.

Confundador de la Peña «El Ombú»

Junto con el Dr. Julio Otermin Aguirre, David Majul, Armando Pepe y Alonso -creo que el actual Presidente del Centro de Inmobiliarias de Capital Federal-, decidimos fundar «El Ombú» de Córdoba. En la Comisión inaugural -yo tenía a mi cargo la Secretaría de Relaciones Públicas- figuraron destacados radicales,

«procesistas» y hasta algunos peronistas de la ciudad de Córdoba. A sus reuniones concurrían, entre otros, el General Menéndez y el dirigente radical Eduardo Angeloz.

En esta Peña aparecieron también, con posterioridad al triunfo radical, algunos que después fueron de la CONADEP: su presidente Rébora y un tal Mansur. Después de las reuniones, solían compartir una minireunión de integrantes de la Comisión, a los que se sumaban algunos invitados. Mantenía buena relación tanto con Rébora como Manzur, los que me felicitaban por lo hecho contra la subversión, a pesar que conocían detalles de la Guerra, después integraron la CONADEP.

Decidí ir a vivir a Villa Carlos Paz, y luego a La Falda. Vendí una casa de mi propiedad y con el importe adquirí una pala cargadora, un camión y un compresor, dedicándome a trabajar en las canteras. Esta actividad se mantuvo hasta mediados de 1983, cuando comencé a sentir presiones. Uno de los que actuaba era el entonces Juez de Paz (lego) de La Falda, un verdadero delincuente que hacía los «mandados» de algunos activistas de izquierda.

Se acercaba la restauración democrática y se insinuaba la investigación de la guerra contra la subversión, con un criterio que no revelaba, en modo alguno, la prudencia y los cálculos que se suponen propios de políticos profesionales.

Me percaté que mi casa era objeto de «chequeos». A esto se sumó la situación económica poco redituable del trabajo emprendido. En vista de la doble circunstancia que se perfilaba -política y económica- poco favorable, nuevamente emigré, con destino a Buenos Aires.

Empresario de una fábrica de fideos

A través de una amistad recibí la propuesta de administrar una fábrica de fideos en Chivilcoy. La empresa estaba acreditada con

la producción de buenos productos, pero había tenido una pésima administración.

Los problemas eran múltiples, tanto en el exceso de personal de planta como en la utilización de máquinas obsoletas, sin que siquiera se hubiese hecho inversión alguna para garantizar su mantenimiento.

El empeño que puse en tratar de revertir gradualmente la crisis, no pudo regularizar su eficacia productiva. Al final, como era un edificio alquilado, hubo que devolverlo.

Pero en ese lapso, experimenté una vicisitud, no precisamente debida a la fábrica de fideos, sino con delincuentes, no subversivos, sino comunes. Había venido a Buenos Aires con el delegado obrero de la fábrica para retirar unos \$ 50.000 en efectivo, para ser aplicados al pago de salarios.

A la vuelta a Chivilcoy, por la ruta 5, antes de llegar a la ciudad de Suipacha, a 35 kilómetros de nuestro destino, vi a un hombre haciendo señales en medio de la ruta, gesticulando desesperado, como loco. Detuve el Volkswagen Gacel que conducía, y le pregunté qué le sucedía. Me refirió, sumamente angustiado, que había sido asaltado, instantes antes, por dos individuos que le cruzaron una F 100 y lo obligaron a detenerse. Le incautaron su camioneta con la mercadería y los cheques de algunas ventas. Hice subir al hombre y, a toda velocidad, retomé la ruta 5 en sentido contrario, en dirección a Mercedes.

Pronto divisamos, aproximadamente a 1 kilómetro por delante nuestro, los dos vehículos. Sabía, por boca del asaltado, que los delincuentes estaban armados. Yo llevaba un revolver Smith & Wesson «Chief», de cañón corto, calibre 38. Vi que se aproximaba en sentido contrario, una vieja camioneta de la policía bonaerense, con dos efectivos. La detuve y los puse al tanto de lo que pasaba. Los policías subieron a mi auto y recomencé la persecución. El

oficial, oriundo de Chivilcoy, era de apellido Corrao, recién recibido. Se comportó muy bien, a pesar que era la primera vez que actuaba en un enfrentamiento. El delegado obrero, un hombre muy joven, petizo, también estuvo acorde a las circunstancias.

En pocos minutos sobrepasamos a la Ford F 100, la detuvimos, armas en mano, y el suboficial quedó con el detenido. Reinicié la persecución del vehículo robado y cuando nos separaba unos 60 metros, el ladrón comenzó a dispararnos. En poco tiempo, tanto el oficial que me acompañaba como yo agotamos las municiones. El delincuente, evidentemente nerviosísimo, chocó con otra camioneta.

Dejó la camioneta robada, obstruyendo el camino, sabió al auto que acababa de embestir y, a máxima velocidad, logró desaparecer.

Cuando volvimos hacia Suipacha, para hacer la correspondiente denuncia, el viajante que había socorrido, de apellido González, al enterarse que yo era militar, repetía en su agradecimiento que no podía creerlo; un hombre de las Fuerzas Armadas había hecho lo imposible por él, arriesgando su vida, y contrastaba su experiencia con todo lo que la propaganda oficialista decía de los militares.

Comienzo a ser acosado por antisubversivo

Entre fines de 1983 y comienzos de 1984 arreciaba la revisión que el nuevo gobierno de jure efectuaba, con insidiosa intencionalidad, sobre la guerra antisubversiva.

Le hice saber exprofeso al Juez Federal de Córdoba, el Dr. Becerra Ferrer, que había sido designado por el gobierno militar, que me ponía a su disposición para evitar un eventual allanamiento de mi casa o, incluso, mi detención.

La campaña de acción psicológica desatada en contra de las Fuerzas Legales era feroz. Hubo militares con los cuales se dió

una especial saña. Varela Cid, hoy acusado públicamente de «coimero», y el periodista radical Enrique Vázquez, con amistades en el PRT-ERP, inventaron que el Dr. Aráoz y yo robábamos los muebles en las casas allanadas y después los vendíamos en un negocio que teníamos en Córdoba.

En verdad, Aráoz tenía unos clientes suyos que eran dueños de «La Bolsa del Mueble». Habían comprado muebles con cheques posdatados que no pudieron cubrir. Eran militantes peronistas y ello me predisponía a ayudarles, les conseguimos un crédito que les permitió reordenar todo. Esta operación, realizada en su momento a la luz del día, fue el pretexto para distorsionarla y montar sobre ella una campaña de descrédito. La justicia sobreseyó definitivamente la causa por no haber existido los hechos denunciados.

El más beneficiado fue Varela Cid, que mediante actos extorsivos logró que lo pusieran en la lista por Córdoba a Diputado Nacional. En mi próximo libro, probablemente narre el apoyo de los gremialistas y políticos a la guerra antisubversiva, también voy a hablar, con lujo de detalles, sobre esta operación donde hubo extorsiones, traidores, pactos traicioneros, etc.

El Juez Federal se acopló a la campaña y mandó detenerme. Me llevaron, en primera instancia, a Mercedes, y de allí, en cuatro horas, a la Delegación de la Policía Federal en Córdoba. Estuve incomunicado en ella y me transfirieron a la alcaldía del Juzgado Federal. Durante 9 días, el trato recibido fue bastante desagradable. Un sólo día fui visitado por mi mujer y mi hija, y por un camarada, que se portó de acuerdo a las circunstancias, y a quien quedé muy agradecido.

Traté de hacerle llegar al General Menéndez una misiva, explicándole mi situación. Confie, para ello, en un policía, que resultó un felón. La misiva, en lugar de llegar a su destino, se agregó a mi causa. El Juez Federal no ocultó, pese a su investidura,

su animosidad hacia mí. Me hacía comparecer a declarar esposado. Me negué a declarar ante el hipócrita que, como Juez Federal, nunca aceptó un *hábeas corpus* durante la lucha contra la subversión. Sin duda alguna, procedía con la «fe del converso» para bienquistarse con el nuevo gobierno.

Después fui trasladado, siempre detenido, a la unidad de Comunicaciones de Córdoba, y luego al Regimiento de Granaderos a Caballo. Otro «converso» desesperado por ser aceptado por los defensores de los subversivos que estaban entronizados en el Gobierno, el Coronel Valentino, pretendió, pese a estar a disposición del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, tenerme en prisión preventiva rigurosa con centinela armado. Lo que rechacé con vehemente indignación. A tanto no se animó el acomodaticio. Al tiempo terminó de coronel, sin ser ascendido, procesado por una acción antisubversiva en Paraná.

Pedí, de inmediato, el traslado a cualquier unidad y fui enviado, siempre en la misma condición de detenido, a las instalaciones de la Policía Militar, en Palermo, detrás del Regimiento de Infantería I Patricios. Estaba al mando un Mayor Suesser cuya conducta merece ser elogiada. Muchos fueron a visitarme, recuerdo que fue el Diputado Radical por La Rioja, Vega Aciar. También un ofrecimiento de Don Leonidas Saadi, que me ofrecía todo lo que necesitaba para trasladarme al exterior. Lo que le agradecí, pero estaba dispuesto a seguir luchando hasta desde una cárcel.

Quedé en libertad, a disposición del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, y regresé a Chivilcoy. Seguí con la fábrica de fideos y un criadero de cerdos. Estos animales eran mejores que algunos cerdos que había conocido en los últimos tiempos.

Después de dejar la fábrica había vendido una casa que tenía en Villa Giardino e instalé una panadería con máquinas modernas y un equipo rotativo. Alquilaba el local, y para perfeccionarme en el oficio hice un curso en la «Compañía Argentina de Leveduras S.A.»

(CALSA). Comencé a trabajar, como siempre lo hice, después de mi retiro. Me iba bien, a pesar de la campaña y de las presiones centradas sobre mí.

El cerco psicológico se había trasladado a la misma localidad de Chivilcoy. Concurrían a disertar individuos de la calaña del cura Puigjané, del Dr. Baños, ambos del «Movimiento Todos por la Patria», el coronel retirado Horacio Pantaleón Ballester -había hecho editar por el Círculo Militar, siendo Director de publicaciones, el libro «El Ejército de hoy», dedicado en 1976, a los «mártires de hoy» asesinados por la subversión-, Díaz -el falsario de la «Noche de los lápices»-. Toda esta ralea no desaprovechaba ocasión de difamarme.

Yo había cruzado, en los combates con la guerrilla, el Rubicón de la guerra, más peligrosa que los agravios de todos estos cobardes que no vacilaron en enviar a la muerte a adolescentes y jóvenes, a los que previamente habían convertido, por su predica ideológica, en criminales potenciales.

Respondí a su persecución con todo lo que pude: diarios, radios y TV locales, advirtiendo a mis compatriotas del lugar que la guerra continuaba. Tuve satisfacciones que compensaban ampliamente las injurias desaforadas con protección oficial. A cambio gané, por así decirlo, mucho público.

Hebe de Bonafini, la receptora de los «fondos reservados» de Europa y otros países, hizo un acto con 30 «Madres de Plaza de Mayo» y otros activistas, en la plaza y en mi domicilio, a cuadra y media. El acto se realizó una semana antes de concurrir a la Cámara Federal de Córdoba. Cruzó por mi mente no ir a la Cámara Federal, porque era un juicio politizado, y me habría podido refugiar en la quinta de un familiar del Dr. Jaunarena, en Pergamino. Hubiera tenido nuevamente que llamar «Vargas». Seguí, pese a todo, defendiendo a las Fuerzas Armadas en su lucha contra la guerrilla marxista.

A raíz de un artículo muy duro que publiqué en un diario local contra el Gobierno de Alfonsín, el muy «democrático» consejala Massolo pretendió presentar la moción de declararme «persona no grata», al advertir que el 80% la rechazaría, desistió de la misma.

Ese mismo año, llegaron a pintar carteles de diez metros de largo por dos metros de alto con las leyendas adversas a mi persona. Llegó un momento en que me harté de este tipo de presiones y regresé a Buenos Aires.

Estuve, en realidad, poco tiempo, pues conseguí la administración de un hotel en Villa La Angostura, en Neuquén. A poco de llegar, recomenzaron las presiones. La vanguardia fue el gremio de los gastronómicos, probablemente por influencias del obispo Jaime de Nevares.

Alfonsín, debió desistir de gobernar, «presidente desocupado», tuvo el tupé de llamarle «mano de obra desocupada». Nunca fui desocupado; siempre me las ingené para ganarme la vida y mantener a mi familia.

Cuando se vendió el hotel que administraba, interмедиé en la operación, ganando una comisión. Acordamos con mi mujer vivir en paz, en un lugar apropiado para ello. Con ese dinero compré un terreno a 1.500 metros del pequeño pueblo de Villa La Angostura. Carecía de agua, luz y teléfono, pero tenía posibilidades de conseguir sus servicios. Así lo hice y, con la ayuda de un cordobés, construí una cabaña de madera de unos 60m². Mientras la levantaba, habité con mi familia la cabaña del Vicecomodoro Raúl Weler, hasta que en 1991 nos mudamos a la propia. Mandé construir cuatro bungalows para alquilarlos a turistas, los que estuvieron inaugurados en diciembre de ese año.

Terminado ese minicomplejo turístico, traté de inscribir a mi mujer en la Cámara de Industria y Comercio de Villa La Angostura. Se movilizaron de inmediato izquierdistas de la zona y logra-

ron impedir que nos asociáramos. Nos vimos privados, por consiguiente, de poder utilizar la obra social de la Cámara. Las opiniones del pueblito estaban divididas respecto de mi persona. En esa área patagónica hay mucha gente de izquierda.

En la actualidad estoy radicado en Buenos Aires con mi familia, siempre trabajando y siempre enfrentando a los agravios de esta guerra solapada desatada por quienes escudan, tras los lemas y banderas de los derechos humanos, la impunidad de quienes más atrozmente los violaron en nuestra historia.

reducción de la población en 1990. Se estima que en 2000 se reducirá a 1.500.000 habitantes y en 2010 a 1.000.000. Asimismo, la población en 2000 se estimó en 1.500.000 habitantes y en 2010 se estimó en 1.000.000.

Además de estos, se prevé que el número de habitantes en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

Además, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000.

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

EPILOGO

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000.

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

Así pues, se prevé que la población en 2010 se reduzca a 1.000.000 y en 2020 a 500.000. La población en 2010 se estimó en 1.000.000 y en 2020 en 500.000.

Al comienzo de este libro expliqué que volaría en él -con las limitaciones propias del interés confidencial nacional- lo que protagonicé y conocí, de modo fehaciente, como oficial de inteligencia del Ejército, en el ámbito de la lucha antiterrorista. No ignoré, al emprender la tarea, que mi testimonio público acentuaría, por parte de los elementos e intereses asociados a la guerrilla marxista, la enconada campaña de descrédito personal.

La presión y persecución inhibitoria comenzaron ya con la restauración del gobierno constitucional a fines de 1983. El caldo de cultivo lo suministraba la llamada «cultura de la resistencia», que era la línea política interpretativa prevalente en los medios de comunicación y en la industria cultural subsidiada, directa e indirectamente, por el Estado. El concepto de que todo militar es, por definición, un genocida actual o en potencia, se invoca, desde hace más de una década, tanto en las exégesis históricas difundidas incesantemente desde los programas periodísticos -salvo excepciones- hasta las canciones y películas promocionadas.

La izquierda institucional, con la complacencia de otros partidos, y el repudio de un político liberal logró nada más que el Concejo Deliberante capitalino declarase personas no gratas a los indultados ex miembros de las Juntas Militares. La inmediata réplica del presidente Menem puso en sus justos términos los datos del problema: «¿por qué a los otros no se los toca? ¿O es que no mataron gente? ¿O no son los que iniciaron esta guerra sucia que vivió la Argentina?»

Semejante condena se muestra como un «tacticismo» oportunista frente al procesamiento de Gorriarán Merlo, pero estratégicamente va mucho más allá. Se utiliza, nuevamente, al Estado de Derecho para designar como «el enemigo» a una de sus Instituciones imprescindibles. Quienes manipulan así la opinión pública, siempre en simetría con las propagandas foráneas, demuestran palmariamente estar resueltos a no ingresar, desde su identidad y con sus puntos de vista, en el marco de la

unión y la solidaridad nacionales. Es más que factible que Gorriarán Merlo y sus huestes del «Movimiento Todo por la Patria» vayan viendo metamorfosada sus imágenes de terroristas en las de víctimas ideológicas, literalmente en presos políticos. Incluso, a nadie alarma que estos grupos puedan llegar a constituir, como legalmente lo procuran, un partido con la debida personería jurídica.

Hasta este punto, todo lo expresado es de dominio público, se lo interprete cabalmente o no. Por lo tanto, debo epilogar estos recuerdos con las reflexiones surgidas de mis vivencias en la lucha legal contra la subversión, acorde a todo el empeño, el esfuerzo, que, desde mi rango militar, desplegué para proteger la sociedad argentina contra la agresión desencadenada. Mi motivación es muy clara: tratar de ayudar a la comprensión de una lucha que, como todos los enfrentamientos fraticidas, escapan a los cánones de la guerra convencional.

Corresponde, en primer término, establecer un distingo fundamental. En ambos bandos; el legal y el terrorista, murieron jóvenes argentinos. De nuestra parte, las Fuerzas Legales y Civiles leales a la ilusión de defender la Patria y sus emblemas más caros hasta la muerte. En el adversario terriblemente hostil, jóvenes alucinados por filosofías y estandartes totalmente ajenos a la argentinitud.

Cabe, en segundo lugar, destacar muy bien el desprecio con que sus jefes los enviaban a intentar operaciones donde solamente la sorpresa - garantida por algún traidor- les brindaba un margen, no muy amplio, de éxito. Los ideólogos no eran solamente los intelectuales que, desde sus «exilios» justificaban la insurrección guerrillera, sino que también formaban parte de ellos la casi totalidad de los jefes terroristas. Ellos planeaban y ordenaban las operaciones pero ¿en cuántas de ellas participaron personalmente?. Cuando las Fuerzas Legales -todo el potencial de Defensa y Seguridad- pusieron en ejecución la contraofensiva, los jefes-

ideólogos invocaron el eufemismo del «repliegue estratégico» y dejaron librados a su suerte a los últimos cuadros, integrados por adolescentes sin experiencia.

Tras los años de esa angustiante y fraticida lucha con todos los aciertos y errores tanto en el plano político como en el operacional, la Argentina superó, sin que se pudiera imponer un régimen ajeno a la idiosincrasia nacional o que se transformara un mal endémico al estilo colombiano, la agresión.

Desde el sector de la subversión o proclive a ella visualiza tres posturas bien diferenciadas: la de los **combatientes** que reconocen haber desatado una guerra interna con el objetivo de imponer un proyecto político. Lo explicitan hasta lo reivindican. Algunos aún admiten la derrota en el terreno y la metodología de la «guerra sucia» por ellos mismos planteada. Muchos están insertos en la sociedad política, acceden a cargos electivos o administrativos oficiales.

En el otro extremo del espectro, elementos residuales, mantienen una actitud ideologizada proclives a la agitación hasta la violencia. Aunque no visualizan volver a la teoría «foquista», pero sí propician tácticas vanguardistas armadas para la movilización social.

Entre los dos extremos se conforma una amplia gama que no admite reconciliación, repudia a los otros dos sectores. Su objetivo es propiciar la descalificación y marginación política, social y moral de las Fuerzas Armadas que derrotaron a la subversión. Por otro lado muy sutilmente buscan crear una corriente reivindicatoria a través de homenajes sin reparar en su pasado, ni mucho menos en el marco del conflicto armado que debatía la Nación.

A este panorama debemos agregarle que luego de la caída del Muro de Berlín, desde el centro unipolar se procura disminuir y desplazar el factor militar de los países periféricos impulsando un

maniqueo concepto «el control civil del poder militar». Es decir tratar de convertir al militar a una suerte de ciudadano de segunda categoría.

La doble circunstancia interna y externa trasforma al sector militar a un modo de «coscoja» (1) en las fauces de la ferocidad ideologizada, considerando que las «riendas» del control estratégico la ostenta en forma indiscutida los EEUU. Esa «coscoja» permanentemente ensalivada y erosionada, entretiene y calma esa impulsividad. Cuando la circunstancia lo exige puede transformarse en freno, como hoy en Perú. En algunos países, el sector militar, dentro del rol constitucional de subordinación al poder político elegido democráticamente, como es lógico que así lo sea, evitan ser marginados de las esferas del poder.

Es mi deseo que otros camaradas, que tuvieron participación en la Guerra contra la Subversión, escriban sus experiencias y den a conocer muchos detalles que no se conocen tanto operativos como de carácter informativo en aspectos políticos, económicos, sociales, etc. No fue una mera cacería de jóvenes desarmados e idealistas. Ni los propios protagonistas de las Organizaciones subversivas quieren una imagen tan deslucida.

Hoy todos conocemos el drama del terrorismo, y las tentaciones a salirse del curso de la norma legal, sería calificado de tendencioso o de pretender justificar errores, pues una guerra de las características que vivimos se miden, se evalúan políticamente, los impulsores del odio así lo hacen con los asaltantes de La Tablada.

Es muy probable que se deseate sobre mi persona una persecución política, jurídica y comunicacional, de todos aquellos que no quieren que el otro sector hable, que deja la otra parte del proble-

(1) Bucle de miedos que se configura en el freno del control que se introduce —en la boca del miedo— (tabullo, miedo) que gira en su interior para mantener la constatación de la veraz obra de transgredir esto.

ma, la otra cara de la historia que se quiere ocultar, silenciar. Requerirá abnegación y fortaleza para sobrellevar las campañas intimidatorias.

Por suerte aún existen en el ámbito comunicacional personas que con toda objetividad, admiten hasta buscan que se escuchen, «las dos campanas». No toman el micrófono o la cámara como un arma para atacar al que le venga en ganas. También hay verdaderos profesionales independientes a la postura política o ideológica a la que pudiere estar adscrita. A modo de ejemplo adjunto un par de comunicaciones que debí enviar al periodismo.

En la obra de excelente nivel «Los últimos guevaristas» de Julio C. Santucho, en sus páginas 199 y 200, revela que la metodología contrasubversiva no fue invento o imposición de los militares. Ser veraz y sinceros es condición para el diálogo que conduzca a la reconciliación.

Desde mi vida ciudadana veo por un lado a las FFAA, a mi Ejército efectuar denodados esfuerzos para comprender el futuro, por otro lado veo a los propagadores del odio, el rencor, la insidiosa, la parcialidad que evitan restañar las heridas del fraticida enfrentamiento.

Es que nos encontramos con aquella sentencia que expresaba algo así como «**El hombre ruega a Dios ante la necesidad y llama al SOLDADO ante el peligro, pasada la necesidad y el peligro, olvida a DIOS y repudia al SOLDADO.**»

Mi ferviente deseo es que la dirigencia argentina con sus distintas responsabilidades desalienten la insidiosa que crea resentimientos y frustraciones, por el contrario propicien la integración y la madurez nacional.

En cuanto a mí persona, continuaré aportando para contribuir a una vez más justa evaluación del reciente pasado y sumarme decididamente al aporte ciudadano que nos permita forjar nuestro futuro al amparo de las instituciones republicanas.

COMUNICACIONES

BUENOS AIRES, de marzo de 1995.

Dr. MARIANO GRONDONA

Programa «Hora Clave»

Canal 9 - Buenos Aires

De mi mayor consideración:

Afectado por el cierre de su programa el jueves ppdo., cuando Ud. **expresara un sentimiento de frustración** por no haber logrado sentar en la misma mesa a quienes se enfrentaron en aquel despiadado conflicto, le hago llegar las siguientes reflexiones que explican de alguna manera el motivo de mi ausencia.

Mi intención fue propiciar el diálogo entre quienes cumplimos la penosa función de empuñar las armas en una lucha entre argentinos **que nos fue planteada e impuesta recurriendo, ambos contendientes, a procedimientos tan cuestionados, con un alto costo en vidas y padecimientos físicos y morales**. Los que combatimos en defensa de la nación agredida y los que lo hicieron cegados por un fanatismo de origen foráneo alguna vez podremos dialogar al amparo de la libertad y de esta democracia que no gozariamos, seguramente, si otro hubiera sido el resultado de esa guerra intestina.

En cambio, hoy aparecen como únicos **«interlocutores válidos»** no quienes combatieron ni quienes detentaron el poder sino aquellos que impulsaron con odios ideologizados a esos jóvenes que se enroolaron en la violencia armada. Estos ideólogos, por el contrario, hoy renuevan sus esfuerzos para seguir sembrando la discordia y la incidia, sin advertir que quienes integraron las filas del terrorismo, en su gran mayoría, se han reintegrado a la sociedad, algunos en la política partidaria, otros ejerciendo cargos públicos sin que por ello exista persecución o discriminación alguna.

PERMITAME TAMBIEN RECORDAR QUE AUN HOY EL ESTADO SIGUE ADEUDANDO LO QUE OFICIALMENTE SE COMPROMETIO A EDITAR EL ENTONCES MINISTRO DEL INTERIOR DR TROCCOLI, CONSISTENTE EN UN LIBRO Y EXHIBIR POR TV UNA VERSION AUDIOVISUAL RESEÑANDO LA OTRA CARA, HASTA AHORA OMITIDA O FALSEADA SOBRE LA CRUENTA GUERRA QUE SE LIBRO EN EL SENO DE NUESTRA SOCIEDAD. Sería una ineludible muestra de justicia; equidad y lealtad hacia las nuevas generaciones que, a la par del muy publicado «NUNCA MAS», pudiera conocerse también la verdadera historia del terrorismo ideológico.

Deseo también dejar en claro que -aún estando retirado- pertenezco al Ejército Argentino, el cual está dedicado de lleno a su misión específica, a una labor esforzada de cara al futuro, **aguardando con fe el balance imparcial del juicio histórico acerca de las muy difíciles y dolorosas circunstancias que debimos enfrentar.**

Agradeciéndole, Dr GRONDONA su esfuerzo en pos de un mejor y ecuánime esclarecimiento de nuestra historia contemporánea e instándolo a acrecentar su contribución a la concordia y pacificación de nuestros compatriotas, lo saludo a Ud. con mi consideración más distinguida.

HECTOR VERGEZ
Cap (R)

Comunicado

Mi actuación en la guerra contra las organizaciones armadas revolucionarias.

1972/1973/1974 en el batallón de Icia 601

1975 y cuatro meses de 1976 en la ciudad de Córdoba

1977 en el B Icia 601

A principio de 1978 pedí mi pase a Retiro. Todo está documentado en los boletines del ejército. Durante todos estos años fui calificado con 100 puntos por mis superiores. Jamás fui condenado por causa alguna, ni siquiera imputado, de las denuncias hechas por la CONADEP Córdoba, el Congreso de la Nación, mediante la ley de obediencia debida dijeron que no se podía procesar.

El Caso AMIA:

El Sr. Roman Letjman, el Sr. Raúl Kollman y el Sr. Gabriel Pasquini, han montado una campaña, en base a supuestos para lograr suficiente presión ante la justicia para implicarme en el caso AMIA, lo que me parece lamentable. A través de vituperios y diatribas, de difamaciones y mentiras, de falsedades notorias y de hechos imposibles, mezclados sin habilidad pero con audacia, a una verdad adulterada, me quieren hacer aparecer como protegiendo la presunta conexión local de los terroristas que hicieron la masacre de la AMIA.

No tienen ningún empacho de usar un caso tremendo, una verdadera masacre, que afectó a la Nación, para sus espurios intereses políticos.

Todas las denuncias que hacen carecen de seriedad, están cargadas de intereses ideológicos, con lo que desvirtuan su función de periodistas y complican la causa y a los únicos que benefician, es a los terroristas que hicieron la masacre.

Jamás le ofrecí dinero al Sr. Telleldin a cambio de que involucrara a alguien, además jamás lo hubiera hecho porque me parece infantil la maniobra y carece de sustento judicial.

Nadie y menos el gobierno ha hecho una maniobra para no

investigar la conexión local si es que existe.

Jamás le mostré fotografías de nadie al Sr. Telleldin.

Participe de la investigación del caso Pujadas, y logré hacer condenar a dos de los asesinos. En página 12 lo cuentan totalmente al revés.

El caso Osatinsky, matador del cónsul americano Egan, yo logré detenerlo y en un intento por liberarlo, muere, y son heridos dos oficiales de la policía de Córdoba.

Página doce lo cuenta al revés.

Es casual que Página 12 dedique cuatro tapas al Capitán Vergez?

Es casual que el Sr. Letiman, solo hablara 10 minutos con el suscripto?—Es casual que el Sr. Letiman me ofreciera un informe según , él, firmado por la DEA, en donde se demostraría que el Sr. Beraja es narcolavador? Yo lo descarte porque era seguro absolutamente falso.

Nada, absolutamente nada, pueden aportar estos tres señores, que me vincule con la masacre de la AMIA.

Las causas que me llevaron a participar en la investigación son conocidas por los medios.

Reitero, es lamentable que se use una causa tan tremenda, la masacre de la AMIA, que enlutó a todo el pueblo argentino, para fines políticos, como lo están haciendo el Sr. Letiman, Kollman y Pasquini.

Con estas actitudes sólo se beneficia a los terroristas que hicieron la masacre, y se pisotea la libertad ganada por todos los que combatieron y murieron y aquí me estoy refiriendo a todos absolutamente a todos.

HECTOR VERGEZ
Cap (R)

BIBLIOGRAFIA

- «Guerra Revolucionaria en la Argentina»
Ramón Díaz Bessone, Ed. Fraterna, 1986
- «Guerra de Guerrillas, Fasc. 13 a 16»
Ed. Fernández Reguera, Bs As, 1987
- Colección «Humanismo y Terror»
Armando Alonso Piñeiro, Ed. Depalma, 1980, tomos:
 1. «Crónica de la subversión en la Argentina»
A. Alonso Piñeiro
 2. «El parlamento se suicida»
Norberto O. Beladrich
 3. «Patria Sindical vs Patria Socialista»
Roberto García
 4. «Así sangraba la Argentina»
Antonio Petric
 5. «La Universidad de la violencia»
Gustavo Landívar
 6. «Los Destructores de la Economía»
Carlos S. Brignone
 7. «El Terrorismo en la Historia Universal y en la Argentina»
Ambrosio Romero Carranza
 8. «Derechos Humanos y Terrorismo»
Ismael G. Montovio

9. «La conexión Internacional del terrorismo»

Luis A. Leoni Houssay

10. «Geopolítica y Subversión»

José Teófilo Goyret

- «La guerrilla de papel»

Horacio F. Bravo Herrera, Sielp SRL, 1992

- «La Iglesia Clandestina»

Carlos A. Sacheri, Ed del Cruzante, 1977

- «Operación Independencia»

Famus, 1988

- «Ejército: del Escarnio al Poder»

Rosendo Fraga, Ed. Planeta, 1988

- «Aniquilen al ERP!»

Héctor R. Simeoni, Ed. Cosmos, 1985

- «Argentina frente a la Guerra Marxista»

Julio A. Cirino, Ed. Rioplatense, 1976

- «Definitivamente... Nunca Más»

Foro de Estudios sobre la Adm de Justicia (FORES), 1985

- «El Ejército de Hoy»

Comando General del Ejército, 1976

- «La Subversión»

Roger Mucchielli, Ed. del Cruzante, 1981

- «Terrorismo»

Walter Laqueur, Ed. Epasa-Calpe, Madrid, 1980

- «Terrorism in Latin America»

E. Halperin, Washington (EEUU), 1976

- «Horizontes Cerrados»

Luis Gasulla, Ed. Argenta Sarlep, 1994

- «Hacia el Soviet Argentino»

Emilio Fernandez, Ed. Cátedra Libre, 1984

- «Operación Algeciras»

Juan Luis Gallardo, Emecé, 1989

- «El Colapso de la Democracia»

Roberto Moss, Ed. Atlantida, 1977

- «Llora por Mf, Argentina»

Juan Luis Gallardo, Ed. Emecé, 1989

- «Los últimos guevaristas»

Julio C. Santucho, Ed. Puntosur, 1988

- «Civiles y militares»

Horacio Verbitsky, Ed. , 1987

- «Hombres y Mujeres del PRT-ERP»

Luis Mattini, Ed. Contrapunto, 1990

- «Los Herederos de Alfonsín»

A. Leuco y J.A. Díaz, Ed. Sudamericana-Planeta, 1987

- «Soldados de Perón: Montoneros»

Ricardo Gillespie, Ed. Grijalbo, 1987

- «Dossier Secreto»

Martin Andersen, Ed. Planeta, 1993

- «Montoneros: sus proyectos y sus planes»
Mario Orsolini, Ed. Círculo Militar, 1989

- «Ezeiza»
Horacio Verbitsky, Ed. Planeta, 1995